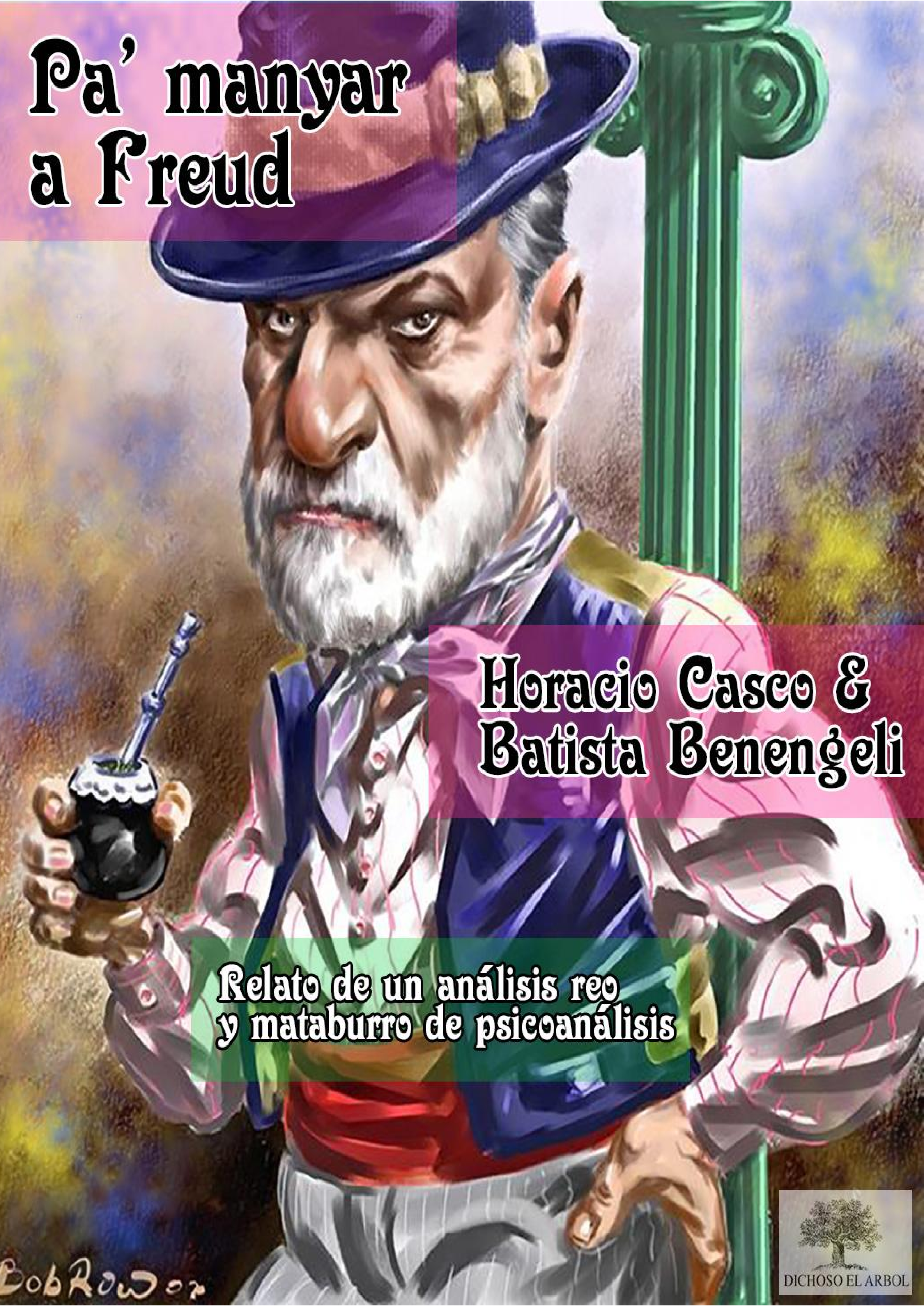

Pa' manyar
a Freud
Horacio Casco &
Batista Benengeli
Relato de un análisis reo
y mataburro de psicoanálisis
DICHOSO EL ARBOL

Comentario sobre este libro en Libros en Red

Sátira humorística sobre el psicoanálisis desde las visión del tango y el lunfardo. Tango, lunfardo y psicanálisis, ¿un encuentro imposible? Horacio Casco y Batista Benengeli nos cuentan las alternativas de esta desopilante fusión en un lenguaje que para muchos resultará extraño, el lunfardo, el argot de Buenos Aires. Tanto psicoanalistas como tangueros encontrarán, a través del humor, los lugares comunes del tango y el psicoanálisis: el café, la melancolía, la madre, la transferencia, el destino, Freud y Gardel. Pero aún desconociendo ambas temáticas "Pa´ manyar a Freud" es un increíble compendio de un originalísimo humor. Incluye un extenso diccionario de lunfardo y una particular guía de los términos psicoanalíticos más usuales...claro que desde el lunfardo.





PA' MANYAR A FREUD

Horacio Casco & Batista Benengeli



INTRODUCCION

Sigmund Freud, inventor del psicoanálisis y troesma de troesmas, no hizo capote facilongo ni cachó la canasta gratarola, de prima la yugó de abajo, reventó la burra de la pensadora y salió de perdedor porque la embocó bien pulenta: el psicoanálisis fue un flor de batacazo sin grupo pa' darle la biaba a los balurdos del farabute con sabiola en orsái, pa' escrachar a los cartones que toman mate nomás que con la vieja y deschavar al grata que talla de machimbre en la parada, pero dopo juna chomas de ganchete, y solari en el cotorro se prueba la enagua de la paica, pa' ver como le queda.

Aparte todo lo que le orejeaba a los neuras que hacía tirar en el diván pa' que chamuyen de lo que se les cante -y de paso filetearle los berretines inconcientes- el troesma iba y lo ponía en los brolis con parlamento bien debute. Pa' que manye hasta el más otario veterano. En cambio los psicoanalistas sin carpeta de hoy en día farolean con una chamuyeta abacanada, la van de jailaifes y yuyetas y parlan con labia entreverada, nada más que pa' mandarse la parte y darse dique con la gilada.

Pero pa' que el reaje mistongo no se trague más la milanesa y manye posta-posta el psicoanálisis sin sanata ni camelo, en este broli que nos hicimos en yunta con el licenciado Horacio Casco, te tiramos en parla rea de la yeca cómo un púa rante como yo -pa' mi bien o pa' mi mal- tuvo que ir a parar al diván del psicoanalista. Pero a la final hice bien y eché buena, ya te vas a dar cuenta vos también cuando manyés el broli.

De yapa va un mataburro que te bate la justa sobre el renombrado Complejo de Edipo, las pifiadas de los actos fallidos, las vigilanteadas del Superyó y las maneras jodidas que tiene el turro del inconciente pa' salirse siempre con la suya.

Y encima, a los que se rajaron hace mucho del rioba y ya no mancusan la parla yengue, o a la gilada que nunca salió del centro y no casa una, de puro tauras que somos les tiramos una soga al final del broli.

Batista Benengeli

Los Refutadores de Leyendas no se limitan a demostrar que el mundo es razonable y científico, sino que también lo desean así. (Este es seguramente su peor pecado.)

Alejandro Dolina

Es incluso muy ofensivo para alguien tomarlo al pie de la letra, porque siempre más bien hay que entenderlo más allá de lo que dice, puesto que es siempre más allá que yace el sentido.

Jacques-Alain Miller



PA' MANYAR A FREUD



PROLOGO

Viena, 1920: Sigmund Freud publica "Psicología de las masas y análisis del yo", un profundo estudio sobre las identificaciones colectivas y las formaciones inconcientes; Buenos Aires, 1920: Gardel lleva al disco "Milonguita", con letra de Samuel Linnig y música de Enrique Delfino. Si para Freud la patria de los mitos es el mismo inconciente, para los argentinos el mito mismo de la patria es Carlos Gardel. Tal vez sean meros artilugios, forzada coincidencia o rebuscadas sincronías, pero las enseñanzas freudianas y el historial del tango -cada uno a su modo, si se lo quiere y se lo puede ver- prohíjan en su seno el mito de los orígenes, la nostalgia de haber sido, el dolor de ya no ser, e indiscutiblemente un infinito anhelo de algo más. Tal vez la eternidad de unos laureles que no supimos conseguir. O la fugacidad de un instante que nunca volverá. De Freud aprendimos que no hay imposibles para la fantasía. Y del tango sabemos que, definitivamente, no los hay para el deseo.

A riesgo de caer en el estereotipo valuado como ingenioso desde el discurso psi, se hace inevitable un interrogante de apertura: tango y psicoanálisis, ¿un encuentro imposible? No sé si a todo el mundo le resultará interesante y divertido inventar encuentros irreales, pero en mi lejana adolescencia a mí me apasionaba imaginar hipotéticos y fantásticos diálogos entre Ringo Bonavena y el Che Guevara, el Hombre de la Barra de Hielo de "Titanes en el ring" y la escritora Victoria Ocampo, B.B. King y Roberto Grela. Y en tren de pura diversión a Sigmund Freud y El Morocho intercambiando puntos de vista sobre el pique de Lunático, las gambas de las neoyorquinas, los yeites de la pebeta Dora y su berretín con la señora K.

Pero en la vida cotidiana también hay situaciones -menos exóticas, claro- que nos obligan a cuestionar nuestra capacidad de asombro y hasta replantear nuestro pesado bagaje de prejuicios. Personalmente me pasó algo así hace unos cuantos años en el antiguo ferrocarril Roca -todavía sin electrificar- a partir de una situación casi intrascendente y casi banal: escuchando un tango.

Yo era para entonces un joven psicólogo con dos meses de egresado en camino hacia Plaza Constitución. Media hora antes había tenido una brevísima y desconcertante entrevista con el director de una institución analítica cercana a la estación de Gerli. Luego del saludo de rigor, y sin dar lugar a presentación alguna, el tipo me había larga-

do de sopetón: “¿Vouz parlez français, monsieur?” A continuación pasó a informarme -por suerte en castellano- que si yo deseaba ser partícipe de su importante proyecto no me vendría para nada mal manejar un poco el francés. Después le pidió a la secretaria que trajera unos cafecitos desabridos, recordó con entusiasmo la gloriosa gesta fundacional de la institución -cinco meses atrás-, miró la hora mascullando “¡Merde!”, y me dio sin ambages olímpicamente el espiante. No sin antes recomendarme encarecidamente que me contactara con su secretaria, sin falta, apenas pudiera sostener un razonable diálogo en la lengua de Moliere. Con acento parisino.

Nerviosamente, y sin que él siquiera lo notara, le dejé sobre el escritorio mi breve curriculum prolijamente adosado a una carpetita bien debute y me las tomé.

Fue en el viaje de regreso cuando escuché aquel tango. Brotaba de una gastada, chillona e increíble Spika del tipo que viajaba a mi lado. La inconfundible voz de Alberto Echagüe desgranaba un clásico tango canyengue que yo, seguramente, había oído muchas veces. Pero esta vez, no sé por qué, presté atención a la letra:

“...Las va de que es junado, conversa de sotana, su vieja ferramenta la tuvo que amurar... las va que fue ladero de puntos remanyados... tiene pinta bulinera de gavión de rango miyio...”[1]

Y entonces, instantáneamente, se me reveló que la mayor parte de mi vida había escuchado una increíble cantidad de tangos cuyas letras entendía mucho menos que el francés. Y el dato más inquietante: recién me daba cuenta.

Mientras se me confundía retrospectivamente la vergüenza por mi torpe respuesta al direc-tor: “Y... un poquito”, con el estupor por su comentario: “¡Mais c’est intolérable!”, otra parte mía navegaba por un archipiélago argótico que fragmentariamente se asomaba a mi memoria: chaferolo, goruta, marroco... Nunca antes me había percatado cómo se me piantaba el significado de estos términos. Llegado a Constitución metí la mano en el bolsillo y me encontré con la sofisticada tarjetita de la institución analítica. Leí en dorado sobrerrelieve: Campo Analítico Pa~Ger (que debía querer decir París~Gerli o algo así, según le había parecido a la desaprensiva y novata secretaria de los cafecitos desabridos), la hice un bollito bien chiquito y la emboqué, de puntín y carambola, en un inmenso tacho de basura que estaba como a cinco metros.

Esa misma semana, y después de olvidarme del director, de la institución y del francés, me puse a investigar algunas publicaciones populares antiguas y letras de tangos y milongas de la vieja guardia. También consulté diccionarios del habla jergal rioplatense, busqué y rebusqué en librerías de viejos y visité cuatro bibliotecas públicas. Pero no me interesó el asunto para abordarlo desde lo semiológico-semántico, el análisis morfosintáctico o la erudición etimológico-lexicográfica, sino a partir de la estructura fonológica en su articulación fonética real. O sea cuando la gente habla.

Reuní todo el material que pude, resumí, extracté, me compré un grabadorcito de los que usan los periodistas y, para trabajar en paz e inspirarme, me puse a buscar un bar con suficiente tranquilidad y cierta atmósfera de antaño.

Empecé a frecuentar -después de varios intentos fallidos por prestigiosas confi-terías profusamente recicladas, boliches no antiguos sino sencillamente decadentes y bares nuevos disfrazados de viejos- un Café~Bar~Billares de La Boca, con auténtico mostrador de estaño, añosas sillas vienesas barnizadas, piso de baldosas cachadas con dibujos incaicos, ventiladores de techo desprovistos de relucientes adornos y paredes pobladas de oscurecidos cuadros de ignotos y olvidados artistas. Una gastada escalera de mármol ascendía a la planta alta, desde donde brotaban de vez en cuando los secos repiqueteos de las esferas de marfil. Los escasos y callados parroquianos y una suave música de tango, emergente de cuidadísimos long plays, envolvía todo en un cálido aire de ténue intimidad.

Después de unos meses de asidua concurrencia, y apenas el mozo me veía llegar, me acercaba él solo el cortadito con las dos medialunas de grasa y el vaso de agua fría de costumbre. Una mañana, mientras repasaba las fichas acumuladas y me deleitaba con una esmerada selección de Osvaldo Berlingieri, se me arrima y me comenta sobre el hombro y como al paso:

-Acá hay otro como usted que también viene, un gordito melenudo.

-¿Por qué como yo?- le contesté girando la cabeza con cierto malestar, considerando que si bien me afligían unos kilitos de más y no visitaba con cierta regularidad al peluquero, no creía merecer tan chabacana y ligera descripción.

-Porque siempre viene solo y se la pasa escribiendo.

-Debe ser un vendedor haciendo cuentas -le respondí de malhumor y sin convicción.

-No -me dijo con vehemencia-, es uno que escribe en un cuaderno y aparte se hace el porteño cancherito, el otro día le gritó con todo desde la ventana de ahí a un muchacho que cruzó mal la calle y casi lo agarra el colectivo: “¡Che pastenaca, por qué no junás cuando cruzás la yeca, a ver si te apiolás y descubrís que están los semáforos, paparulo!”

Mi interés por el otro fue creciendo a medida que el mozo se iba en confidencias, ya para entonces con el brazo apoyado en mi mesa y las piernas desenfadadamente cruzadas: Que viene a eso de la tardecita. Que se sienta en la otra punta. Que pide ginebra, grapa o caña. Que alguna vez se apareció con una guitarra. Que usa sombrero. Y que a la plata le dice mosca, biyuya o meneguina. Y aunque el mozo siguió entusiasmándose en la descripción no hizo falta más: yo ya había decidido que ése era nuestro hombre en La Boca.

Pero como yo no sabía qué era exactamente “a eso de la tardecita” volví al bar a las cinco y media de la tarde. A las ocho menos cuarto apareció el sujeto, me di cuenta porque coincidía casi exactamente con la imagen que el mozo parlanchín y observador -que ahora no estaba- había acertado en transmitirme: Petiso, cincuentón, gordito, melenudo, con sombrero marrón oscuro de ala gacha, ojitos vivaces y un escarbadientes mocho colgando de los labios. Se sentó lanzando una espiración entre el suspiro forzado y el eructo contenido, tomó unas cuantas copas a las apuradas, sacó de un portafolios de cuero marrón gastado un cuaderno de espiral y tapa dura y escribió con birome azul durante cuarenta minutos. Después, sin darme tiempo de abordarlo, guardó todo, tiró la mosca sobre la mesa y se las picó.

Al mejor estilo policial lo seguí a tres cuartos de calle desde la otra cuadra de la cancha de Boca. Caminó a paso lento y tranquilo, comiendo mandarinas que iba sacando del portafolios, hasta México y Bolívar, en San Telmo. Subió por una escalera estrecha y empinada a "El Bancadero", una mutual de asistencia psicológi-ca -como decía el cartel- de la cual yo tenía ciertas y buenas referen-cias. Pero como se me habían hinchado los pies por la caminata paré un taxi y me fui a casa, busqué en la guía telefónica el número de la mutual y pregunté con voz de paciente primerizo si los psicólogos de ahí eran buenos, cuanto cobraban y -lo que a mí realmente me interesaba- qué periodicidad tenían las sesiones. Me dijeron, muy amablemente, que a pesar de todo eran bastante buenos, que cobraban muy barato y que atendían una vez por semana. A los siete días me fui de vuelta hasta "El Bancadero" y me planté en la vereda de enfrente.

A la hora señalada salió el tipo; yo tenía que negociar entre la remanida timidez y mi real interés por el asunto, así que como no me animé a encararlo -pese a que lo había ensayado frente al espejo toda la semana- lo seguí de nuevo. Esta vez caminó a paso lento, tranquilo, y fumando Particulares albañiles, hasta el barrio de Nueva Pompeya. Entró a "La Blanqueada" y pidió una grapa. Yo me senté a cinco mesas de distancia, abrí un diario para taparme la cara –como lo había visto hacer en las películas- pedí un agua mineral sin gas, y con mucho disimulo me saqué los zapatos.

Con cara feliz, y hasta casi descan-sada, el hombre tomó un traguito, prendió un cigarrillo y sacó del portafolios el famoso cuaderno y otro pilón de papeles que desplegó sobre la mesa. A la distancia parecían manuscritos mil veces corregidos con sobretextos y tachaduras. No me aguanté más: me acerqué y le pedí fuego. Mientras prendía mi cigarrillo alcancé a leer de reojo, en algo que parecía un soneto de apretada letra, la palabra "tristesa" tachada, y en el renglón de arriba "cervesa".

-Se ve que el señor es un poeta -le dije solemnemente, devolviéndole el pucho.
-Y de los buenos -me retrucó.

A partir de ese momento se inició una charla que se prolongaría hasta la medianoche. El personaje se llamaba Carlos Domingo no sé cuánto, pero le decían el petiso Carloncho. Evidentemente era un hombre de letras, pero últimamente se ganaba la vida como conserje del turno noche en el albergue transitorio "Nuestro Refugio" de Valentín Alsina -que él insistía en llamar "el amueblado", y aparte redondeaba unos pesitos como sortijero en una calesita de La Boca. Yo, para salir del paso, me hice pasar por el director de la colección de poesía de una mediana editorial haciendo tiempo e interesado en descubrir nuevos valores para un nuevo proyecto de gran alcance. Le dije que, casualmente, todos los miércoles a la noche tenía un par de horitas libres y que no sabía qué hacer, así que si a él no le parecía mal nos podíamos encontrar, leer sus poemas, tomar unas grapitas y comentar ideas.

Así comenzó mi relación con el petiso Carloncho, y las explicaciones en mi casa por el tremendo aliento a alcohol de todos los santos jueves a la madrugada. El petiso me contó que vivía en Mataderos y que se hacía unas changuitas escribiendo cartas de amor sobre pedido para la gilada que carece de lirismo. Que hacía terapia de grupo y que le iba muy bien. Que hace poco se le dio por estudiar canto, y que por menos de

setenta cuadras ni loco se sube a un colectivo. También me hizo leer ochenta y seis originales inéditos de trabajados alejandrinos (fieles a la sugerencia de Gabriel García Márquez de no calentarse por la ortografía), un ensayo con ilustraciones a la carbonilla hechas por él mismo intitulado “Flora y fauna del arrabal en el tango”, un extenso y exultante panegírico futbolístico con el provisorio nombre de “Oda a La Máquina”, una extraña autobiografía con dos finales y una recopilación, ya lista para su publicación y bastante interesante, de cánticos del tablón titulada “La doce no puede parar”.

Lo que me asombró del poeta e incentivó aún más mi curiosidad -más allá del palpable desparpajo y el desenfado de su cancherismo reo- fue la recurrente e inagotable intención festiva y dicharachera que atravesaba de punta a punta su discurso.

Pero sostener una doble identidad me estaba costando muchas sesiones de terapia, frecuentes y terribles dolores de cabeza, bastantes agarradas con mi mujer, y la impertinente sugerencia de un colega, que detectando con olfato de maestro la resaca que me acompañaba todos los jueves a la mañana en la consultora donde cumplíamos funciones, trató de convencerme de que el alcoholismo es una muy fea y asquerosa enfermedad, y de lo efectivo que son los grupos de Alcohólicos Anónimos, confesándome luego sin tapujos que gracias a ellos él había cortado de cuajo con el chupi. Claro que solo por ahora. Por otro lado descubrí la dificultad de grabar las conversacio-nes a escondidas: o se me terminaba el cassette y no lo podía dar vuelta, o no acertaba con el “Play” y el “Record” a la vez tanteando en el bolsillo canguro de mi campera, sin hacer ruido ni ponerme nervioso. Así que una noche, antes de que el poeta pidiera la cuarta vuelta de grapa doble, le sinceré mis verdaderas razones.

Le dije que me disculpara, pero que en realidad yo era un tímido psicólogo que investigaba por su cuenta el habla popular porteña, y que había sido, hasta que lo conocí, aburridamente abstemio. Pero que creía que él, con su bagaje de tanta experiencia de vida y una agudísima e infrecuente percepción de la realidad (esto para dorarle un poco la píldora) podía darme una manito. Sobre el pucho, sin mosquearse, haciendo redondeles de humo y satisfecho de sí mismo por haberme agarrado en falta, el petiso me largó un sermón sobre la lengua orre. "Mire licenciado, hay una parla de broli pretendidamente rea, pero prolija y de moñito, que ciertos sabihondos con dique de filólogos gustan de apropiarse y dictar cátedra, como si fueran de la Real Academia, pero la verdadera parla orre es la que va orilleando los diccionarios y chapalea en los arrabales de la gramática, no para meterse sino para rajarse; ahora no me vaya a salir usted también con la cantinela cagatinta de los que se empolvan a propósito de nostalgia para parecerse un poco a los yeites inventados sobre el rioba y el gotán". Luego me largó que me dejara de joder con seguir a la gente, esconder grabadores y averiguar en los libros las cosas de la vida, y que si de veras estaba interesado en saber de la gualén posta de la yeca que me arrimara hasta Mataderos, donde él podía presentarme una persona que casualmente tenía algo que ver con los psicólogos, pero no se extendió en más detalles. La verdad, en un momento me sentí desasosegado, y hasta llegué a pensar que el petiso se vengaba tomándome el pelo, pero igual anoté en un papelito la dirección que me dió y quedé en ir a verlo a Mataderos en unos días, a eso de las ocho y media de la noche.

El 97 me dejó a once cuadras. El bar del encuentro quedaba en el corazón de la niebla de los frigoríficos. Envuelto en un halo de mágico misterio y un áspero olor a chicharrones estaba el oscuro pero acogedor cafetín "El Trébol". Allí, efectivamente, me esperaban el petiso y un amigo, un tal Batista Benengeli, tomando unas cervezas con una picadita completa, que al final tuve que pagar.

Hombre de mirada dura pero amable, Batista vestía saco azul con hombreras, camisa Ombú celeste y pañuelo de cuello. La piel cetrina y un inmenso bigote tipo Nietzsche lo ponían a mitad de camino entre el compadrito arrabalero del imaginario colectivo y el intelectual errante de Kostas Axelos a Foucault, pero también con cierto aire de viejo militante de la izquierda setentista. Sin preámbulos me largó una historia tan sentimental y disparatada como curiosa e hilarante. Y con un lenguaje que yo solo había encontrado en algunos escritos de Carlos de la Púa, Celedonio Flores o Julio Ravazzano Sanmartino. Pero en un desconcertante entrevero de referencias temporales más cercano a las gambetas del inconciente que a la bizarra mística del arrabal. Poco después me daría cuenta que se parecen bastante.

Mientras el petiso Carloncho pedía otra vuelta –esta vez de ginebra con hielo para ellos "y una naranjada (sic) para el amigo, acá el licenciado"- le pregunté a Batista Benengeli si no tendría problemas en gra-bar con tiempo su relato, con la probabilidad de una publicación. Agarró viaje enseguida.

Durante dieciocho semanas nos encontramos -grabador de por medio, pero ahora a la vista- varias veces en "El Trébol", algunas en mi consultorio, otras en la cervecería "Bremen" de Caballito y una vez en un barcito de parado del Once, mientras mi relator devoraba un morcipán con bastante chimichurri y una cervecita, esperando el rápido para Haedo.

Cuando desgrabé y transcribí los diecinueve cassettes de noventa minutos y le alcancé a Batista el primer borrador se le ocurrió agregar un Mataburro de Psicoanálisis, que él mismo elaboró casi de inmediato y que aparece a continuación de la historia. Para Batista es una valiosa guía de orientación para el lector, para mí una versión sucedánea y rantifusa de los glosarios que usualmente figuran en los libros de divulgación científica. Ambos coincidimos en agregar un segundo glosario que facilite al lector la comprensión de algunos términos que no figuran en los diccionarios oficiales del idioma -esos osarios de palabras, como dijera José Gobello- que Batista sugirió titular: "Guía pa' que también manyen los que se rajaron del rioba y no se recuerdan de la parla yengue", y para cuya confección recurrimos a la colaboración de los amigos de Batista, a quienes él llama "la barra". Por último, el título general "Pa manyar a Freud" fue sugerido por el petiso Carloncho y unánimemente aceptado.

Desde aquella conversación con el poeta en "La Blanqueada" y mi primer encuentro con Batista en "El Trébol" ha pasado ya mucho tiempo. Hoy, repasando el texto completo y a pocos días de su publicación, me cuesta aceptar la existencia y veracidad de algunos personajes moviéndose en un revoltijo de hechos y tiempos en los que el narrador despliega su singular testimonio (que de todas maneras, tanto el editor como yo, decidimos respetar). Del licenciado Cayetano Bertolotti, por ejemplo, me enteré

por boca del mismo Batista que en este momento está volando de Nueva York a Teherán con escala en Pretoria, para asistir a un congreso internacional, pero después de tres meses de fatigosa búsqueda por diversos archivos y redes informáticas no hemos hallado su inscripción en ninguna asociación o colegio profesional, ni encontrado el registro de su egreso de ninguna universidad nacional o extranjera, como tampoco la matrícula habilitante para el ejercicio de la psicoterapia. Otras personas y situaciones me acarrean aún más dudas. Es más: a veces pienso si la secreta intención de Batista Benengeli -como la confesada por Borges en el epílogo de sus obras completas- no será la trama mitológica de un espacio y un tiempo del Buenos Aires que nunca existió. O si la barra, la santa, el licenciado Bertolotti, la Marisel, y hasta quizás el mismísimo cafetín "El Trébol", no serán el beneficio secundario de un corazón ahogado en un silencioso río de ginebra y de barro. Allá por los arrabales del sur.

O como una vez me dijo el petiso, en respuesta a mi asombro y azorada mudez, mientras él trataba de embocar carozos de aceitunas -con bastante precsión, por cierto- en el cenicero de la otra mesa del café: "No se lo tome tan en serio licenciado, después de todo la cuestión es entretenerse un cacho nomás".

LIC. HORACIO CASCO
Al sur de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de la Santísima Trinidad en el Puerto de Santa María de los Buenos Aires.



RELATO DE UN ANÁLISIS REO

(EL CASO BATISTA)



1. UNICATO

EL MOTIVO

Todo empieza una fría y triste madrugada de garúa, al volver al bulo después de una noche de garufa por Barracas al sur. La percanta que acamalaba, la que era mi alegría, esa florcita de fango del Riachuelo, me había amurado en lo mejor de mi vida. Apenas abrí la puerta y embroqué el pelpa de envolver el fiambre encima de la banqueta y escrito a las apuradas: “Chau chitrulo”, se me piantaron las ganas de vivir. Pero ahí no terminó todo mi mal, también el salchicha querendón se tomó el piro a los dos o tres días, harto de cagarse de hambre y de bancarse mis lamentos. Parece que cuando al fin quedamos solos el rope me chamuyaba con los ojos tristones: “Embagayá las pilchas y piantate de la pieza, Batista, esto no se banca”. Prefirió los rigores de la yeca a verme tan cacheteao por el destino y todo el santo día sin consuelo. Y entonces sí: amurado por partida doble ahí nomás largué el laburo, me tiré al abandono y le empecé a dar al escabio, campaneando la catrera desolada, las pilchas viejas, las flores secas y mi alma atormentada colgando de una percha. Todo lo que quedaba desde que la nami se rajó del bulín pa’ acoplarse a no sé quién. Y volví a la casita de La Vieja, allá por los Corrales de Mataderos. Al arrabal florido y mistongo que me vio nacer.

Todo estaba como entonces: la calle, la casa, la panadería y el corralón de al lado. Llegué vencido con mi atadito al hombro, el Winco, los discos, el cuadrito de El Zorzal y el póster de la Gloriosa Academia. La Vieja apenas me vio llegar no me dijo nada. Hacía veinte largos años que me esperaba con la pieza bien barrida, la catrera recién hecha y el mate calentito. Mi foto de purrete y los trofeos y copas del finado estaban adornados con geranios. Había olor a pucherito de gallina y la mesa estaba puesta. Radio El Mundo pasaba “Derecho viejo” de Arolas, y que venía atrasado el diecisiete[2] . Yo no podía ni tragar la sopa de dedalitos por el nudo que tenía en el gañote, así que dejé el puchero pa’ otro día, le di alpiste y le cambié el agua al viejo canario cantor y me fui a mi zapie a torrar un cacho la siesta. Pero no pude apoliyar. Todo lo que había ahí me parecía triste y desparejo: el banderín y las fotos de “El Gráfico” del 66, el paraguas colgado de un gancho, el espejo empañado. La Santa sin embargo parecía como con-

tenta, había estrenado repasador y tenía puesto el delantal floreado dominguero. De mientras me acomodaba la pilcha en el ropero cantaba bajito “Yo soy la morocha...”

A la tardecita me fui hasta “El Trébol” -lo único en la vida, vea- y me encontré de vuelta con los gomías de la vieja barra: el flaco Sarampión, quemero y bastante ligador; el petiso Carloncho, gallina y bardo rante; la yunta del cabezón Moretones y el dientudo Gargajo, bosteros, hábiles pa’l sapo y el metegol; y el Chueco Repisa, cuervo y calentón, pero gomía del alma. Los muchachos mataban el tiempo entre monte, pase inglés, dominó y truco y mancusaban de sultanas guerreras, del 8 a 2 de Independiente contra Lanús y del baile increíble de los nigerianos. Al enterarse de mi desgracia se rompieron a la gurda pa’ entusiasmarme en un chinchón por cinco cervecitas, llevarme de prepo a los bailongos y trifulcas de “La Estrella del Maldonado”, el bar “Bolivia” y el “Taka-Taka” -adonde tocaba el troesma Firpo- y arrastrarme a cantarles serenatas a las chicas de Flores. Cualquier cosa, vea, con tal de sacarme del aplaste y el estufo. Pero yo era una sombra del que supe ser. Andaba con lo que después me buchonearon se llama depresión -y de las más fuleras- que me caloteó la risa en plena juventud. Con los gomías yo podía chamuyar la noche entera, pero en vez de consolarme empezaban a tirar pálidas sobre los bulines donde las minas meten mano y nada es más como era antes: te empiezan a joder con eso de “En esta zapie llena de humedad me falta espacio pa’ mis frascos con moños, todos del mismo color, y que pa’ ponerte las cortinas como vos querés primero me tenés que pintar la persiana; a la final te la pasás pitando todo el día y una meta barrer los puchos que dejás tirados por ahí”. De mientras yo me la pasaba meta embrocar el culo del vaso, pa’ no mirarlos de frente, ellos acordaban que lo más piola es la pareja transitoria y sin compromiso. Y que pa’ picaflores como nosotros, cuanto más transitoria y con menos compromiso mejor.

Como con la barra no me entendía mucho, con el único que sinceraba un poco las heridas que tenía en el alma y las espinas clavadas en el corazón era con el peluquero. Primero porque era de Racing como yo, y dopo porque hacía treinta y cinco pirulos que me cortaba las crenchas. Desde que el finado del viejo me llevaba de jopende y me sentaban en la sillita alta de caña, mientras él aprovechaba pa’ relojearse de garrón el informe bursátil y “El Alma que Canta”. Al verme con la zabeca tan gacha que agatas si me podía pasar la navaja por la papada -y aparte acobardado como un pájaro sin luz-, don Victorio me chimentó a la sordina que él se dedicaba nada más que a emprolijar -es un decir- las piojeras por afuera, pero que de la parte de adentro, cuando les anda patinando el embrague, se encargan unos puntos que le baten psicólogos. Y medio secreteando, mientras sintonizaba “Ronda de Ases” por LR4 Radio Splendid, me confidenció que un cuñado suyo, choborra y burrero empedernido, una vez que andaba medio bajoneado, seco y enfermo por los chuchos, fue a ver a uno de esos psicólogos y ahora anda como nuevo. Aparte hacía poquito había em-bocado la trifecta en San Isidro. Y si no que vaya a ver a un cura sanador, muy gomía suyo, pero que no vaya después de las nueve de la noche, porque a eso de las siete de la tarde, después que termina el laburo, al hombre se le da por ponerse a escuchar a Angel Vargas y chuparse unos vinitos. Así que a la nochecita lo agarrás siempre medio en pedo, y capaz que en vez de hacerte un exorcismo te quiere curar de los juanetes.

Volver a la casita de La Vieja no me convencía mucho. Pa' tapar mi pena la barra no tenía más remedio que la joda y el chupi, y La Vieja el morfi, los rezos, el mate calentito, las bolas de fraile con dulce de leche y el remanyado "Ya se la va a pasar m'hijo", así que me encanuté en la zapie por cinco meses y me puse a pensar lo que me había tirado el peluquero, de mientras tomaba mate con tilo y me escuchaba de punta a punta "Naftalina" por Radio Municipal. Ni voluntad pa' un solitario tenía, vea. ¿Qué joraca tenía yo pa' batirle a un psicólogo más de lo que me venía batiendo a mí mismo desde que la nami se piantó del bulo?: "A lo macho te la tenés que aguantar, Batista, namis hay de sobra, pinta no te falta, labia tenés, ¿qué querés, la chancha y los veinte?" Y después me mandaba cada suspiro que hasta el pelpa de la zapie se descolgaba de a poco hasta quedar descolgao. Y cada vez que La Vieja me venía a despertar con el mate mañanero y las bolas de fraile me empezaba a agarrar una cursiadera chirle y me venía dolor de bocho. Aparte me había salido un flor de forúnculo ahí adonde te jedi, que se me hinchaba cada vez que seguía al troesma Sosa musitando con saña: "Este ¡odio! maldito que llevo en las venas me amarga la vida como una condena..." Mi única distracción era vichar por horas la colección de trompos que atesoraba de jopende: cuatro temibles troyeros, siete longilíneos batatas, un hábil corralero y tres cachados cascarrias.

Pero un día, de mientras el Cuarteto Colángelo se mandaba "El Amanecer", una matina alegre que se escuchaba cantar a los pajaritos y por la ventana entreabierta se entreveraba un rayo de sol con el olorcito a tortas negras calentitas de la panadería y se escuchaba el griterío de los pebetes jugando a la culadera y a ver quien meaba más largo, me batí firme: "Batista: vos no podés seguir así". Y llamé urgente a La Vieja.

-Vieja, ¡voy a cambiar!- le batí desiderio.

-Menos mal, m'hijito -me contestó con la maceta del potus en la mano-, ya mismo se me pega un baño, se me afeita bien afeitado y se me cambia de pilcha.

-¡No vieja, voy a cambiar la perra davi que vengo llevando desde que volví a esta casa!

- No se me aflija m'hijo, que yo ya le estoy rezando al Rodrigo, a la beata Roxana y al Santo Grial, pa' que ésa pérfida mujer que lo traicionó vuelva a su lado lo más rápido posible, y me lo haga de nuevo feliz, si eso a usted le gusta.

-¡No vieja, antes de calzar cornamenta a sabiendas me mato, me pego un tiro, me achuro, me amasijo, me tiro abajo del tranvía, o algo todavía peor! -salté de lo más estrilado y revoliando el frasco con las pastillas de Veronal y una bola de fraile medio mordida por la ventana, que justo le fueron a dar al gorro del enano de cemento del jardín.

-Entonces vea m'hijo, -me retrucó La Santa, de mientras regaba el potus limón que adoraba- le conseguí el teléfono de una parapsicóloga, porque pa' mí que a usted le han hecho un daño. Esta mujer es ahijada de la nuera de la comadre Pamela, la de la galletitería del mercadito, se llama Raquel Millerinsky, dicen que es de las buenas y aparte cobra barato. Usted tiene que ir a verla pa' que ella le diga lo que le conviene.

Pero don Victorio me había batido "psicólogo" y esta Raquel era "para". Yo no entendía mucho la diferencia -y me parece que La Santa más o menos- así que esa tarde, pa' que no se me quemaran los pelpas, me calcé la daga y el chumbo, me puse el len-

gue con mis iniciales bordadas, casé el funyi y salí pa' "El Trébol". A consultar con el equipo. Pero antes me puse los lentes ahumados, porque hacía varios me-ses que no me daba el sol en la jeta.

Pero cuando llego, los yoyegas -que mataban el tiempo con una partidita de mus- me avisan que los gomías hacía un ratito se habían rajado con un toco de vales promocionales que les habían regalado por la yeca pa' la inauguración del piringundín top de San Justo "The Naked Phallus Bawdyhouse", adonde iban a amenizar los pibes de "Subte A". Yo me quise cortar ahí mismo todas las venas juntas, partirme el marote contra la pared, aplastarme el dedo gordo con un piano de cola, arrancarme el forúnculo con una tenaza, tirarme de arriba de todo del monumento al resero y hacer chirriar la tiza en el pizarrón de a propósito. Pa' joderme por boludo.

Volví pa' las casas masticando la hiel de la amargura y ya estaba por mandar a la mierda a todos los psicólogos y hacerme una escapadita -eso sí, temprano- a lo del cura chupitegui. Pero carburé un cacho, y pa' no contrariar a La Vieja, y aparte pa' ver lo que era, me llegué al otro día hasta el consultorio de la tal Raquel, que quedaba por el lado de la recova de la yeca Centroamérica, en la Plaza Miserere.

Apenas abrieron la tapuer ahí nomás manyé que la cosa no iba a andar ni pa' atrás ni pa' adelante: estaba lleno de estatuas de santos adornadas con flores de plástico y velas prendidas, del techo colgaban ristras de lucecitas de colores y las paredes estaban repletas de banderines de Anillaco. Tres sofaifas y un punto esperaban pa' atenderse. Una paica que la iba de secretaria -y que aparte estaba bastante fuertona- me batió que antes de pasar a ver a la señora Raquel tenía que anotar mis datos en un pelpa y que tenía que gatillar la consulta por adelantado. De mientras pelaba el cuero y le garpaba, canté nombre, apellido, alias, profesión, domicilio, estudios cursados, teléfono, signo, decanato, marcas corporales, correo electrónico y fax, signos estelares de mi nacimiento, referencias comprobables y pasatiempos preferidos. La nami escribía de mientras pitaba como escuerzo con la radio clavada en LR4 Radio Splendid, transmitiendo a Iván Caseros que presentaba a Rivero. Después, de mientras es-peraba pa' que me atiendan, y pa' matar el tiempo, empecé a relojear de a uno a los que aguantaban sentaditos y musa como en lo del dentista.

El punto con pinta de cagatinta tenía jeta y facha de boludo, y pa' mí que era boludo nomás, porque si andaba fallo de minaje y le faltaba pique lo que tenía que hacer era cortarse un cacho de la flor de vinagrera que calzaba, dejarse el tegobi grueso y empilchar a lo varón, sin ese saquito bataraz ni esa gorrita tilinga haciendo juego. Se ve que aparte de faltarle encanto todo lo había conseguido garpando como un chabón. Las namis tenían pinta de desengañadas, estaban todas angustiadas y llorisqueaban cada vez que se acorda-ban de aquel desengaño.

La que estaba al lado mío me empezó a fichar con descaro. Era una flor de potra con pintusa de bacana con un tapado de armiño todo forrao en lamé, llena de collares y pedrerío de colores. Yo casé una revista como quien no quiere la cosa y relojié a la paica de ganchete. Ahí le empezaron a rodar los lagrimones, y casándome de sopetón de la solapa me chantó toda atragantada que se llamaba Gisela Rubensky, que estaba

perdidamente enamorada de un tal Ernst Lehrs, un dandy peinao a la gomina engrupido, charlatán y piantadino, que con el verso que no puede decidirse de una vez sale con dos minas a la par: “Conmigo que soy toda una señora de chalet y con un loro todo desplumado, una percalera sin peleche que lo tiene dado vuelta, aparte con el yeite de que perdió los lentes culo e’ botella que usa me manguea todos los santos días 3,85 bataraces, que pa mí, qué quiere que le diga don, son pa’ ir a encurdelarse al cafetín”, me batió toda hecha un mar de lágrimas. “Aparte desde que se hace atender por un psicoanalista está más pirado que nunca, se le dio por usar calzoncillo de lata porque dice que como de purrete se hacía tanto la rata en el colegio y ahora tiene mesa ratona, usa funyi arratonado y se hace los ratones con la Silvia Süller tiene un cagazo bárbaro de que algún roedor se le emporre de prepo por ahí más abajo de la espalda, ¿a usted le parece que habiendo tantos taitas malevos y buenos mozos, como usted por ejemplo, a mi me tenga que tocar un colifato como éste?” me largó la mina entre pucheros y soplándose los mocos.

Apenas pude retrucarle que no se haga problemas, que ratas, lauchas y ratones son animalitos bastante asquerosos, pero que yo no sabía si les daba el cuero pa’ tanto. Por suerte vino la secretaria y le batió que pase.

A mí me tocó después que salieron todas las minas con una vela colorada cada una y el que te jedi con un paquetón de muña-muña y un frasco de depurativo Pagliano en el sobaco. La tal Raquel -con un vestido de moaré azul eléctrico, las uñas pintadas de rojo sangre y pinta de ligera pa’ los mandados- estaba sentada atrás de una mesita con un paño verde. Me dijo que me sentara en una sillita descangayada, y sin tiempo pa’ perder y con fondo musical de Los Guarros, desparramó un montón de barajas con dibujos rarones y me batió:

-Mire Batista, las cartas dicen que hubo en su pasado una mujer traicionera que le ha hecho mucho mal, pero también veo que pa’ su suerte y por su bien hay un hombre que entrará en su vida: simpático, preparado, con un poco de pancita pero le queda bien; con las chapas un poco voladas pero muy inteligente, una luz, vea, barba entrecana, lentes bastante gruesos...

Yo ahí me empecé a poner cabrero, me acomodé en la silla, tosí adrede ladiando un cacho la solapa pa' que la fulana se apercibiera que calzaba el fierro, me mandé de a propósito una flor de escupida en el sopi -bien a lo chancho- y mancusé cualquier cosa con voz de macho pa' que las mina se diera cuenta que yo no era ningún fifí a lo chiqué ni ningún chuchi ni pichi de andar con chiquitas ni de modales suaves. La paica lo casó al vuelo y me batió hecha una furia:

-¡Pero don Batista, no es lo que usted se piensa, este ser maravilloso tiene que ver con su felicidad, a este hombre se lo manda Dios pa’ sacarlo de la depresión y ese odio que lo está atormentando!

Yo le retruqué que pa’ mi felicidad no necesitaba ningún hombre. La parapsicóloga me salió al cruce con cancha, largando que lo que a mí me vendría muy bien era ir a ver un psicólogo de verdad, un licenciado posta, que era de lo que me estaba hablan-

do, y que ella me podía recomendar pa' que él me atienda. Ahí se me entreveraron más los tantos: ¿Pa' qué quería yo otro psicólogo más? Pero la Raquel me confidenció que yo era un caso pa' la ciencia, que conmigo no había yuyos, cartas ni consejos de cuarta, como los que ella les tira a la gilada. Que pa' qué me iba a seguir engatuzando: "No es lo mismo un psicólogo que un parapsicólogo, don Batista", me bocinó a la sordina. Como me pareció posta lo que me tiró casé el papelito con la dirección que me anotó, la saludé y me las tomé contento. Al salir la secretaria me enchufó de prepo un elefante de la suerte de yeso pintado. Pero me tuve que poner como si fuera de oro.

Medio como pa' festejar, y pa' sacarme la baranda a sahumerio, me fui a bajar unos vinitos a "El Gran Otro", un rante cho-boli de chupandines torabas. Ahí me lo encontré, de puro pedo, al cabezón Moretones, que no conforme con el exceso de goce alcanzado en el quilombo de San Justo venía del "Café de La Pichona" de la calle Pavón, y todavía andaba buscando socio pa' seguir la farra. Como no nos veíamos desde que yo me había encanutado en la zapie, agarramos y nos fuimos a empinar unas cañas a un café del Paseo Colón -bastante viejo pero reciclado por el arquitecto Livingston- y después enfilamos pa'l piringundín alemán del bajo "Delikatessen~Schoppen & Minnen" donde Marito Cosentino se hacía unas changuitas tocando la trompeta.

Y ahí pasó de todo: Las mujicas milongueras que había eran dos bagayos pintarrajeados y un mionca amosférico que se hizo garpar diecisiete Hesperidinas; unos maringotes pechadores del vapor "Deutsches Kurdargarten", con jeta de gringos yobacas y flor de merluza encima, nos apuraron pa' que, ya que estaba, los invitemos con unas copitas a ellos también. Palabra va, palabra viene, empezaron las puteadas en bajo alemán, el manoteo y apurado descule de botellas y la ostentosa exhibición de cachiporras. Los bagayos se nos pusieron en contra y haciendo alianza con los maringotes nos empezaron a tirar carteras, collares, hebillas, aritos, colitas pa'l pelo, medibachas descartables, potes de strudel de manzana, fichas de video juegos y hasta los monederos con las latas. Marito Cosentino también se calentó y nos revolió el pistón por la zabeca. Menos mal que nos agachamos a tiempo y se partió en dos contra la pared, estremeciéndonos en un lamento en sol mayor. De repente uno de los gringos redomones peló una daga como de medio metro, la revolió por el aire, la siguió con la vista, la barajó al vuelo y nos tiró: "¡Kompadritten das Pelotten!". Mi cumpa y yo decidimos jugarnos por el honor nacional y pelamos las facas: Arbolito versus Solingen. Picardía criolla contra fuerza bruta. Sur contra Norte. Por suerte las minas, cuando junaron los filos relucientes, se pusieron a pegar unos gritos tan histéricos que se enteró toda la cuadra y cayó la yuta. Nosotros nos pudimos rajar por el tapial del fondo disfrazados de Hare Krishnas, con unos manteles anaranjados como ponchos que manoteamos al vuelo y dos baldes pa'l hielo que usamos de tambor. Pero en el revoltijo me habían afanado todo lo que llevaba encima, aparte del funyi y el elefante de yeso. Y encima salimos llenos de piojos, pulgas, garrapatas, chinches, escarabajos, ornitorrincos y ladillas.

Cuando volví a las casas y La Vieja me preguntó cómo me había ido con la parapsicóloga, recién entonces me acordé del papelito y me tantié enseguida les griyos, pero en el entrevero se ve que me habían currado hasta las pelusitas. Primero pensé en volver a lo de la Raquel a buscar de nuevo la dirección del psicólogo, pero después me acordé del elefante de yeso -y de lo que me lo habían cobrado- y me batí: "Si esta era la buena

suerte cómo será la mala, Batista", así que le conté a La Santa a las apuradas lo de la parapsicóloga -saltiándome rápido lo del piringundín- y me fui a apoliyar. Pero antes me pasé querosén por la piojera. Y por el otro lado.

Como yo seguía igual los gomías de la barra ya no sabían qué hacer pa' tirarme un cable. Un día, entre grapas y moscatos, y de mientras sacudía el cubilete, el Chueco Repisa me tiró una que podía ser buena: yo me tenía que plantar a la hora de salida del Hospicio de las Mercedes[3] , y a medida que se rajan los que laburan ahí pispiarlos uno por uno, y al que me convenciera samparle derecho viejo: "Doctor, vea, usted tiene cara de bueno y de entenderme, atiéndame urgente que soy un caso desesperado".

Lo hice. Pero después de una semana de acoso terapéutico los que me cayeron bien fueron tres enfermeros, dos visitadores médicos y un piantado con permiso de salida que me dijo: "Ponete esta peluca de alondras y volá".

Hasta que una tardecita como cualquier otra, de mientras chairaba la daga en la zapie y escuchaba "El pabellón de las rosas" por el Cuarteto Polenta chupando unos mates con cedrón antes de rajarme pa'l feca, entró La Vieja de lo más acelerada a darme sacudones y a avisarme que tenía un llamado de un desconocido en lo de la Berta Pappenheim, la vieja de al lado que nos prestaba el tubo:

-¿Batista Benengeli?
-Usted dirá, don.
-Sé que anda mal y buscando tratamiento pa' curarse, Benengeli.
-¿Y de áhi?
-Bueno, resulta que yo soy terapeuta, psicoanalista de prima y tengo mucha cancha; mi gracia es Cayetano Bertolotti, pa' servirlo.
-¿Y cómo me encontró, don Bertolotti?

Y en vez de contestar a mi pregunta el punto me canturreó con voz melosa y cadenciosa, a lo Rosita Melo:

-"...Batíiista, si tanto te han heríiido, por quéee te niegas al olvíiido, víiives inú-tilmente tríiiste, y séee que nunca merecíiiste, pagar con péeena, la culpa de ser buéeeno, tan bueno como fuíiiste, por amóoor..."

Yo no pude retrucarle, vea, tenía un nudo en el gañote y me saltaban los lagrimones como a criatura. El tordo lo agarró en el aire y me tiró sobre el pucho:

-Batista, qué le parece si nos encontramos en mi consultorio y chamuyamos un cacho de lo que le anda pasando, vea?
-Vea Bertolotti, voy a tener que ir porque esta vuelta tengo una corazonada, y el de la zurda no es globero -le contesté con voz finita y todo baboseado por la emoción.
-Por las dudas, Batista, anote mi tubo: cuaterno, la media, la caída, huevo, tricota, diego.

Esa noche en vez de enfilar pa'l feca me fui a patear por la orilla del Cildáñez a vichar renacuajos y carburar en mis asuntos. Pero volví temprano a las casas porque me vinieron los retorcijones y -como una catarata de angustia y ansiedad- la cursiadera chirle otra vez. La Santa suspendió de apuro el vol-au-ven de champiñones y me preparó enseguida una sopita de arroz. Y de mientras me pelaba una manzana grandota y bien lustrada me largó:

-Aparte de rezar pa' usted el rosario todos los días, y por las dudas que tampoco se entienda con este doctor que lo llamó, m'hijo, le conseguí una entrevista con la pastora Deborah y un turno con una cieguita salteña, una milagrera abrecaminos que tiene el don y cobra barato. Aparte también le conseguí hora con Doña Rosaura, a las diez, pa' que le lea la borra del café.

-Usted no se ha enterado que los rusos mandaron a la perra Laika en un cuete pa' la estratósfera pa' que chumbe a su gusto allá arriba, después al Yuri Gagarín más lejos, y parece que no van a parar hasta llegar a la luna. Hay que estar con el progreso, vea vieja, las curanderas son cosas del pasado y ya no corren más, ahora el último grito de la ciencia son los psicoanalistas; aparte usted sabe muy bien que a mí el café no me gusta y me da acidez- le devolví firme pero esquivándole la vista. Yo me apercibía que La Santa me fichaba muda y con los ojos como el dos de oro.

No pudimos seguir la conversa porque ahí nomás me vinieron los retorcijones y tuve que salir cagando pa'l excusado. Nunca mejor dicho. De mientras me bajaba los lienzos alcancé a escuchar que La Santa me gritaba desde la cocina :

-¡Aparte acá a la vuelta hay una angelóloga tarotista, y dicen que cobra barato!

Yo me chamuyé pa' mis adentros: "La pobre se quedó en el cuarenta y cinco"

(a Enrique Santos Discépolo)



2. DUQUESA

MI PRIMERA ENTREVISTA CON EL PSICOANALISTA

Habíamos quedado con el tordo el martes a la nochecita. Esa tarde me tomé unos mates con poleo, me remojé las patas en salmuera, me afeité bien afeitado abajo de la parra, le pasé bastante betún a los tarros y me acomodé bien temprano la pilcha de salir: el lengue largo, el funyi grone, los socinca de lunares y la daga; metí un manojito de ruda macho en el griyo, emboqué un moscato con cubitos y piqué unas aceitunas verdolagas. Ahí me empezaron a agarrar de vuelta los retorcijones que me venían jodiendo de hace rato, pero que me tenían peor justo desde la vez que hablé con el psicólogo. Ya se me iba haciendo tardón, así que me puse bastante Brancato en la piojera, empilché despacio y me fui a saludar a La Vieja, que fregaba en el piletón:

-Vieja, me voy del analista -batí lo más tranqui que me salió.

Y como seguía enjuagando el camisón cuadrillé, como sin darme bola, repetí:

- Vieja, me voy del terapeuta, ¿le pasa algo?

Ahí se dio vuelta. La Santa ya no se aguantaba más, se me tiró al hombro y me largó entre lagrimones:

-¡Cuídese m'hijito, y no me vaya a aflojar que ya es un hombre, pero no se me deje llenar la cabeza con ideas extrañas a nuestra identidá, recuérdese que acá a la vuelta hay una angelóloga tarotista muy buena, y aparte acá está la madre que lo tuvo en sus brazos pa' contenerlo, pa' escuchar sus penas y acompañarlo a elaborar el duelo!

Yo no sé por qué no se la pude devolver, de golpe me entró una pelusita en el ojo y justo se me atragantó el gañote, así que pegué la vuelta y me las tomé.

El consultorio del tordo quedaba a unas cuantas cuadras del cafetín "La Auténtica Puñalada", adonde toca el Fulvio Salamanca y sabe parar la banda del Orejudo Yónatan: matones, cuchilleros y flor de malandras si los hay, así que yo iba calzado, por las dudas. En el camino empecé a tener palpitaciones, parecía que el bobo se me quería saltar del cuero, y me chorreaba la gota gorda. Con disimulo, por si me pispiaba la gilada, hacía como que me acomodaba el bufoso, pero me tanteaba una puntada que tenía en el costillar. Pa' colmo de males se me había chingado la sobaquera, me venía un tirón desde la verija hasta el cogote y me volvieron los retorcijones. Pero esta vez apreté las cachas y me la aguanté bien a lo macho.

La dirección que me había pasado el Bertolotti era una esquina de ochava cortona. Un saucecito atorrante sopapeado por la Sudestada estiraba una ramita que venía a pegarle a un cartel de chapa bien pintado y partido al diome por una raya. De un lado,

con letra joya y bien fileteada a lo troesma Arce[4] , decía: “CAYETANO BERTOLOTTI - PSICOANALISTA”, y del otro, escrito a las apuradas como pizarra de verdulero: “JACINTO BERTOLOTTI - PICA Y PICA - BAJADA DE CORDÓN”. De mientras me leía el cartel toqué el timbre y aguanté. Justo cuando al tordo se le daba por sacar la tranca y abrir el portoncito yo estaba medio agachado pa’ vichar el cartel, porque me jodía la ramita del sauce.

-El otro que dice ahí es mi hermano que vive al fondo -me tiró el punto-, usted debe ser el tal Batista Benengeli, ¿no?
-El mismo que viste y calza -batí yo muy nervioso, mordiéndome el tegobi y mancusando con la mirada: “Vos sabés que yo llevo en el alma marcado un dolor”. Por la facha del fulano me di cuenta enseguidita que era el hombre que la parapsicóloga me había prometido que me iba a mandar Dios.

El portoncito daba a un pasillo cachuzo todo descascarado, adonde unos pibes con facha de bastante reítos jugaban al rango entre el gran griterío, y de lado a lado había un alambre con pilchas colgadas. Una bombita roñosa cacheteada por el ventarrón alumbraba un grafiti que decía: “AGUANTE EL SABALAJE COOL”. La tapuer del consultorio estaba como al medio del pasillo y tenía un flor de sapo de los de antes. Mientras le emporraba la yúa el tordo me bate por lo bajo:

-Es por los pendejos éstos, si les dejo abierto aprovechan cuando me voy por un ratito pa’ meterse y hacer quilombo.

Apenas pasé lo primero que viché fueron tres cuadritos: de un lado estaba el Negro Cele Flores[5] picado de humedad, del otro una foto del Macedonio Fernández con el vidrio rajado, y en el diome un viejo de barba haciendo facha, pero de ese yo no tenía el gusto. Después me enteré que era el famoso y ponderado Sigmund Freud.

En un rincón de la zapie, blanqueada a la cal, con las baldosas todas cachadas y con bastante grela, había una mesa destartalada que la iba de escritorio, un par de sillas de fierro pintado y una catrera bastante piola que me dió a pensar que el tordo apoliyaba ahí, o que el rana se llevaba minas. Pero después me enteré que era el renombrado diván de los psicoanalistas. Del otro lado de una ventanucha mifusa que mangueaba una cortina había un Primus con una pava de lata toda negra y abollada, un tocadiscos de madera que pasaba a la orquesta de Juan Cambareri, meta y ponga con “El Llorón”, y otro cuadro muy conmovedor de un payaso triste con un lagrimón rodándole por los cachetes. También viché una repisita con unos brolis cachuzos, una PC con todos los chiches, otro cuadrito chipé con unos versos que decían: “Atenti con la azotea, / que no te entre a filtrar / es difícil arreglar / el marote si gotea[6] ". Y un farol a querosén que ahumaba los tirantes del techo, desde donde nos campaneaban unas arañas cabezonas, ariscas y patudas, chochas y rechonchas por todo el bicherío que se juntaba ahí arriba.

El punto me hizo sentar en una de las sillas de fierro, él se puso atrás de la mesita, casó un pelpa a lo canchero, escabulló, pa’ que no se viera, una petaquita de ginebra por la mitad en el jonca de la mesa, y me largó de buenas a primeras:

-Bueno, usted dirá mi amigo, qué me lo trae por acá y qué le anda pasando.

Yo me quedé musa, me venían de vuelta los tirones y se me cayó el tagarnina porque me temblequeaban los garfios. El tordo usaba lentes tipo culo de botella, tenía bastante busarda, barba a lo Karadagián y era medio peladito. Tendría alrededor de cuarenta abriles, todo posta como me le había cantado la Raquel Millerinsky. Pero todo eso se lo pispié al refilón, porque el cagazo me hacía esquivarle la vista. El tordo alzó las patas a lo plasta y las encajó arriba de la mesa, se echó pa' atrás a lo canchero y me chantó sacándose los lentes:

-Vos tenés un julepe de la gran puta, ¿no Batista?

Ahí casé y me apiolé que el Cayetano era un analista posta, un genio, un fuera de serie, una lumbrera, en fin, un señor. Se había dado cuenta de todo sin que yo abriera el buzón. Después, y apenas pude empezar a desembuchar lo que tenía guardado, de golpe y porrazo la parla me volvió finita. Pero no aflojé y buchonié todo lo que tenía ensobrado, la visión en carne y hueso de una lenta soledad, vea: Que desde que la nami se rajó del bulo -abandonando el hogar en la flor de los abriles por sus caprichos infantiles- yo andaba con retorcijones y cursiadera seguida. Que me había pescado la ladilla. Que me costaba apoliyar. Que se me cruzaban muy fuleros berretines y que me iba por los cafetines a buscar felicidad. Que me había salido un forúnculo ahí adonde te jedi. Que soñaba con esos labios rojos susurrándome a la sordina: "Melonazo", "Chitrulo" y cosas parecidas. Qué vieja y qué cansada imagen me devolvía el espejo. Que oía el rezongo de mi pasado. Que de cada amor que tuve tenía heridas...

El Cayetano me relojeaba musa y me daba changüí pa' que yo le siguiera chamu-yando: "Hablame simplemente de aquel amor ausente", parecía batirme el genio con la mirada. De mientras el tocadiscos pasaba bajito "Oigo tu voz" por Lucio Demare y su orquesta típica, el de la zurda me buchoneaba que me venía al pelo hocicar y sincerarme.

Cuando terminé -si me hubieran visto los muchachos- estaba haciendo miñangues el lengue con mis iniciales bordadas. Tenía la zabeca gacha y me embrocaba los tamangos de salir. Justito les iban a parar unos lagrimones que golpiaban la tapún como goterones. Yo, disimulando que moqueaba, me sobaba una crencha que se me venía a la frente, pa ´taparme la jeta. Pero enseguidita me batí que eso no podía seguir así. Me hice fuerte y levanté cabeza. ¡Pa' qué!: él también tenía los ojitos colorados, y medio atragantado y golpiándose con los puños cerrados el chope me tiró a lo macho recio:

-¡No te me hagás ningún problema Batista, yo te voy a hacer un flor de tratamiento y de acá te vas a ir pa' tu casa bien curado y con la frente bien alta, esas minas no tienen perdón de Dios!

Al final, con la pilcha toda arrugada y las crenchas revueltas nos sentamos más tranquis y derechitos. Yo estaba grogui y como con flor de marimba encima; el Cayetano se prendió un Clifton, se calzó los de ver de lejos y me sentenció seguro:

Bueno che, ahora tenemos que chamuyar un cacho de la dolorosa.

"Cagamos -pensé yo-, ahora este coso me revienta". Antes que abriera el buzón pa' decirme lo que me pensaba cobrar le lloré la carta: que andaba ciego, pato, forfái, mi-yio, fallo al gruyo, cero de menega y en la rama. El que te jedi me apuró con que le batiera sin vueltas con cuánto pensaba ponerme pa'l análisis que sería la solución de mi vida. "Tanto" -salté yo más rápido que ligero-. El punto agarró viaje enseguida y me tiró que estaba bien, que tenía que ir tres veces por semana y que me iba a atender cincuenta minutos cada vez, y que si yo le fallaba me jodía, porque igual me tenía que poner con las sesiones que pegaba el faltazo, y que no las podía recuperar. No te voy a macanear, esto no me cayó bien, pero me batí: "Macho, acá vas a tener que entrar por el aro".

Yo me moría de ganas de quedarme un cacho más, pero el tordo -con mucha clase- me dio el espiante, así que manotié el funyi, le garpé y me rajé pa'l rioba. A contarle a La Vieja.

Antes de llegar a las casas me dieron retorcijones de vuelta, pero esta vez campanié unas ligustrinas, me escabullí a un lugar solari y oscurito, y me mandé tremenda flor de garcada. De ésas que te hacen pensar que la felicidad existe.

Yo me apercibía que empezaba a ser otro Batista.

(a Horacio Ferrer)



3. TRICOTA

LA FAMOSA TRANSFERENCIA

Al principio me parecía que mi terapeuta era lo más grande que había -después de La Vieja y el Morocho, claro- y que se las sabía todas. Pero al tiempito le agarré un cacho de bronca, porque se me hacía que el giliberto me gastaba cuando yo le preguntaba cualquier cosa y él se echaba pa' atrás, y con sonrisita sobradora me tiraba "Y a vos macho ¿qué te parece?" Pero después caí en cuenta que los psicólogos jamás te contestan a lo que vos les preguntás, por más que porfiés. Y retomó puntos de vuelta.

"¿Qué mierda me sapa con el punto éste?", carburaba yo, de mientras el flaco Sarampión me zamarreaba pa' que me agarre una porción de pizza que se me enfriaba o pa' levantar una escoba bien servida. Otras veces me distraía con el tano de la carnicería cuando me lo cruzaba sin querer por la yeca: "¡E Batista, come va!, ¿así que ha ritornato a la casa de la tua mamma, ma per qué?", me tiraba todo entusiasmado el carnicero buscando conversa. Pero yo -musa a lo boludo- meta relojearlo. El tano la seguía: "¿Pero é que le ha morfato la lingua lo ratone, Batista?". Pero como yo seguía sin abrir el buzón repiqueteando "Tano, tano, tano" en mi zabeca, y a él le parecía que yo no le pasaba ninguna pelota, el quía se cansaba y me chantaba fulo: "¡Vafangulo paparulo!". Y se rajaba a las putedas de lo más cabrero.

La bóveda me andaba a todo trapo así que agarré y llevé a sesión lo que me andaba pasando. El cráneo de mi terapeuta me batió que yo no me quería levantar ninguna escoba porque en realidad yo ya estaba jugado en el análisis, y también me reveló que distraerme por la yeca cuando pasaba el tano era un acostumbrado yeite de la parla inconciente:

-¿Cómo me llamo yo, Batista ?
- Cayetano, vea.
-¿Cómo se dice yeca al vesre?
-Caye.
-¿Y con quién te entretenés por la yeca?
-Con el tano.
-Ahora agarrá y poné todo junto "Caye" y "Tano".
-Caye...tano... ¡Cayetano Bertolotti! -las patas de la silla del tordo me batieron con su queja de lo ancho que se puso el genio por la flor de interpretación que se mandó. Justito el macho Rivero cantaba "Cuando me entrés a fallar".

El Caye poco a poco fue emprolijando el mazacote de mi parla de adentro, poniendo a cada uno con su cada uno y a cada cual con su cada cual: "El mancusar en análisis es como mezclar y dar de vuelta, Batista, son iguales los cuarenta cartones pintados, pero sale pato o gallareta según como barajés, y en este paño no se te vaya a dar por perrear. La terapia te da el encanto de secarte en una timba y armarte para volverte a

meter." Yo por un decir le guardaba lealtad, respeto y admiración -como debe ser entre hombres- y por eso estaba rechiflado repicando "Cayetano" a cada rato. Pero como me parecía muy de otario me ponía a carburar en otra cosa. El genio me chimentó que el inconciente se las arregla pa' salirse siempre con la suya, y que por más que lo atés y lo encerrés en una pieza, le pongás la tranca y le metás el sapo, él se las arregla siempre pa' pirarse. Aparte no anda con agrandes fuleros ni se vá en aprontes de versito, si te canta "¡Quiero!" es porque tiene buenas.

Un día me casó la javie en la cocina escuchando en el Winco a Jorge Valdés, morfando un sanguchito de mondiola y dulce de batata con chocolate, chupando mate con cascarita de limón verde y relojeando una estampa de San Cayetano. Estaba medio distraído pensando en todos los fatos que empezaba a ver de a poco en la terapia, en cómo se me había cortado de golpe la cursiadera chirle, la forma polentería en que me había desaparecido el forúnculo de donde te jedi y había zafado de la ladilla. De mientras La Santa me daba vuelta el disco y me preparaba un sánguche de paleta sanguchera con tomate, huevo duro, morrón, anchoa, pepino, ananá y salsa agridulce -pa' que no coma porquerías- me batió:

-No se me aflija m'hijo, que ya le va a salir algún trabajito.
-Cayetano es el santo que más me copa, vieja -le batí no muy convencido.

Otra vez que iba a colgar la ropa en el alambre me agarró con el cortaplumas en la mano tajeando todo entusiasmado en el paraíso del fondo las letras "B" y "C":

-Se ve que ir del analista no le hace tan mal después de todo. ¡Ya se me está queriendo enamorar de vuelta este pícaro del Batista! Pero dígame m'hijito, ¿cómo se llama la mujer que me va a arrebatar esta joya, Carla, Cristina, Coca, Carmiña, Celia, Conchita, Celina o Carlota?
-No vieja, nada que ver, "B C" quiere decir "Batista Campeón", aparte yo no saldría con una mina que le baten Conchita -le contesté. Pa' no darle disgustos.

Yo estaba cagado de llegar a irme de boca con La Santa, y se me hacía que en cualquier momento podía pisar el palito, así que me guardaba de largar la mascada pa' que no vaya a agarrar pa'l lado de los tomates. Cuando alguno de los gomías del la barra se caía por las casas a chupar unos matirolos o mancusar de bueyes perdidos yo me iba de la vaina por contarles del análisis, pero pa' evitar conflictos en el vínculo madre-hijo chamuyábamos en jeringozo:

-¿Apasipi quepe tepe gupusta epesapa teperapapiapa Bapatipistapa- me preguntaba como pa' tirarme de la lengua el dientudo Gargajo.

-¡Baparbaparopo chepe, epel pupuntopo epes upun flo-por depe tipipapazopo! -le contestaba yo de lo más canchero y agrandado.

Pero enseguida la cortamos porque La Santa, disimulando que pasaba por ahí pa' buscar un repasador que se había olvidado, o que iba a la cocina a ver como andaba el poulet au curry o a echarle flit a los moscones, estaba con las antenas paradas y aparte

de lo más enculada carburando que le queríamos meter el rope. A la final terminábamos charlando de boludeces y dejábamos pa' la hora de vernos en el feca la conversa sobre la tremenda pegada de mi análisis.

Yo le copiaba todo al Caye, la manera de escupir y de cruzar las gambas, como apagaba el pucho en el sopi con el taco del botín -así y así, pa' un lado y pa'l otro-, como se rascaba la cucuza y la forma de olfatiarse disimuladamente los sobacos pa' ver si andaba con olor a chivo. Hasta empecé a lastrar a lo chancho pa' que me saliera una busarda parecida, pero no hubo caso. Y algunas noches, cuando La Vieja se iba a apoliyar, iba despacito y le afanaba los lentes de la mesita de luz pa' mirarme en el espejo y ver cómo me quedaban. Empecé a despedirme de la barra batiendo: "La dejamos pa' la próxima" o "Vamos a dejar acá por hoy", como me largaba el Caye antes de darme el piro. Hasta me conseguí un cuadrito bien enmarcado de Freud en un negocio de todo por dos sopes y lo colgué entre El Mudo y la Gloriosa Academia.

Un día le estaba haciendo los mandados a La Vieja, pensando como siempre en mi terapia, cuando vicho pa'l lado de la ferretería de Larrazábal la inconfundible chomba colorada con rayitas verdes y blancas del Caye. En un principio me quedé duro como momia, ¿qué joraca hacía el troesma en mi rioba? Dopo me batí: "¿Qué hago, lo sigo o no lo sigo?' A la final ganó "lo sigo", y enfilé -escondiéndome atrás de los árboles- pa' donde se había escabullido. Salió de la ferretería y se metió en el almacén de doña Aimée, de ahí se fue a la zapatería del rengo, dopo a la carbonería de la Mafalda y al final terminó en el kiosco del compadre Nicanor. Todo con tanto apuro que no me daba tiempo de rajar y taparme de base en base. De última, y pa' no pasar por otario, lo encaré de atrás de mientras el punto chamuyaba con el kiosquero. Le puse de atriqui la mano en el hombro y le batí convencido: "¡Salutria, el rioba le da la bienvenida al más famoso psicoanalista de la Reina del Plata!". El punto pegó la vuelta... ¡y no era el Caye! El tipo, haciendo caso omiso de mi alegre chamuyo, me tiró con desesperación: "Usted don, por un casual, ¿no tendrá monedas de cambio pa' poder viajar?" Yo tiré a la mierda la bolsa de los mandados y salí rajando pa' las casas. Del lorca que me agarró. La Vieja casi me mata porque en el brodo le había perdido la bolsa y la plata, y aparte no le había llevado el medio kilo de milonguitas -bien tostaditas-, el yogur descremado, las ciboulettes pa'l omelette aux fines herbes ni los fideos soperos. "¡Te la pasás todo el santo día pensando en ese análisis y aparte no me ayudás más en los quehaceres domésticos como antes, Batista, una casa es mucho pa' una mujer sola, vea m'hijo", me tiró La Santa de lo más cabrera.

Pero cuando me empecé a dejar la chiva ahí se armó la bronca grosa. La Vieja no quiso saber nada. Empezó con que la barba junta bichos, que en esta casa somos limpitos pero pobres y qué van a decir los vecinos. Pero a la final hice mejor negocio: le cambié volverme a afeitar por hacerme de un diván baratieli que ya había pispiado en Segundamano. Pa' ponerlo en la cocina. Venía reposta pa' torrar la siesta.

Yo me daba cuenta que La Santa se empezaba a poner como celosa del Caye. Dos por tres me salía que ella me veía un poco mejor porque Doña Rosaura, la angelóloga, la pastora Deborah y la cieguita abrecaminos habían hecho una cadena de oración pa' mí, y que por eso se me había cortado milagrosamente la cursiadera y todo lo demás.

Como descalificando a mi terapeuta. “Aparte la perra Laika a la final reventó por más alto que le haya toreado a las estrellas, vea”, me batía con la sangre en el ojo, de mientras le sacaba lustre con ceniza y limón a las copas y trofeos del finado y le prendía otra vela al Rodrigo pa’ que yo no siguiera desplazando síntomas y encontrara la senda de la pura verdad.

“Las viejas generaciones no comprenden a la juventud de hoy en día”, carburaba yo, de mientras me manyaba el broli: “¿Qué merde (me) pasa en (mi) psicoanálisis?”, de un tal licenciado Santiago Canal, pa’ distraerme un cachito antes de pirarme pa’ los bailongos de “Sin Rumbo”, “La Viruta” y el “Parakultural”. Tirado en un diván que me vendió por chaucha y palito un psicólogo, que harto de que no le caigan pacientes decidió cambiar de rubro y dedicarse a la venta de lombrices en la costanera, que según él es mejor negocio. Y junando por la ventana unas nubecitas coloradas adonde me parecía que el troesma Pugliese le metía pata con “La Yumba”, de mientras un lagrimón -que se veía más grandote por los los vidrios de los lentes- le salpicaba en los gloriosos garfios. “Es por la alegría, Batista”, me batía el troesma de troesmas.

(a Homero Manzi)



4. CUATERNO

LA RESISTENCIA ES UNA CAGADA

Aunque la barra me apoyó mucho al principio pa' que me analizara, al ver que yo me la tomaba tan a pecho me empezaron a gastar y a cagarse de risa. Sobre todo el flaco Sarampión, hábil pa'l verdugueo y la cachada. Pero cuando se dieron cuenta que mi yeite no era moco 'e pavo empezaron a correr la bola por todos los cafetines de los cien riobas porteños. Y se llegaron hasta “El Trébol”, pa' junarme de cerca, de Balvanera y Pompeya, del bajo Flores y San Telmo, del Barrio de las Latas, Villa Ortúzar y Ensenada, Monte Castro, el Abasto, San Nicolás, la Tierra ’el Fuego, Puente Alsina, Monserrat, Almagro, Colegiales, Villa Crespo y Villa Freud.

Vino Nicanor Paredes, el flaco Abel -que todavía no se había ido-, el Negro Lavandina, el macho Enrique Symns, el guapo Rivera, Ernesto Ponzio con el gordo Bazán, el Pardo Rivarola, el apache argentino Humberto J. D’Arcángelo, el criollo bueno Alberto Arenas -de paso pa’ la taquería y con la maleta chorreando sangre-, don Pepe Avellaneda, Ruggerito sin Barceló, el Torito de Mataderos Justo Suárez, los cafiolos Palangana y el Aguja Brava, el poeta canero Andrés Cepeda, el Jeringa y el Omar Chabán, y hasta el compadre Tolosas con su ladero el manco Wenceslao Suárez, de Chivilcoy. No quiero macanear, pero me parece que al refilón lo viché al troesma Borges, que de seguro andaba olfatiando letra pa' mandarse otra historia de esas que él escribe; y lo ví clarito al comisario Meneses empilchado a lo Humprey Bogart. Había también un montón de calaveras de samica a rayas y moñito diquero azul petróleo con pintitas amarillas; los pungas de alta escuela del café de Navarrita, de León Suárez y Falcón, especialistas en sotanas, camisulín, costaleti, yuca de arriba, culata, y chiquitín; los gratas de la barra de Zequeira y Oliden; mecheras de rompe y raja; tangas y filos orilleros; los curdelis de Alberdi y Montiel; un pilón de cartones papanatas; traficantes y fiocas de categoría; los escruchadores de “El Torito”; un par de burreros capitaneados por el Mingo Torterolo y Don Vicente Cataldi, que equipados con embrocantes de lujo se la pasaban chamuyando por los celulares: “En la tercera no fueron de la partida el cuaterno, la escopeta y la leche, cachó la canasta y ganó por afano total Little Osobuco...” Unas papas milongueras y las muñecas diqueras de “El Morro”, de Murguiondo y Alberdi, franeleaban con unos capitolios con clase, mientras se escuchaba un coro de muchachas vestidas de percal. Y apareció también un chiquilín con la ñata toda de-formada, de tanto apoyarse en los vidrios de los cafetines. Lo hicimos pasar pa’ que no se cagara de frío y lo invitamos con una cañita –eso sí, rebajada con ginebra-. El pibe nos batió apesadumbrado que venía pa’ aprender un cacho de filosofía, algo de dados y timba, como pa’ empezar, y alguna que otra poesía cruel. Y, ya que estaba, pa’ ganarse alguna potra bien zafada y calentona, confesó agrandado el purrete.

Los nuestros -que la jugaban de locales y rápidos pa' los mandados- aprovechaban el gentío -embelesado con los cortes de Gerardo Portalea y La Rusa- pa’ enchufarle los ganchos de atriqui a los pamelas que jirafeaban en el fondo, mientras Rodolfo Biaggi

los distraía aporreando un piano a martillazos y unos tangas gomías hacían laburo de ropero.

-Bati, ¿cómo es andar con el Complejo de Edipo, parecido a los sabañones, el empacho, el mal de ojos o la culebrilla? -tiró un choborra de abajo de una mesa, creo que el Pegador Rosendo Juárez, buscando al tanteo un licor que lo aturdiera de una buena vez por todas.

-¿Adónde está la resistencia ésa, che Batista? -largó el lungo Juan Muraña de arriba del estaño, listo pa'l visteo a lo pirata: un cuchillo en cada mano y el chumbo entre los dientes.

-Si soñás con el finado, el mudo de la vuelta, que aparte de hablar con señas era de mezquinarte la conversa, ¿a cuál hay que adornar: al 47, el muerto, o al 48, il morto qui parla?, preguntaban los que le dan fiero al escolaso. Un ñato timbero se me acercó y me secreteó a la oreja que si yo le revelaba la verdadera in-terpretación de los sueños podíamos hacer una sociedad miti-miti.

-Yo, pa' conocer a la gente, soy mejor que todos los psicoanalistas juntos, te reconozco a cualquiera tan solo por la voz, por más que haya cambiado o se ponga careta –intervino un viejo criado pletórico de narcisismo, de mientras canchereaba sacudiendo el plumero como las bastoneras yanquis. Desentonando, como siempre, en el ambiente tanguero.

Como no hay que amarrocar lo que uno tiene manyado yo me paraba arriba de un banquito y les iba poniendo la tapa uno por uno. Aquello día a día se pare-cía más a un coloquio rantifuso de psicoanálisis. El cabezón Moretones, que la iba de coordinador, hacía anotar las preguntas en los pelpas de agarrar las porciones y me las iba pasando: "¿Podría extenderse en la consideración de la articulación entre el axioma fantasmático y el rasgo unario implicado en la fórmula del llamado discurso del amo?", "¿También hay que garpar el IVA si te analizás?", "Si uno se enamora perdidamente de su psicóloga, que está rebuena, ¿qué pasa?". Pero una intervención me sorprendió y me patió el nido de veras: "¿Quién fue el chorizo de cuarta que se achacó las últimas páginas sobre Uqbar de la Anglo-American Cyclopaedia?".

Los yoyegas del boliche, pa' homenajear al Torito de Mataderos, ponían a todo lo que da "Muñeco al suelo" de Lomuto, y se refregaban las manos carburando en ampliar las instalaciones pa' mejor surtir al tejenaite. En cuatro o cinco meses tuvieron que bajar hasta las botellas de Pineral del último estante, esas todas negras de tierra que quedaban del tiempo en que la rubia Mireya revoliaba las polleras de arriba de las mesas y la Milonguita hacía sus levantes entre la gilada en celo. A mí me nombraron parroquiano ilustre, con pergamino y todo, y escribieron en la vidriera: "EL TREBOL UN ESPASIO PARA EL CHAMUYO EL RELACS Y UN ENCUENTRO CON EL BATISTA TODOS LOS DIAZ A ESO DE LAS DIES".

Una cheno, dopo que se rajó la gilada y quedó la intimidad de la barra -y como los galaicos haciéndose los sotas empezaban a apilar las sillas patas pa' arriba- al dientudo se le ocurrió ir a tirar confites al aire al potrero que queda al lado de la esquina rosada, pa' seguir festejando la perfomance de mi terapia. Todos menos el flaco Sarampión, que se abrió al toque pa' atracarle el carro y hacerle el verso a un gato oxigenado, a ver si se lo levantaba arrullándolo con un piropo infalible que le había secreteado el

petiso: “Aprovechá la partida que estoy en liquidación, ¡ganate la lotería que te ofrece este varón!”. Y si no pasaba nada con éste tenía a mano otro alternativo, pero un poco subido de tono: “¡Nena, abrime la fiambrera pa’ meter el zochori!”

Después de que nos bajamos cinco porrones de ginebra empezaron los cuetazos. “Este por el Batista”; “Este por el Cayetano”; “Este por Freud”; “Este por el sujeto del inconciente”; “Por la transferencia”; “Por la contratransferencia”; “Por el Otro no barrado”; “Por los Superyós gambas y benevolentes”; “Por los aranceles accesibles”; “Por la primera sesión sin cargo.” Y de mientras cargaban de vuelta los chumbos aprovecharon el silencio pa’ ga-rronearme consejos: “¿Cómo es que hay que hacer pa’ analizarse bien en serio, Batista, hay que ir en ayunas?”; “¿Conviene tomarse unas grapitas antes de la sesión pa’ darse coraje?”; “¿Qué pasa si el analista al que le batís tus fatos resulta buchón y ortiba del taquero?”, preguntaban bajito entre el humo de los tiros y las sombras de la noche. Disimulando que andaban con unas tremendas ganas de echarse panza arriba del diván y empezar a asociar libremente.

Yo les batí sereno que La Reina del Plata, aparte de ser capital de la cometa y el gotán, talla fuerte en psicoanálisis, y que los analistas criollos son de lo mejor. Que cuando salen de gira por el mundo triunfan y hacen capote, se codean con el príncipe de Gales, la Mistinguett, Cindy Crawford y el maharajá de Kapurtala, le ponen la alfombra roja en el Waldorf Astoria de Nueva York y se pueden eligir las mejores minas. También les batí que yo había sido un otario como ellos, y que antes creía que los que se analizaban eran unos pipistrelos que no tenían nada mejor que hacer que dejarse currar por los psicólogos.

El Hombre de la Esquina Rosada -que se la había pintado toda de vuelta, pero en un tono más delicado y con una guarda de rositas rococó- atraído por los tiros se acercó a pispiar un cacho, y aprovechó pa’ sacarse una vieja duda: “Si uno se apoliya abrazado a un osito de peluche divino, color té con leche y todo peludito, ¿también se lo tiene que sincerar al analista, don Batista?” La barra, que paraba la oreja, empezó a ficharse de reojo, a junar disimuladamente la Estrella Polar y la Cruz del Sur, a chiflar “A la gran muñeca”, a toser adrede y hacer como que pisaban hormigas. Pa’ que no se escucha-ran las risitas.

Pero había algo que todos tenían que manyar, aunque les duela:

- Punto uno: los que dicen que el psicoanálisis no sirve pa’ un carajo son unos resistidores de mierda. Punto dos: a ésa resistencia el analista tiene que darle fiero con la tartamuda de la interpretación. Punto tres: si ya decidiste analizarte tenés que asegurarte un buen esparo pa' enchufarle la lanza -bien a lo dedo de oro- a los yucas del inconciente y afanarte la casimba de lo reprimido. Pa’ eso no hay mejor ropaés de academia que un psicoanalista bien debute y canchero. Pero guarda, araca, dequerusa, no te dejés embalurdar por algunos troncos que la van de sabelotodos, se engrupen de analistas, tocan de oreja y te enroscan la víbora con el piripipí, sin el verdadero manyamiento del capo de todos los capos, el troesma de troesmas Sigmund Freud.

La barra me relojeaba con más respeto que al bronce de La Voz. De mientras la luna lambeteaba brillitos a los bufosos, más de un prontuariado segurola carburaba “¿Dónde estará mi arrabal, quién se afanó mi niñez, en qué rincón luna mía volcás como entonces tu clara alegría?”. Y de jonca que se morían por analizarse ahí nomás. El Hombre de la Esquina Rosada, en cambio, se fue bordeando el zanjón, morfándose un cacho de quiche Lorraine y murmurando: ¡Dónde habrá un chongo, viejo Gómez!, y recitando con ademanes:“The sun is going down and the dogs are starting to how[7] l”

Yo, diplomado en el agrande, echado pa’ atrás con el chefún requintado bajo la luz de la luna, un pucho retacón que me humeaba en los ojos -pero me la aguanté- y las manos en los griyos, bien fachero y como quien no quiere la cosa, largué:

-Muchachos, discúlpenme, pero me tengo que ir a torrar un cacho, porque mañana voy a terapia con la fresca.

Al envidioso del Chueco se le iba sola la mano al fierro -todavía calentito-, pero el inanalizable se controló, no sin dejar de batir con desconsuelo:

-Andá nomás, trastornado.

No le retruqué pa’ no gastar pólvora en chimangos, vea. De lejos me parecía que De Angelis arremetía con “Pavadita”. Yo no era más aquel muchacho oscuro.

(a Carlos de la Púa)



5. COCINERO

LA TRAICIÓN

Ya iban pa' los seis meses que estaba yendo del Caye, sin fallarle una sola vez, llueva, truene, refucile o caiga piedra. Un Sarmiento de la terapia, vea. En el rioba yo era puntacho manyado cuando pasaba empilchado con saco entallao con botones de nácar, chaleco de piqué de fantasía, lompas de gabardina a rayas ribeteado con trencillas al tono, polainas de prima, chalina de vicuña, funyi debute de Maxera, camisa Arrows con cuello palomita, lengue blanco de satín bordado, tarros de anca de potro charolados con taco francés y chapitas, guantes color patito y con un clavel jaspeado en el ojal. Bien faroleando y bien yengue. El sabalaje canero se chistaba por lo bajo: "Hoy le toca terapia" embrocando con envidia mi tapín de ganador y mi ganada fama de compadrito y gigoló. "El jailaife se va pa'l psicoanalista" parece que también carburaban Chiche, Zaino y Moro, los padrillos cadeneros cinchados a la chata del corralón, unos pingos de lo más cancheros que cada vez que podían pispiaban con ojos de codicia a la Sweet Carolina, la yegüita cara blanca del botellero -que estaba bastante fuerte, pa'l gusto equino-. Y hasta el ciego dejaba de pitar los Partagás y de tocar la armónica que le había regalado la Laura Hansen, pa' tantearme los leones bien planchados cuando yo pasaba por el umbral adonde él estaba sentado haciendo tiempo: "¿Sos vos Evaristo?", me batía melancólicamente el inconsolable, manotiándome las canillas.

El asunto fue que un día llego a mi sesión, y como el portón estaba sin tranca me mandé por el pasillo sin tocar el timbre. Ahí me lo crucé por primera vez al Jacinto, el famoso hermano del tordo, que venía encurdelado agarrándose de dos yirantas. Los jopendes jodones que siempre andaban por ahí le estaban echando querosén a un gato barcino pa' prenderlo fuego. Yo me llegué hasta la tapuer del consultorio y pa' mi sorpresa escucho clarita la voz del tordo. Y la de otro más, aguardentosa. Me picó la curiosidad, y como había una escalera tirada en el fondo del pasillo me subí a lo patilana y cogotié por la banderola entreabierta. Y ahí los descubrí. Fue como si me hubieran encajao un puntazo de atrás, vea: en el mismo diván en que yo le confidenciaba todas mis intimidades al Cayetano había otro punto chamuyándole a la sordina. Y el tordo lo junaba y le ponía la oreja... como me la ponía a mí.

"¡Traición, otra vez la la maldita traición, pero esta vez alguno se va a ir derechito pa' la Quinta del Ñato con los chinchulines colgando pa' afuera como ristra de ajo!", me batí con odio. Bajé de la escalera a los santos pedos y pelé la daga -en el fierro dormía y acechaba un rencor humano y hacía tiempo que andaba buscando vaina en un cruel corazón- y le largué: "Esta puerta se abrió para tu paso". Y ahí nomás con toda saña, en un revuelo de venganza y odios contenidos, y pegando tremendos alaridos, le empecé a pegar tantos patadones al picaporte hasta que la tapuer se vino abajo: entonces me planté a lo Moreira, en el medio de la polvareda levantada al desencajarse la tapuer de las bisagras, bien parado a lo macho, con la daga en la mano palpitando hambre de güesuda, los ojos colorados y saltones y mostrando todos los dientes que podía.

El farabute del diván tenía tajeada la jeta de lado a lado y tapín de rufián domiciliado en Devoto, mezcla rara de fayuto con rechifle de botón. Apenas me junó el ñato se arqueó volando como langosta, se paró en guardia a lo Kung-Fu arriba del diván y empezó a pegar gritos en coreano. A todo esto el Caye estaba de bombo en el sopi con los ojos saltones. Al verlo así me recordé del petiso Carloncho cuando tenía que jugarse a una baraja y largaba, después de pitar bien fuerte y tirar el humo despacio pa' arriba haciendo redondeles: "A veces es preciso ser hombre".

-¿Y por este merlo jetón, recatango y lancero de cuarta abobinado a reja me cambiaste, gavión? -le tiré salpicándole escupida en la trucha. La daga se lambía de contenta.

-¡Pero che, llegaste una hora antes, estoy con otro paciente! -me contestó como pudo, abrazado a la PC, con la voz tembleque y un cagazo de la gran puta.

No sé si por la bronca o la vergüenza me espiracusé corriendo por el pasillo a lo otario papafrita, y ahí me trompecé con el toga hecho una fogarata con patas –ahora parecía un siamés acalorado- que venía pa' mi lado como un avión a chorro y se me enredó en los talones. Igual me alcanzó a encajar al voleo un flor de tarascón en las canillas. Me lo tuve que sacudir como si hubiera pisado un tereso antes de seguir corriendo. Mientras saltaba el portoncito que daba a la yeca el marote me daba más vueltas que una calesita, pero seguí a los santos dopes como cinco cuadras. Hasta que al final largué los bofes y tuve que sentarme forfái en un tacho de basura abajo de la quieta luz de un farol del alumbrado. Estaba todavía con la daga en la mano que parecía decirme sin consuelo: "Me quedé con unas ganas bárbaras, Bati", aparte se me había volado el chefún y me estaba chorreando un caldo colorado de la pata por la mordida del gato. Un vigilante de recorrido, poniendo de a propósito cara de orto, se me acercó, y de mientras se daba golpecitos en la palma de la mano con el garrote, me zampó: "A vos no te tengo manyado de por acá". Tuve que llorarle la carta y jurarle por La Vieja que yo era nada más que un analizado todo con-fundido, pa' ablandar al tira y no terminar en cana encima de todo. Por suerte el quía lo entendió reposta porque él también se analizaba y me dejó ir, recomendándome mientras sobaba -ahora mansamente- el garrote, que pa' las neurosis de transferencias muy jodidas no hay como unas buenas cataplasmas de ajo macho, un emplasto de miga de pan con dulce de membrillo y una regia enema de salmuera.

De resultas de este lío el Bertolotti se me vino en picada como escupida de músico. Yo no podía dejar de darme máquina al pensar que otro a su lado...muy movilizado, vea. A la hora, y dopo que el cobani me pasó por escrito todas las recetas que conocía pa' combatir los influjos transferenciales, me presenté, ahora sí, puntualmenete a mi sesión. Pero no le mancusé un carajo, lo quería cagar bien a lo turro a ese terapeuta traicionero. El no sabía qué hacer pa' explicarme el fato. Que mirá cómo me dejaste al otro punto. Que se me fue todo angustiado. Que yo nunca te juré que vos eras el único. Que aparte de a mí y al otro también atiende a un bombero hidrofóbico, a un enano con complejo de superioridad porque calza el 48, a un arriero apenado y a las treinta histéricas de siempre. Eso aparte de hacerse unas changuitas en un parque de diversiones los fines de semana como boletero en el tren fantasma. Y que pa' analizarse hay que cinchar bien a lo buey y bancarse el picoteo.

De mientras me hacía la película con el enano trepándose al diván con sus tremendos camambuses y al arriero estacionando el overo manchado en el portoncito, lo sobraba con una sonrisita cachadora. Cuando terminó mi hora me levanté del diván, me peiné lo más tranqui, chiflé un cachito: "...Sé buenita, no me busques, alejate de mi vida..." y plantado a lo taita y ladiando un cacho la solapa, pa' que se viera que andaba calzolari, le chanté:

-Vas a tener que patiar mucho yuyo y adoquín pa' conseguirte otro paciente como yo, no servís pa' acompañarme ni siquiera en la partida, compadrón prontuariado de vivillo y retazo de bacán[8] -. Le revolié los honorarios como se le tira un caracú a un perro apestado, bien desde lejos, y me fui a la mierda pisando fuerte. Pero antes me di vuelta le grité con todo: "¡Chau chitrulo!" Los pendejos del pasillo, cagados en las patas por si me la agarraba con ellos por lo del gato, recularon dando zancadas.

Pa' mí el Caye estaba fiambre a partir de ése día. Más que amor era un sufrir, vea. Si le hubiera hecho caso a La Vieja -carburé- y en vez de tratarme con este coso tiburcio más estirao que alambre de fiambrera, gil a la gurda engrupido y charlatán, y me hubiera ido a ver a la angelóloga por lo menos no me hubiera morfado ese flor de garrón. ¡Dónde iré con mis pesares, dónde iré con este amor!, suspiré, y me remonté del consultorio coleando como barrilete, apilado a mi destino y abrazado a mi rencor. Llegué hasta San Cristóbal boleado y yirando de la cuarta al pértigo sin ton ni son. Ahí me bajé un troli de clarete en el cafetín al paso "El Foco de lo Imaginario" escuchando a Alfredo De Angelis en "Mi Dolor", después me mandé pa' La Paternal, y en la pizzería berretonga "La Profunda Herida Narcisística" me embuché una grande miti-miti con una botella de anís escuchando a Francisco Rotundo en "El vinacho". El vate Sanmartino, que andaba por ahí secolari vendiendo de mesa en mesa sus brolis, junando mi facha ruinosa me requechó dos puchos -uno pa' pitar y otro pa'l guardabarro- y a cambio de una grapita, un plato de agnolotis a la bolognesa, un matrimonio bien caliente al plato y un pingüinito de Chardonnay, me corneteó un consejo de oro en su rante chamuyo de arrabal:

"Nunca te pongás en curda
para no perder los puntos
vos sabés que en este asunto
siempre falla el de la zurda,
el que toma se embalurda
y está para el chacamento,
pierde la línea, da el vento
y lo curra el más chabón,
el balero siempre fresco
pa' no pasar por cartón[9]"

Y ahí nomás se sentó, se acomodó y empezó a recordar, en su debute chamuyo canero, del potiem del Cachafaz y el negro Limones, de su época de poronga en la ranchada de Caseros. Y a pegarle duro a la gallega de 8 Hermanos. Al final me tuve que poner con media docena de brolis recontramanoseados pa' sacarme al ventajero de encima. Y aparte acercarlo hasta el bulín por el pedo que se agarró.

Dopo que lo dejé largando los chivos mientras recitaba a Roberto Juarroz volví a la pizzería, me mandé un sanguchito de pebete de jamón y queso con medio tubo de Mariposa y me contenté con la idea de hacerme un flor de asadito completo el domingo -con chichulines trenzados, zochoris remojados, morcilla vasca, cuatro tiras anchas, un matambrito de pollo con bastante limón, mollejas, tripa gorda, unas provoletas pa' picar, ubre con perejil, brochettes de lomo, riñoncitos y panceta, un cacho de vacío y una ensaladita mixta con pepinos-. Con briquetas y el diván. Y de mientras me cagaba de risa imaginando cómo iba a rociarlo todo de querosén y dopo de prender un Fontanares le iba a tirar el fósforo, me refregué las manos, pelé la daga y le batí: "Tranquila vos, no te hagás la hache y no te dejés ganar por la frustración, que por lo menos vas a poder ensartar unas morcillitas, ponele la firma". El malevaje extrañáu me miraba sin comprender.

(a Jorge Montes)



6. LA MEDIA

MI NOCHE TRISTE

Esa noche no volví a mi casa, medio mamerto enfilé derecho pa' "El Trébol" a encontrarme con la barra y ver si los gomías se seguían cotizando en las buenas y en las malas. Estaba el cabezón Moretones con el flaco Sarampión jugando al siete y medio y mancusando sobre una idea del flaco pa' hacerse de unos buenos mangos: encanastar perros finolis pa' ver después si ofrecen recompensa. El cabezón le increpó que eso era secuestro encubierto, y el flaco retrucó que no era más que una audaz adaptación al tiempo de malaria que nos toca vivir. Mientras tanto el dientudo y el petiso rascaban una milonga en la encordada, contentos porque le habían acertado tres fragatas al 28 -las tetas- y se habían levantado un toco de mangruyos. Yo garpé tres picadas bien completas, le batí al galaico, que venía de colgar un cuadro de La Pasionaria: "Eche amigo, nomás échele y llene, hasta el borde la copa de fernet", y al petiso: "Tocala de vuelta Carloncho", diciéndoles a todos con las vergüen-zas en flor, copa a copa, pena a pena, tango a tango:

-No me reculen muchachos, otra vez necesito contención porque la vida se me ha vuelto absurda una vez más; la vez que quise ser bueno en la cara se me rieron, toda carta tiene contra, y toda contra se da...y ahora quiero olvidar su terrible traición...- Y ahí se me cortó la parla y tuve que sonarme los mocos. Pa' disimular los lagrimones.

Y la barra fiel y taura no achicó. Empezaron que ellos ya sabían lo que me iba a pasar, porque siempre, pero siempre, pasa igualito y lo mismo: las mujeres no tienen perdón de Dios. Que las minas esto, las minas lo otro, y que ellos ya lo habían dicho: son todas unas reventadas, unos yiros disfrazados, yeguas insaciables, atorrantas, chusmonas, trai-do-ras y se la pasan todo el santo día pintándose las uñas, haciéndose los claritos, el batido y el brushing y sacándole el cuero a los machos en el almacén y en la peluquería. Y que aparte de la crueldad no hay que olvidarse de la vileza de las pérfidas traiciones de las que son capaces; a los pobres giles marean sin grupos, pero al llegar al final de sus carreras sus primaveras verán languidecer. Y que ahora a mí no me quedaba más remedio que odiarla con toda la fuerza de mi alma.

Yo no sabía qué joraca decir, así que me quedé musa. El dientudo se recordó lo que le hizo La Polaca: se piró con el padrino pelao la misma noche del casamiento, en el mismo remise de la ceremonia y alzándose con dos pisos de la torta, los muñecos de yeso y la olla de clericó, que era de la vieja. El poeta del off Boedo relató con lagrimones la infamia de La Casilda: con la excusa de que le enternecía el monito se fue atrás de las ruedas embarradas del último organito tirado por un yobaca flaco. Y del organillero rengo, que jodía a todo el mundo a la hora de la siesta preguntando por la casa de la vecina muerta. Al final se perdieron en la nada, y el alma del suburbio se quedó sin los densos y melosos gemidos del veterano Rinaldi-Roncallo. Y sin la aflautada voz de La Casilda. El cabezón Moretones me batió compungido que la paica que adoraba se le

piantó con su mejor amiga –de él-, la María José, y que ahora conviven lo más panchas en un loft todo pintado de celeste pastel y rosa viejo en la Ciudad Oculta. La María José ahora se hace llamar José María. El flaco Sarampión -sonriendo a lo canchero y con diamantes en el comedor- dijo que no me haga ningún problema, que la cosecha de unicornios azules nunca se acaba: "Viuditas, casadas y solteras, pa' mí son todas peras en el árbol del amor, Batista". El Chueco Repisa no estaba, pero la barra me confidenció que la nami se agarró una obsesión fatal con el tragasables de un circo ambulante, y lo siguió nueve semanas y media hasta Baradero, pero que ahí se despenó desengañada -morfándose ella solita una sandía de diez kilos con media damajuana de vino patero- al enterarse que el punto era marcha atrás y pareja estable del Hombre Bala. Hasta uno de los yoyegas que estaba orejeando la conversa se deschavó que la Josefa un día cruzó al kiosquito de enfrente a comprar una caja de espirales y hace diecisiete pirulos que no aparece.

Salimos de "El Trébol" y nos fuimos a bardear coreando por los arrabales los cachitos de letra de "Rencor" que nos acordábamos: "Este odio maldito que llevo en las venas me amarga la vida como una condena... la ¡odian! mis ojos porque la miraron, la ¡odian! mis labios porque la besaron, la ¡odio! con toda la fuerza de mi alma, y es tan grande este odio como fue mi amóoor..." Y cada vez que tocaba conjugar el verbo "odiar" patiábamos con saña un tacho de basura dejándolo culo pa' arriba todo desparramado en el medio de la yeca.

Dopo los gomías me llevaron de arrastre hasta el "Armenonville" -tocaba la típica de Canaro y Jazz Gregor-, de ahí salimos pa'l "Salón Rodríguez Peña" pasando por el "Café El Nacional", el "Chantecler", "El Tambo", "El Pabellón de los Lagos", el Velódromo, "Lo de Jensen", "Sin Rumbo", el "Sans-Souci", el "Picadilly", "Pachá", el "Montecarlo", el salón "La Argentina", el "Chantecler", el "Tabarís", el "Marabú", "Los dos pianitos", "Michelángelo", "El Cielo", el café "La Terraza", el "Tibidabo", "Blades", el "Viejo Almacén","Trumps", el "Club del Vino", al bailongo de María La Vasca, "New York City" y el antiguo almacén "A la ciudad de Génova". Pa' tirar el espinel, sacarle viruta al piso, chupar como esponjas y ponerle curitas a los timbres y salir rajando, como era ancestral costumbre de la barra pa' apaciguar la angustia y sacar al circunstancial amigo del bajón y el aplaste.

Al dientudo y al cabezón los dejamos lanzando los chivos en Palermo, cerca del Tambito. Primero se habían agarrado a las piñas con el inglés Carlos Kern en lo de La Vasca -donde tocaba el pibe Ponzio- porque no los quería dejar pasar por el pedo que traían, dopo habían estado chupando de una sonda enchufada a un barril de quebracho "René Barbier" en lo de la Laura Monserrat -donde se floreaba el Rosendo Mendizábal- permaneciendo en simbiosis con el barril por más de cuatro horas. Eso sí, turnándose pa' poder escuchar al pardo que esa noche estrenó "El Entrerriano". Dopo se bajaron cuatro trolis al hilo de licor de nísperos -bueno pa' los radiadores- y veinticinco Bidú cola con aguardiente y cubitos en el VIP del bodegón de cuarta "Caix". El flaco Sarampión, que era flor de caburé, casi se agarró a los mamporros con el chileno Joaquín Carrasco por la gaucha Manuela, pero al final se levantó otra mosaico tetona -y con un mortero de no creer-, una lechuguita de pestañas muy arqueadas en una esquina sin ochava de Monserrat, y se abrió al toque pa' una garsonier repiché de tiempo compar-

tido que sabía frecuentar por Caracas y Jonte, justo enfrente del bar del griego: un cotorro a la gurda con kitchinette, antesala pa' la franela, espejos fumés, cortinas de raso, paredes en tono pastel azulado, colchones de agua, salita pa'l sadomasoquismo, salón de fiestas, mobiliario Old American Folk patinado, arañas con pasamanos pa' colgarse, veintisiete gatos de porcelana y bouquets blancos bajo pálidas luces de lámparas art decó. Todo climatizado, bien debute y con alfombras de La Europea, pa' no hacer ruido.

El petiso se jugó a mi baraja y con la encordada a la rastra nos fuimos pateando tachos desde los caserones de tejas de Belgrano hasta nuestro atorrante arrabal, con escala en "Age of Communications". Como a la madrugada vimos a una nami sola, fané y descangayada saliendo de lo más campante de un cabaret de yomería donde cantaban la Tania y la Merello y pasaban discos de Armando Pontier y Osvaldo Fresedo. Se iba pa' la confitería "El Vesubio" a desayunar chocolate con churros. El petiso se le acercó y le largó de sopetón: "Pa' que vos me escuchés mis parolas se enflaquecen a veces..." La naifa le cortó el verso soplándole el humo del Vuelta Abajo en plena trucha y le batió con aliento a birra Corona y a Cubana Sello Verde: "Pa' vos te lo dejo en cincuenta, corchito e' sidra". El Carloncho se puso todo colorado y reculó resoplando: "Nadie más cree en la poetas hoy en día" y empinó una petaquita de Tres Plumas hasta verle el fondo. La naifa se fue al mazo y bajó a cuarenta, a treinta, veinte, diez. Y se plantó en siete y medio. Y como el petiso no quería lola ni le daba bola la faifa paró un tacho y se rajó haciendo fuck you con el dedito, de mientras le gritaba al petiso desde la ventanilla: "¡Che vejiga, babieca secolari, te creés que sos un rana y sos flor de gil!"

Después seguimos pata y pata. Si junábamos un choboli abierto nos metíamos a chupetear un cacho, yo pa' ahogar el dolor moral, la tristeza y el síntoma de inhibición de la angustia que había en mi alma. Y el Carloncho de puro curda nomás. En una cueva rasposa de empedernidos chupandines, en Rivadavia y Combate de los Pozos, mientras Ernesto Baffa le daba con pulentosa nostalgia a "Organito arrabalero", pa' que bailen El Cívico y La Moreira, el petiso -embrocando sereno el culo rajado de un vaso de ginebra vacío- chimentó entre suspiros, hipos y provechitos: "Batista, ¡qué sería del gotán sin nuestra errante melancolía!" "¡Y viceversa!", la salió al cruce más rápido que bombero el troesma desde la tarima -que había parado la oreja- arrancando furioso con "Pa'l rojo, celeste y blanco" y murmurando: "Tango, tango, hoy preciso de tu ayuda pa' calmar urgente mi dolor..." Y le rodaron un par de lagrimones. Ahí se nos arrimó el troesma Gobello -que había pispiado de sotamanga la conversa- y nos chantó a tuti cuanti, con clase: "Es que el gotán, señores, no se ha hecho pa' cantar lo que se tiene, sino pa' llorar lo que se ha perdido irremediablemente", y se fue rumbeando musa pa' dar su clase en la Universidad del Gotán. Pa' colmo Mariano Grondona, que venía con una jarra de "Beaujolais Navarro Correas" con cubitos en una mano y un choripán medio mordido chorreando aceite en la otra, también quiso meter la cuchara y arrimó una conclusión: "Tango, del latín tactum, tangere, yo siempre se lo digo a la gilada gringa de Harvard: pa' entender el tango primero te tenés que encajetar con una flor de potra del conventillo de Sarandi, pero que su leve risa sea un cantar, pa' que endulce sus cuerdas el pájaro cantor, y después la mina te tiene que clavar bien clavadas las guampas, pa' que vos sufrás como una bestia y andés todo el día mamado. ¡Ah, pero si yo me la llego a cruzar de puro pedo a la turrita esa...!", batió con los ojos colorados y

saltones, una baba de hiel chorreándole por la papada y pasándose el garfio pa' un lado y el otro por el gañote. Después refunfuñó: "¡Yo tengo una pena que llevo en el alma por una perversa que no sé olvidáaaar!", y empinando la jarra se la bajó de un saque, chorreándose el jetra desde el buzón a las botamangas, tragándose los cubitos, todo hecho un asco, vea. Rajamos de ahí con el petiso -que poetizó: "Fanega que andás penando sin un mo-tivo mayor, quien te dijo que en la vida todo es mentira, todo es dolor"-. En la indiferente y fría soledad de la yeca recién amanecida podíamos peinar nuestras angustias sin que nos joda nadie.

No sé como vinimos a parar al rioba con un pingüino vacío en cada mano, una cala en el cabalete y sin un sope. El Carloncho, medio breca porque en el trajín se le había saltado la bordona -mientras le hacía reverencias a la estatua del resero canturreando: "¡Victoria, araca victoria, estoy en la gloria, se fue mi mujer!"- me largó así nomás y sin vaselina:

-¿Y cómo se llamaba esa guacha infiel, che Batista?
-No me hagás recordar Carloncho, que no hay que mezquinarle olvido a las traiciones cuando son tan fuleras -batí yo más rápido que bombero, haciéndome el lonyi, junando las últimas estrellitas y masticando amargamente: "El día que me quieras no habrá penas ni olvidos". A lo lejos de escuchaba al Cuarteto Cedrón con la voz del Tata en "Los Mareados".

Lo dejé al Carloncho en la tapuer de su cotorro esquifuso, una leonera que sabía tener empapelada con poemas de Carlos de la Púa, Homero Manzi y Raúl González Tuñón, tapas de "Playboy" y "Cerdos & Peces", banderines de River, cuadros de Pascual Contursi y de la Berta Singerman, una foto de John Pemberton pa' practicar tiro al blanco con jabalinas y un cartelito pa' hacer control mental que decía: "¡Maldito seas Palermo, me tenés seco y enfermo, mal vestido y sin morfar!" Agarrándose del picaporte me batió entregado: "Puedo escribir los versos más tristes esta noche, Batista, pero antes tengo que terminar otra obra de largo aliento: 'Booz apoliyado' y mi 'Oda a la Máquina', que está por la mitad". Y empezó, como casi siempre, a cantar loas a la magia de Moreno, las gambetas de Muñoz, la precisión de Pedernera por el medio, el cañonero Angelito Labruna de puntero, la versatilidad de Loustau, todo en una sinfonía de pases geniales y un virtuosismo -hay que reconocerlo- de la gran puta. Cuando estaba por entusiasmarse reviviendo con ardor la goleada a los xeneises en el Monumental y los 292 golazos de Labruna -hacha y hacha con el paragua Erico- cayó planchado. Lo tuve que llevar de arrastre pa' la pulisa. Tercer piso sin ascensor.

La noche se iba a baraja, y el lucero del alba hacía pata ancha solari el cielo de Mataderos, ese lugar amasado con gotán, bosta, vino y misterio, tajeado entre el Camino de las tropas, la Avenida del Trabajo, Emilio Castro y Escalada. Más que un lugar, un destino, vea. Y chiflando bajito "Es tan triste vivir entre recuerdos, cansa tanto escuchar ese rumor..." enfilé pa' mi casa. Pero antes de entrar me saqué los caminantes. Pa' no despertar a las musas. No sin antes escabullir los pingüinos atrás del enano de cemento del jardín. Recordando al viejo Discepolín carburé "El alba no perdona, no tiene corazón".

Había en la casa un hondo y cruel silencio huraño, y apenas cogotié la puerta embroqué a La Vieja tirada en la hamaca paraguaya con el deshabillé modelo semáforo -de frisa roja, amarilla y verde-, las chinelas del pompón y la pava en el Primus. La radio pasaba bajito “Incurable”. Yo me hice el otario preguntando qué hora era y si le andaba pasando algo. Pero La Santa, de lo más cabrera, me escrachó al toque:

-¿Cuándo se me va a dejar de locuras juveniles, m'hijo? Ya me va pa’ los cuarenta y no me da más que puros disgustos, vea.

Ahí nomás me le puse de rodillas y con remordimientos le sinceré todas mis penas. Le batí lo que hacía el Bertolotti a mis espaldas: atendía a un montón de otros pacientes. Una lágrima indiscreta furtivamente cayó. De mientras se cebaba un mate con cascaritas de naranjas amargas La Vieja me sentenció con clase:

-Vea m'hijito, los hombres, por más psicoanalistas que sean, son todos iguales y cortados por la misma tijera: borrachos, maulas, taimados, machistas, fajadores, les tira la calle y le escapan al trabajo. Usté ya debe saber que no hay como una buena madre pa' entenderse con el hijo de sus entrañas.

Dopo se bajó de la hamaca, me dejó arrodillado y se fue a ponerle un vasito de agua y prenderle una vela larga y finita a la Difunta Correa y otras dos -más gordas y cortonas- al Tibor Gordon y a la Gilda. Pa’ agradecerles el milagro de haberme rescatado de la peste del psicoanálisis y de las garras del satánico doctor Cayetano. Y de paso les garroneó a los tres juntos otra gauchadita: que hagan fuerza pa’ que yo deje de hacerla renegar tanto y vaya de una buena vez a ver a una vidente ciega, sorda, muda, paralítica y con hemorranas -pero con flor de sifonazo- que cura con flores de Bach, esencia de delfín del Pacífico y bagre de Chascomús, péndulo, aromaterapia, reiki, programación neurolingüística y terapia de los cantos. Y que también predice el destino por el tamaño, la estructura y la baranda de los teresos que te hace cagar en una escupidera dorada con forma de cuerno de la abundancia. Aparte de redículo a mí me pareció bastante asqueroso ese tratamiento alternativo, y no me cerraba lo de la terapia de los cantos. Pero me callé la boca pa’ no darle más disgustos a La Vieja esa noche de excesos. Y me fui a torrar de lo más palmado.

Pero tuve una pesadilla de la gran puta: soñé que volvía del feca como siempre, pero al llegar a mi casa veo desde lejos todas las luces prendidas y escucho risas de jarana. Me asomo por la ventana pa’ ver lo que pasa y juno a un punto de espaldas, sentado a la mesa y terminando de morfarse un lechoncito adobado. Y a La Vieja, que viene de la cocina con una bandejita, le bate al punto: “Bueno m’hijito, acá le traigo la cañita de naranja que a usted más le gusta, y pa’ después le tengo preparado unos ricos matecitos”. El punto empina la caña y dopo, siempre de espaldas, prende la radio -justito agarra “Noches de tango” por Radio del Pueblo-, le chamuya a La Santa a la oreja, y los dos se cagan de risa y se ponen a bailar un vals por el “Cuarteto de Punta y Taco”. A mi me vinieron al bocho, como una ironía del cruel destino, los versos aquellos: “Pero iban blandamente a compás los bailarines, y embriagada la pareja sin notarlo se besó...” Desesperado pego la vuelta, pa’ espiarlos desde la ventana del fondo, y juno clarito que el punto tiene...¡la cara del Cayetano!

Me desperté desorientado como curda en la góndola de lácteos. Y más cabrero que nunca. Fui a la cocina, interrogué a La Vieja sobre cuánto hacía que no se bailaba un valsecito criollo, cuándo había sido la última vez, dónde, cómo y con quién. Y sin esperar respuesta, y sin siquiera chupar un mate, agarré el cortaplumas, me fui derechito hasta el paraíso del fondo pa' completar las iniciales "B" y "C". Puse "Bajas Calorías". Dopo agarré el trabuco naranjero, lo cargué despacito con perdigones como pa' un chancho jabalí, y me fui a lo del Cayetano. Pa' hacerlo boleta.

-¿Cómo, no era que yo era un chitrulo y vos no venías más? -me corrió con la parada el tordo sobándome el lomo, apenas me abrió la tapuer toda descangayada-, dejate de joder, pasá, tirate en el diván y no me actués más, ¡haceme el favor che! LR3 Radio Belgrano pasaba bajito "Lo que vos te merecés" por Alberto Podestá.

Y yo, como un boludo, guardé el fierro y le hice caso.

(a Eduardo Escáriz Méndez)



7. LA ESCOPETA

SUEÑOS NADA MÁS

A mí me parecía cargada tener que batirle al analista los sueños, que antes me habían parecido un engañapichanga lleno de boludeces, y que pa´lo único que servían era pa’ embocar un número a la zabeca o a los premios.

-Pero ahí está la madre del borrego -me batía el Cayetano, con el fondo de “El Marne” en solo de fueye por Leopoldo Federico-: de mientras vos me chamuyás de lo que soñaste te van a ir viniendo solaris otras parolas surtidas a la sabiola, y ahí me las tenés que largar así como te llegan: los sueños son el eco del eco de tu voz, Batista. El analista, profe de la yuga, emérito de la bandera, el monseñor y el angelito; troesma diplomado en la alta escuela del escruche, casa el corta y la maceta y le entra a dar con tuti a la resistencia por la mucheta de los sueños, que es joya de rúa pa’ achacate el paco del inconciente. Y en esa maría hay de todo: un montonazo de gruyos, bobos a patadas, marrocas a la gurda y una bocha de sarzos, lo mejor de lo mejor pa’ que salgás del pozo de una vez por todas; así que vos tenés que estarte atenti, dequerusa, campaneando lo que sapa en la yeca de mientras el analista labura adentro con la viuda. Y ni se te pase en hacer gansadas y anotarte de ortiba de las resistencias.

Dopo que finiquitó su espiche banderudo me apretó que no me hiciera el chochán rengo y vaya largando el rollo con mucha efe, sin mezquinarle labia ni recular cuando se ponga a tiro la asociación libre.

Y ahí de punto pasé a banca, y empecé a lustrar carpeta de ligero. Por ejemplo un día yo soñé que andaba con mi viejo lo más pichi, meta pata por un lugar todo redondo adonde al fondo había un ranchito con un globo medio desinflado agarrado del techo. Mi viejo mira todo eso y me tira: “¿Y ésto, che Batista, pa' qué mierda sirve?” Y como había un montón de doñajuanas por el sopi, el ciruja vidalita -acostumbrado al mangazo y el garrón- empieza a pispiar si alguno está junando pa’ grafiñarse una. Yo le bato que no tiene más que avisarle al chaferolo que está en la tapuer pa’ llevarse la que quiera. Dopo nos escabullimos por una escalera toda forrada de cuero que daba a un pozo, y al fondo había otra escalerita y otro pozo.

Otro día soñé que iba como siempre a lo del Caye, pero cuando llego está la cana en el portoncito y uno de los tiras, de mientras se morfaba un postre vigilante, y con la boca llena, me dice: “Al coso éste lo venimo a engayolá por estafa reiterada”. Yo me agrando y les toreo a los yugas: “¡Si no sueltan a ese hombre decente y honrado armo un flor de quilombo!” Los ratis, lo más tranquis, me agarran del fundillo del orto y me encanan a mí también. Pero en la taquería, dopo que me sacan los laberintos en el concierto de pianola, lo veo al Caye en el yompa, enfarolado de jetra finoli de chambré, con bobo y marroca de oro, y a los chaferolos haciendo cola pa’ que los atienda. El

del postre vigilante daba vueltas a lo boludo, pa' ver si podía meterse entre los primeros. Mientras tanto Luis Cardei y Antonio Pisano entretenían con unos tanguitos sentimentales a los otros L.C. guardados.

Otro sueño más: voy con la barra de joda al piringundín “El Goce Libidinal II” de Berazategui, lleno de jardineras calentonas, ligeras, gustosas y cancheras, adonde canta la Sol Bustelo y el príncipe cubano Angel Sánchez Carreño presenta al loquerío una por una: Julieta: ¡la princesa del compás!; Yaníííína: ¡la de la auténtica y esmerada escuela francesa!; Rebéééca: ¡la traviesa colegiala pa’ pedir de boca!; Marianééééla: ¡la ex-or-bi-tan-te diosa chaqueña que no le envidia nada a la Coca Sarli ni a la Nélida Roca! y Mamuasel Griséééél: ¡mezcla rara de Natalia Graciano con la gorda Matosas y máster graduada en besos negros! ¡Sí señores: las más redeliciosas flores del pecado y criaturas recontraperfumadas que en vez de decir metejón dicen “amour”, en vez de espiantá “sortez”, en vez de catrera “le lit” y en vez de guita “l’argent!” ¡Todas superbebotas alucinantes y mimosas! ¡También tenemos el anexo “Panconpán,” con un par de fornidos fisicoculturistas bien dotados, pa’ lo que se morfan la cola ‘e laucha; cuartito especial pa’ la disciplina; la concurrida tortillería “Only for your eyes”, y nuestro autoservicio de consoladores “Pruebe antes de comprar!” Pero al llegar me tanteo el de la culata y me doy cuenta que me habían refilado el cuero y toda la teca en el bondi. De mientras los chabones se la pasan posta adentro yo me quedo aguantiñando en la tapuer, escuchando unas milongas por el Sexteto Mayor y platicando con un fantasma de lo más divertido, que me batía canyengue lo peligroso que es tomarse la vida en farra. Y que de tanta joda te podés pegar la payasa.

A lo último le tiré el sueño donde él se lastra el lechoncito adobado y aparece bailando un gotán con La Vieja. El Caye casó todos estos sueños, y sin largar el santo me batió:

-Bueno Batista, acá empieza la joda. A ver: ¿de qué color era mi jetra? A ver: ¿qué clase de novi había en las damajuanas, del bueno o del berreta? A ver: ¿qué mierda había en fondo del pozo? A ver: ¿me quedaba bien el jetra finoli? A ver: ¿estaban buenas esas papusas del queco? A ver: el lechoncito que yo me estaba morfando, ¿de cuántos kilitos sería? A ver: ¿así que me quedaba reposta el jetra y el bobo de oro, no?

Y así, poco a poco y a tranco parejo el Caye me fue buchoneando el secreto de los sueños. Me dijo que el lugar todo redondo era la de cuero número cinco cosida con tiento que siempre quise tener y me fue negada de purrete. Que el globo eran todos los bolazos que yo le había enchufado a La Santa, pero que como estaba medio desinflado eran mentiras no muy grandes, pero que igual tenía que ir a pedirle perdón (yo me acordé enseguida de las iniciales “B” y “C” y de la ladilla que me agarré en el piringundín del Bajo la otra vez). El Caye me batió también que el viejo era un choborra porque se le iban los ojos por las doñajuanas (¡la pegó!). Que la escalera quería decir que yo le tenía un cagazo drepa a los excusados muy oscuros (¡otra vez la repegó!). Que el naca de la tapuer, pa’ él, era un colega psicoanalista medio estrunzo y bartolero que lo envidia y que no se lo banca ni pintado. Que lo viera a él todo niquelado significaba que yo me había apercibido que mi analista era una persona de mucho rango, renombre, categoría y clase: “Date cuenta che, ¿te fijaste como el chaferío hacía cola

en la taquería pa’ que yo los atienda?” Y que yo le viera morfándose un lechón en la casa de La Vieja significaba que en esta etapa de mi análisis se estaba barajando la oralidad, y que yo la estaba proyectando maliciosamente hacia él como defensa ante mis propias tendencias agresivas.

Todo esto me lo largó de mientras revoliaba a lo canchero el mouse por el cable, se olfatiaba los sobacos y me cantaba que lo adorne con unos buenos mangos al sesenta y siete[10] ; el cuarenta y cinco[11] ; el cuarenta y cuatro[12] ; el setenta y ocho[13] y al noventa y siete[14] . Y la terminó con que el fantasma de la tapuer del queco, en fin, no tenía lógica y no había que darle ninguna bola.

Lo que no me quedó claro era por qué joraca me afanaron la mosqueta y no pude entrar al piringundín. “No importa Batista -me batí- ya te va a venir otro sueñito y vas a tener gomanes y minas mejores pa' la revancha y jugarte el berretín”. Pero por más que hice fuerza, minga de soñar con minas: soñé con serpientes. Y con unas nubes como aguas que bajaban turbias, adonde el troesma Hugo del Carril ladeaba un cachito el sombrero, estiraba ancha una sonrisa muda, hacía así con la zabeca -como diciendo “¡qué lo parió, las cosas de la vida!”- y me batía: “¡Este es mi muchacho, carajo!”

(a Angel G. Villoldo)



8. OCHOA

EL OTRO

Un domingo, a eso de las once, once y media, de mientras preparábamos con La Vieja un flor de puchero bien completo y chupábamos unos verdes con hojitas de menta, cae mi hermana melliza, la Tere -bautizada María Teresa, en casa le decíamos Teresita y ella se hace llamar Peggy-. Hacía rato que no se aparecía por el rioba, vivía sola y aparte hacía muchas horas extras en la fábrica de tejidos "Tarbuch & Loewenthal". La había arrimado un tipo de jetra a rayas, tegobi finito, botas de cabritilla recontralustradas con taco pera, un sarzo en cada dedo encima de los guantes y lentes ahumados de carey sintético, que se hacía llamar "El Hombre de las lobas", en un Kaiser Carabela todo blanco y con una fogarata pintada en cada guardabarro. Pero el punto no quiso ni estirar las patas, apenas la Peggy se bajó -toda perfumada, con una copa de champán en la mano y alardeando de su dulce hechizo- se rajó a los santos pedos. De mientras el bote se perdía entre el barrial tocando bocina con los acordes de "El puente sobre el río Kwai", La Santa me codeó y me secreteó por lo bajo: "Este debe ser el que le arrastra el ala a la Teresita".

La Tere era bastante pretensiosa pa' la pilcha, le gustaba darse dique y se veía que en esa fábrica le garpaban bien, porque siempre andaba forrada. Pero lo que yo no le bancaba eran las polleras cortonas, la boquilla larga de bacana y que se ponga tanto colorete y carmín.

En vez de tomar mate la Tere se bajó dos sovas de Legui al hilo, revolió la cartera como de tres metros y la embocó en el gancho de la pared, prendió un pucho en el calentador, taconeó de acá pa' allá por la cocina, abrió la ventana y se mandó un flor de gargajo -que le fue a dar justo a la sabiola del enano de cemento del jardín-, se sentó en la silla chueca y me zampó sin vaselina:

-Che Batista, me ortibaron que vas de un tordo de esos que curan colifatos.

A mí se me hincharon las quijadas, una llamarada me empezó a caminar por el lomo, se me atragantó el gañote y el mate que tenía en la mano se me fue a la mierda.

-No Teresita -terció La Santa-, el Batista va de un psicólogo, que no es lo mismo.

-Pa' mí es lo mismo -dijo la Tere, pinchando las papas del puchero, pa' ver si estaban, justo cuando pasaban por la Broadcasting "Mentira", por la orquesta de Pugliese y la Nelly Vázquez.

Yo agarré y me fui pa' mi zapie. Como ya me habían amargado el domingo manotié el funyi marrón, me calcé la daga, chapé el chumbo, saludé a La Vieja desde el zaguán y enfilé de lo más fulo pa' la yeca. Me acordé del petiso: "A veces es preciso ser hombre".

-¿Y a mí no me saludás, che froilán? -me tiró la Tere, de mientras La Santa se secaba los lagrimones con el trapo rejilla.

-¡De ser macho muy distintas serían las cosas! -le chanté ladiando un cacho la solapa, pa' que junara que cargaba la morena. Golpié de a propósito la tapuer a lo bestia y me rajé pisando fuerte, pero la escuché ladrar de lo más histérica: "Piantá de aquí no vuelvas en tu vida, no puedo oírte decir tanta pavada, no te das cuenta que sos un engrupido, otario engominao[15] ".

Rumbié pa'l lado de los talleres ferroviarios de Liniers, a ver si se me pasaba la chiva, y me patié como cuarenta cuadras de un tirón. Cuando me estaba por picar el bagre me lo crucé -de puro pedo- al paciente del Caye, el del tajo en la jeta. Se estaba morfando un sanguchito de salchichón primavera y queso de máquina, recostado a lo plasta en un poste del cable, de polainas y tarros brillosos con taquito de pera, saco oscuro de casimir inglés, lonpa angosto abajo y pinzado arriba, lengue blanco largón, funyi gris clarito y melena de poeta. El rufián se quedó en el molde, me relojeó de sotamanga y siguió mascando. Yo lo encaré de frente, y mordiéndome el bigote con mi-rada inquisidora le largué:

-Hace rato que te manyo pelandrún abacanado, decime vos, que también te tratás con el Cayetano, nosotros ¿somo locateli somo?

-Vea dorique, yo a usted no lo juno ni pintado, y aparte no acostumbro a chamuyar con extraños en la sagrada hora del morfi, así que usted por su camino y yo por el mío, ¿me entendió, don?

Me relajó bien relajado. Hay que decir la verdad. Y con bastante clase. Pero yo no me di por vencido y, trascartón y como si no hubiera pasado nada, lo invité a una picadita en "El Sujeto Techado", ahí a las dos cuadras de Tellier, un choboli de décima donde cantan la María Graña, la Shakira, el Gustavo Cerati y el Daniel Melero. Agarró viaje enseguida.

Dopo de embucharse treinta y seis aceitunas negras, un plato de papitas fritas de copetín, diecinueve rodajas de longaniza picado grueso, cuarenta cuadraditos de queso reggianto, cinco platitos de lupines, todos los manises, veintisiete fetas de mondiola, la bandejita de queso de chancho y dos pingüinos de Chateau Vieux de un saque -sin darme tiempo de manotear ni un cacho e' queso- el angurriento me empezó a batir que era de Independiente y ex de la banda del Orejudo Yónatan, tején de mala davi que engayolaban fama de mafiosos; que se llama Serguei Pankeev pero le dicen Jeta Cortada; que ya iba pa' los tres pirulos de análisis ininterrumpido, y que ya estaba por atravesar el fantasma en cualquier momento -ahí me agarró la envidia pensando que su terapia debía ser un festín-. Que muchas veces tuvo ganas de aflojar, pero que se aguantó la cinchada y que ahora los días que más le disgustan son martes y jueves, porque no le toca sesión.

También me sinceró que había cumplido un estaro en Sierra Chica por el homicidio circunstancial de un cuñado suyo que la iba de brígido y descalificaba a la vieja bocinando por toda la cuadra que los ñoquis le salían reduros. Ahí, en la sórdida gayola, conoció a un renombrado psicoanalista, sopre porque en un acting total le había abier-

to el marote de un hachazo al supervisor clínico. Este impulsivo lo había iniciado en la cosa freudiana, el supremo arte del karate, la armonía interior, la autorrealización creadora y a pegar cabezazos como los tucumanos, por las dudas. Pero también lo tajeó en la jeta de lado a lado con una púa hecha con un fleje del elástico del catre, porque el Sergio le había sacado un saquito de té usado sin permiso. Dopo mancusó que después de muchos años una tarde lo largaron, pa' su bien o pa' su mal, y que vagó por esas calles rodando como una bola, y que pa' morfar un plato e' sopa muchas veces hizo cola. Que aparte de ser de fideos caracoles, de los más baratos, no tenía gusto a nada.

A punto de lagrimear por lo triste de la historia yo me hice el recio, dije que tenía una basurita en el ojo y lo apuré con qué carburaba él de la infamia que me había tirado mi hermana. El farabute se echó pa' atrás, levantó las cejas, puso trompa de Sarmiento, dijo "ajá, ajá" y se pidió dos sánguches más, de lomito bien cortado, y se bajó otros dos pingüinos al hilo de blanco frío de la casa. Mirándome fijo me largó que él se creía que yo sí que estaba medio locateli el otro día, cuando irrumpí en el consultorio a las patadas y me dirigí a él como merlo jetón y recatango. El punto supo tocarme el costado culposo, y aprovechó pa' pedirse otros dos sánguches: uno de salame de Milán con mostaza y otro de milanesa bien completo. Dopo me dijo que el Cayetano le había asegurado que yo me había puesto así de sacado porque pasaba por una encrucijada jodida de mi análisis.

-Vea Batista -me dijo por lo bajo haciéndome así con la mano pa' que yo le acercara el guardabarro, pero el punto tenía un fuego en su respiración que volteaba-: lo-que-no-se-habla-se-actúa.

Como si me hubiera pasado la fija del Carlos Pellegrini el Jeta se tiró pa' atrás y se puso ancho, y de premio por esta confidencia se pidió otro sánguche -esta vez de de matambre ahumado- y un fernet Visconti con cubitos, de mientras Alberto Castillo, con pechera almidinada y corbata plastrón, cantaba -como podía- "Buzón". Sobre el pucho me secreteó que a Marín, De la Mata, Erico, Sastre y Zorrilla no los para nadie, que quienes tenemos la suerte de analizarnos podemos hablar de nuestros asuntos, y que por más boludeces que digamos ni se comparan con la de los locos de atar: "No me confunda aserrín con pan rallado, don Batista" me batió, de mientras se mandaba los cueritos de la longaniza que hacía un rato había pelado pacientemente. Aparte me enteré que hay tres tipos de rayetis: el loco depresivo, el loco divertido y el loco de mierda, y que yo no entraba en ninguna de esas grandes categorías nosológicas. Y no sé cuántas cosas más pregonó el punto pa' convencerme que por ir a un psicólogo nosotros no éramos ningunos pirados, y que no me hiciera ningún problema.

-Hay que limpiarse bien la trompa antes de hablar mal del psicoanálisis, Batista, se lo digo por su bien, y pa´que se entere la gilada –levantó la voz. Y no se me deje embarullar por parlamentos al paso y orejeros -me redondeó, con el fondo de "Quiero papita" por la "Orquesta de la Guardia Vieja", ya medio en la merluza.

Dopo la conversa se fue pa'l lado de la banda del Orejudo Yónatan. El punto me confidenció que son una cafaña de escruchantes, griyeros, bagayeros, jiqueros, yugueros,

sabatelis, espiantadores, levantadores, cuenteros, biabistas, madruguistas, fanas del globito y empedernidos sangradores de fasos.

-Es tejenaite de La Quema, habitués de Olmos, Caseros, Devoto y Sierra Chica, don Batista, se juntan con el Pibe Cabeza, el pardo Santillán, Mate Cosido, el gordo Valor, el Pibe Villarino, Chicho grande y Chicho chico, el reo Escáriz Mendez, el Loco Prieto, el Pichón Laginestra, el Tigre Millán y otros malandras de la pesada, toda mala junta de frula, furca, malvaca y matraca. Van a escuchar a Fiorentino, a Vargas y a la Fabiana Cantilo, se chupan cientos de botellas de cerveza mejicana con rodajitas de limón, contándose chismes y anécdotas de taquería y tribunales en el boliche de Augusto El Romano; un ambiente de lo peor, vea Batista. Por eso yo me abrí y me hice arrepentido. Pero esa banda de sanguinarios y facinerosos faloperos, forajidos de la peca y delincuentes por sentimiento de culpabilidad prefiere llamarme “As de cartón y batidor”, y me la tienen jurada. Pero hacer psicoterapia con el Cayetano me sirve pa’ bajar el nivel de angustia -se conformó el vivanco con aires de burlón y compadrito, juntando y embuchando las miguitas del último sánguche y el pingüinito de Riesling bien frío del estribo.

Después se prendió un Saratoga, se mandó un flor de provechito -que dejó atónita a la rante concurrencia y voló varios desprevenidos chambergos-, me saludó discretamente y se tomó el piro. No sin antes mandarse -de paso por el mostrador- cinco huevos duros con fondue au fromage y otro cuartito de blanco, pa’ bajarlos. Yo alcancé a parar la oreja cuando le batió a la sordina al de la caja: “Esto anoteseló al paganini que está allá sentado”. Yo le iba a decir algo, pero me quedé en el molde cuando me acordé del petiso: “Siempre es mejor la apariencia del boludo discreto, como que no está enterado de que es boludo, antes de ser un boludazo en serio y aparte hacer bandera de boludazo.”

Dopo de garpar como buen boludo todo lo que morfó y chupó el otro, me volví pa’ las casas. Un poco más tranqui pero secolari y con un ragú de la gran puta, porque el que te jedi no me había dado oportunidad de clavarle el diente ni a un lupín.

De mientras entraba al rioba alcancé a ver en el cielo una nubecita con forma de un Doble A sobre el alma del suburbio, adonde el gordo Pichuco y su orquesta le daban con tuti a “Tinta verde”. El gorrión con gomina me hizo así con la zabeca, como siguiendo el compás, y cabeceó a los muchachos -Reynaldo Nichele y José Stilman en violín, Juan Fassio en contrabajo, Juan Miguel Rodríguez y Roberto Yanitelli en bandoleón y Orlando Goñi al piano- que son-reían sobradores y cancheros. Como aquella gloriosa noche del 1º de julio de 1935 que debutaron en el “Marabú”.

Cuando llegué ya la Tere se había ido, pero había dejado un collar de cristal de roca sintético como de siete metros y un sombrero de plumas pa’ La Vieja. Y muchos saludos pa’ mí. De mientras acariciaba las plumas artificiales símil faisán -que lo que tenían de bueno era que no se ponían mustias por la humedad y siempre quedaban flou- La Santa no se aguantó más y me batió entre grandes lagrimones:

-Cuando la Teresita se fue a vivir sola a ésa pensión pa' estar más cerca de la fábrica yo no sabía que le iba a ir tan bien, pero lo que a mí me preocupa, Batista, es que la pobre esté tan, pero tan solita.

-No se me aflija vieja -le devolví-, que si alguno se llega a querer propasar con la Tere se las va a tener que ver conmigo cuando llegue la ocasión. Pero ahora dígame vieja: ¿no le sobró alguna cosita del puchero?

(a Edmundo Rivero)



9. NOVOA

LA CASTRACIÓN NO ES JODA

Ese día había morfado perdices rellenas de foie gras y castañas con dulce de membrillo, carbonada a la carmelita, berenjenas en escabeche, locro soufflé, lechón arrollado, tres platos de ratatouille, un poco de guiso carrero, bastante pulenta con pajaritos, crêpes suzettes, buseca gratinada con papas noisset y un sánguche chiquito de pastrón glacé con toast au caviar. Pero pa' mí que me cayeron mal las almóndigas de fruta abrillantada con azúcar impalpable del postre. Aparte La Vieja estaba cabrera porque le había puesto las alpargatas bigotudas embarradas arriba del sillón nuevito de punto capitonado, y no le había ni probado los timbales de arroz con achicoria. A la nochecita me tocaba sesión, y aunque tenía revoltijo en la cocina y andaba relapado, ni se me pasaba por el mate pegar el faltazo.

Me fui como pude y con las galochas, porque a lo lejos se veía que se venía un tormentón. Los pendejitos jodones del pasillo querían emporrarle un rompeportones a un sapo, como no podían por el pertuso probaban por el buzón. Aparte habían escrito en la pared con carbón : "Llame a las cosas por su nombre, al marroco llámelo pan, al quebracho llámelo tinto y al rengo llámelo cojo". Jacinto Bertolotti venía a los santos dopes desde fondo con un yiro a caballito rebenqueándolo con la cartera. Los dos vestidos nomás que con queseras. Y con una mamúa de no creer.

Ese día yo no estaba muy parleta, pero le chamuyé al Caye del tano de la carnicería, hombre laburador si los hay, pero según dicen las alegres comadres del rioba - lengüetonas y cizañeras hasta decir basta- supo ser carne de reja con frondoso prontuario, terror de taqueros, oficios, sardos y botones. De verlo así, escuchando a Raúl Garello entre una lluvia de azotillos, entrañas, bofes y quijadas en su carnicería "La Ternerita psicosomática", a mí me daba no sé qué al pensar que se había despachado unos cuantos sin boleto de vuelta. Cuando iba a hacerle los mandados a La Vieja y el carnicero chairaba la cuchilla filosa pa' filetear milanesas, o casaba el serrucho güesero, yo por las dudas reculaba un cacho pa' la puerta.

La lumbrera del Caye supo encaminarme pa'l lado del finado de mi viejo, Julián Benengeli, curdela viejo, maula malevo de los de antes, campeón de bochas, fanático de Luis Miguel, Miguel Montero, los Bulls de Chicago y laburante en el sector achuras del Lisandro de la Torre por más de cuarenta años, antes de firmar el pase pa' la fábrica de bombachitas y corpiños pa' aspirantes a modelos "El dulce encanto de la bulimia". Calzaba rabiosa y fariñera de una brazada con el gavilán en forma de "U" y empuñadura nacarada con incrustaciones de amatista, topacio y obsidiana.

Mi recule con el tano tenía que ver -según el Caye- con el cagazo que yo tenía de pibe a que mi viejo me llegara a cortar con el caronero cuando me hacía tenerle la sandía arriba del banquito pa' que él la parta bien al medio. El se ponía como a tres metros

con el facón agarrado con las dos manos apuntando pa'l techo, y pegando tremendo sapucai, con registro de barítono, se abalanzaba enloquecido gritando: "¡Sostenémela bien fuerte Batista, que a ésta la hago moco de un solo tajo!" Vaya uno a sabe lo que sublimaba. Yo me cagaba en las patas, porque aparte de temblarle los garfios siempre volvía cansado de la fábrica chiflando "El día más largo del siglo", y con flor de esbornia. Aunque la verdad es que nunca erró una.

De mientras el Caye paraba la oreja desparramó unos tachos por el sopi, le puso la funda a la PC y a los periféricos y abrió el paraguas, porque se había largado a llover de golpe y el consultorio tenía bastantes goteras.

Ibamos en eso cuando escuchamos el bombazo. Por la banderola abierta que daba al pasillo entró de emboquillada la zabeca del sapo que los jopendes habían hecho reventar, y que justo vino a dar encima del teclado de la computadora, que al toque la rebotó justo en la trucha del tordo. Más rápido que bombero, mientras tanto se limpiaba el enchastre que le había quedado en los mofletes, el Caye aprovechó la volada pa' batirme:

-Ahí está Batista, hablando justamente de la castración.

Yo jamás me senté a la retranca en análisis vea, pero al escuchar esa palabra tiré las manos al bulto y cerré las gambas lo más cerrado y apretado que pude. Un frío helado como de cien cubitos juntos me empezó a caminar por las paletas; la carbonada, el locro y la fruta abrillantada me empezaron a jugar al subibaja del gañote al buyón -que la iba de maraca- y los goterones me retumbaban como un concierto de bombos en la sabiola. Me vinieron las arcadas y no pude más: ahí nomás, al pie del diván, largué los chivos. Menos mal que había una palangana que el tordo había puesto por las goteras, y la emboqué de pedo. El Cayetano no tuvo mejor idea que batirme sereno, de mientras le pasaba un trapito al teclado y tiraba la zabeca del sapo de vuelta por la banderola, puteando a los pendejos: "Bueno che, la dejamos pa' la próxima, qué joraca sería de la angustia sin los psicoanalistas". "Y vicerversa" le retruqué canchero, pero aterrado. Y apretándome la de mear con todo.

Salí en cuatro patas del consultorio. Los pibes del pasillo -que querían repetir lo del rompeportones con una bataraza ponedora- me fichaban gatear abajo de la lluvia a lo mamerto como diciendo: "En qué cosas andará". Apenas pude levantarme me fui agarrando con una mano de las paredes, porque con la otra me seguía apretando el tobul por la impresión. Me parecía al Cachafaz, el Tarila, el Petróleo y el Virulazo juntos haciendo piques, punteos, raspadas, media lunas, cortes, ganchitos y acomodos, pero en vez de hacer figuras en la pista yo me iba agarrando la de mear patinando entre los charcos. Una costurerita percalera, que ya estaba pensando en dar aquel mal paso cualquier día de esos, me encaró de pura bronca y ambivalencia y, revoliando el paraguas plegable de Taiwán, me empezó a gritonear :

-¡Váyase de acá, sexópata berreta y degenerado inmundo, que en este barrio somos todas chicas decentes, por el momento!

Un caferata marcha atrás, que paseaba cantando bajo la lluvia un setter irlandés color champán con las orejitas teñidas de fucsia y mantita de matelassé al tono, me batió meloso:

-Macho, si es tan urgente yo te puedo dar una manito, me llaman El Maleno, y según dicen los muchachos soy de lo mejor pa' los favores. -De mientras el pichicho no dejaba de torearme enloquecido yo reculé y le largué al pulastrón que por mí no se molestara.

Otro otario me señaló una vieja pared del arrabal y boqueó a lo pánfilo que ahí iban a mear todos los choborras de cuarenta cuadras a la redonda, y que no me hiciera ningún problema.

Pa' colmo de males sin querer pasé por la esquina de "La Auténtica Puñalada" -desde lejos un olor a espanto me enloqueció- y al hacerme a la idea de que en cualquier momento me podía cruzar con la terrible banda del orejudo Yónatan -y cómo joraca iba a hacer yo pa' pelear con una sola mano- se me pararon los pelos de tapún y salí rajando a lo canguro de ese rioba de mala onda. Como a las treinta cuadras, y pa' no seguir abajo de la lluvia, me metí en un choboli supermoderno, repleto de computadoras y de nombre rarón: "Cybercafé El Software Atormentado", y enfilé pa'l fondo. Por suerte estaban pasando al Cacho Castaña cantando "Garganta con arena" y había bastante minaje. Unos puntos de funyi y lengue que jugaban en las computadoras y chupaban birra en la mesa de al lado empezaron a quejarse fuerte, pa' que se escuche, de que el tango de antes era alegre y el de ahora medio tristón, que se perdió la serenata, la piba de percal y el mayoral, la canción de cuna de los arrabales y toda la pulenta de Arolas y Bazán. Los de la mesa de enfrente, de camperas de cuero de manga corta y tatuajes que decían "Motherfucker", "Santa Milonguita" y "San Benito de Palermo" adentro de corazones sangrantes, se sintieron aludidos y les tiraron que pa' ellos Colángelo y Piazzola eran el alma del Buenos Aires de ahora que quiere florecer como el pastito que se arregla solari pa' cogotear la luz entre los adoquines, y que el gotán, como muchas otras veces, cambió pa' su bien, que ya los del veinte, del treinta y del cuarenta habían llorado su velorio, pero la canción porteña sigue viva y coleando. Y si no que se saquen el toscano de la oreja y escuchen a la Camerata Porteña, pa' después hablar. Y como uno de los de antes les hizo una mueca burlona, otro de los de ahora le batió con saña:

-¡Y si es mucho pa' lo que te da la baldosa escuchate al Horacio Salgan, al gordo Fat Fernández en "Naranjo en flor" o a Daniel Baremboim en "Otoño porteño", gil engominao!
-¡Y vos, hijo de, escuchate "La Rayuela" por el Sexteto De Caro y bailate, si sabés, "Felicia" por D'Arienzo, que pa' lambetear orillas amargas, pero con estilo, ya lo teníamos al Di Sarli, otario con arito! - le retrucó el de enfrente, parecido al Tito Lusiardo, esquiyado y casando una botella por el cogote.

Ahí nomás apartaron mesas, sillas, hardware, un pibe que vendía estampitas y pelaron los cuchillos. Yo, junando los filos brillosos abajo de las luces dicroicas, estaba cada vez más hecho mierda, y medio que casi me prendo con las minas que hilando moco

empezaron a pegar unos gritos aterradores. Ya se estaba por armar fulera cuando el rana de la caja puso un disco de El Mudo, con tanto orto que justo la embocó en el surco de la mágica estrofa que aquieta y embelesa corazones: “Mi Buenos Aires querido...” Los puntos tiraron los fierros, se abrazaron como buenos choborras, se batieron que se amaban con la empalagosa melancolía de Julio Jorge Nelson, y se sentaron más relajados a terminar de escuchar al Bronce Que Sonríe y seguir chupeteando, concensuando en alternar uno de la Nelly Omar y otro de la Adriana Varela. Yo me arrinconé en mi lugar y me apilé en la mesa pa’ que no se me notara el cagazo. Y aparte pa’ que no se viera que me la estaba agarrando. Parecía que el troesma Manzi me chamuyaba despacito: “¿No ves que están bailando...? ¿No ves que están de fiesta...? ¡Vamos que todo duele, Batista!”

Pero cuando me estaba por pedir mi caña y un matrimonio con mucho chimichurri viene una naifa cyberguía -que estaba bastante fuerte- y moviendo el regio panarito como un flan Ravana, me chimentó con el faso colgando del buzón:

-Macho, si se te escapa yo personalmente te la atajo, pero soltala de una vez y dejá de toquetearte que me espantás a la gilada brígida. Ahora batime: ¿se te canta o no enchufarte a lo mamerto a la red de redes pa’ chatear y boludear un cacho?

Yo le batí que no sabía qué joraca era eso, a lo que la nami me retrucó al toque:

-Si querés estarte afuera de sistema y te rajás de la globalización vas a quedarte llorando en el barrial como un otario, el mundo entero enfila pa’ la excelencia de la arroba, macho, los muchachos reos y llorones como vos ya fueron, ahora lo que corre son los ranas alegres, optimistas y cancheros.
-Vos dejame nomás con mi gotán, mi nostalgia y mi yuyo amargo, que es mi manera de ser y mi carné, pebeta, si en esta perra davi le baten excelencia a diez ranas con guita que se ríen a costa de noventa giles laburantes, y eso te hace cagar de risa, reíte vos sola si te gusta, pero no me pidás que encima me ría yo también -le batí sobre el pucho, y salí picando pa’ cualquier lado de mientras los discutidores se agarraban de vuelta. Pero esta vez la cosa era entre el Pedro Laurenz versus Rodolfo Mederos.

Desorientado me refugié de la tormenta en la tapuer de un tugurio de nostalgiosos, una tangolería under bastante mistonga; cogotié pa’ adentro y juné a la Beba Bidart cantando con todo lo que le daban los discos: “Yo soy de Almagro”. Ahí me ubiqué donde estaba y enfilé pa’l arrabal.

Llegué a mi querido rioba como pude: blanco como un culo, arqueado, mareado y refalando en el barro. Por dos días no salí de la zapie, pa’ que no me viera La Santa con las manos ocupadas. No me la soltaba ni pa' agarrar un mate, vea. Metí la daga a dormir en el ropero y aparte agarré cuchillas, cuchillos, cuchillitos, puñales, dagas, tijeritas chinas plegables, facones caroneros, sierritas pa’ calar, serruchos, sevillanas, alicates, hoces, bisturices, cimitarras, yilés, sacapuntas, abrecartas, espadas, bayonetas, guadañas, sables corvos, arados, trinchetas, yataganes marroquíes, machetes recurvos, guillotinas y todo lo que encontré con un poco de filo, lo puse todo en una arpillera y lo enterré en un pozo como de cinco metros que cavé al lado del paraíso del fondo.

Cuando a la semana La Vieja me preguntó por qué joraca le había tirado la tijerita plegable china que compró en el 103, le batí que porque a las armas las carga el diablo.

(a Cátulo Castillo)



10. DIEGO

LA MARISEL

Una noche volvía de “El Trébol” de timbear con la barra y me la encontré a La Vieja media depre echando unos lagrimones. Resulta que había espichado una tía de la Ñata, la casada con el Beto, el ahijado de la Pocha, la vecina de la otra cuadra. Y había que llegarse hasta el velorio pa’ no quedar mal.

Yo venía pa' la mierda de la sesión de la tarde, porque estaba laburando el tema de la castración y aparte en el feca no me había ido bien en el pase inglés. Pero igual le hice caso a La Vieja, me morfé a las apuradas un cacho de coq-au-vin con una sopita velouté, me puse la pilcha oscura y el lengue de las iniciales. Ya iba a manotiar la daga del fondo del ropero pero todavía no se me iba del todo la impresión, así que casé la manopla pa' la zurda, la cachiporra pa' la derecha y me calcé el bufoso en la sobaquera, porque el lugar adonde íbamos quedaba en el hondo bajo fondo adonde el barro se subleva cada dos por tres, estaba minado de bouncing betty[16] disimuladas entre los cascotes, era de fula rantería y curtía larga fama de bravo y camorrero.

Nos fuimos con La Santa esquivando a los saltos la cantidad de sapos, culebras, caimanes y axolotes albinos que había traído el temporal -en un mismo lodo y todos manoseaos- y chamuyando de como la parca está emparvando gente hoy en día. En el camino nos encontramos con el flaco Sarampión y el cabezón Moretones que iban pa'l mismo lado escoltando a sus madres. Las tres santas se pusieron a criticar la brutal carestía de la vida, la falta en plaza de la buena corsetería fina y a pasarse las recetas de los buñuelos de berro con miel y crema pastelera y las croquetas de seso de alondra con azúcar negra. Nosotros nos dedicamos a sacarle un poco el cuero a los del gobierno, a chamuyar de minas, a reflexionar un cacho sobre la levedad del ser y la brevedad y misterio de la existencia, y a contarnos cuentos verdolagas. Pero a la sordina, por respeto. Dopo el flaco -que traía una baranda a perro insoportable- nos confidenció agrandado que ya disponía de nueve ovejeros alemanes, quince pequineses enanos, dos siberianos medios boludos y cuatro cocker pa’ empezar a forrarse.

Loro va, cura viene, llegamos al velorio. Quedaba en una esquina al lado de la vieja herrería “Le Cheval Baiseur”, que había sido alguna vez punzó. En la vereda había unos alazanes mufados por la cola que tenían que hacer pa’l recambio de herraduras. Pa’ colmo el herrero le estaba haciendo un servicio de apuro en el cordón a unos matungos parejeros, que de mientras chamuyaban pestes del Carablanca, aprovechaban pa’ morfarse con mucho disimulo una corona apoyada en un ficus, que algún perejil se había olvidado de entrar.

Apenas pudimos entrar a los pechazos limpios las viejas enfilaron pa’l lado del jonca a llorisquear un cacho, pa’ cumplir. Nosotros casamos al voleo unas copitas de anís -rebajado con agua pa’ que alcance y pa’ que los curdas no aprovechen- y nos sentamos

en un banco frailero de una galería perfumada de glicinas. Al ratito ya nos habíamos terminado de contar todos los cuentos buenos que sabíamos y ya presentíamos que se venían los malos, así que nos estábamos por pirar pa' un almacén rosado como revés de naipe, donde en la trastienda conversaban un truco, y que un rana funebrero de ahí nos avisó que había a la vuelta; se llamaba "L'amour est un caillou riant dans le so-leil" y se armaban flor de trifulcas de mientras El Feo que canta lindo le daba con tuti a los versos reos del Cele Flores, el Yacaré, José Pagano, Carlos de la Púa, Eduardo Giolardini y Luis Alposta. De repente juné por la ventana de reojo pa' adentro y la ví. Resaltando en el medio de una bandada de viejas, cartones y lorenzos estaba Ella.

A mí se me hizo cuento que eso era un velorio. Entre el oleaje de las calas, los vientos de los gladiolos, la serenidad de las palmas y la majestuosidad de las achiras veteadas parecía la reina de las sirenas entre el lujo y los brillos de un salón bacán de las luces del centro. Sus ojazos eran como dos faroles que salpicaban de verde el cachuzo y sombrío callejón deshabitado de mi alma. Sus manos: dos palomas que temblaban de frío; su piel: magnolia que mojó la luna. Yo sentí que algo adentro mío se me removía fiero. Y se me fue a la mierda la copita que tenía en la mano. Menos mal que estaba vacía.

-Vayan nomás muchachos -les tiré a los gomías, haciendo la seña del ancho de bastos y del siete bravo, rascándome las hornallas, chiflando "Taquito militar", haciendo rayi-tas en el sopi con la tapún del botín y tosiendo adrede, todo junto. Los púas lo casaron al vuelo y se borraron al pique guiñándome el ojo, bien a lo canchero. Yo me metí pa' adentro y empecé a revolotear alrededor de la naifa como moscón de fiambrera, y en cada vuelta me le arrimaba un cacho más. La papusa garaba estaba quietita pegada al jonca, tenía un vestido de muselina rosado, dos trenzas atadas con cintas argentinas y junaba tristona la jeta del fiambre. Recién me apercibía que la del sobretodo de made-ra era un vejestorio como de cien pirulos. La papa tenía una pulserita dorada con el nombre grabado, así que se la viché bien y me apiolé que tenía que batirle "María Isa-bel". Cuando me le puse a tiro le disparé de atriqui con mi labia copada y entradora:

-No somos nada, vea señorita.

La paica ni mú.

-Hoy estamos, mañana no estamos, María Isabel, qué le vamos a hacer -me jugué.

Ahí la nami pegó la vuelta y me cruzó la vista con unos tremendos farolazos. Olía a "Jour de Glorie". Yo sentí que se me arrugaba el orto, que me latía el cogote y me temblaba la papada. La mosaico se ve que no se aguantaba más y me largó entre sus-piros y medio llorisqueando:

-Era tan buena la pobre...aparte yo no soy señorita y me dicen Marisel- y pa' mi des-concierto agarra y se me tira encima pa' pucherear un poco. Yo por afuera estaba más duro que una momia, pero por adentro me caminaba una comparsa batuquera tirando papel picado a la marchanta. La fulana, de mientras se me colgaba del cogote, se echó pa' atrás y apoyó el pan dulce en el jonca pa' llorar a gusto. Yo me le arrimé un cacho,

como pa’ protegerla, y ahí se armó el gran quilombo: jonca, fiambre, palmas, crisantemos, velones, unas viejas que pasaban por ahí con las copitas de anís y la nami prendida como garrapata a mi cogote fuimos a parar de culo al sopi en un revoltijo funerario.

La muerta apareció como a punto de levantarse de la siesta, con la mortaja chingada y sacando una gamba del jonca. “¡Milacoro, milacoro!” empezó a bocinar una tana desorbitada tirándose de las crenchas. De mien-tras yo me sacaba una corona que me vino a caer como argolla en el balero, manotié al boleo pa’ sostenerme de algo, y justo voy y en el entrevero enchufo los garfios ahí adonde no se debe. La catriela se lo bancó a lo duquesa y no dijo ni media palabra, pero de rabeti najusé que se puso toda colorada. Mi viejo siempre me decía: “Cualquier hombre, Batista, alguna vez en su vida mete la pata, los Benengeli en cambio, pa’ hacer cagadas siempre metemos la mano.”

Como a las tres de la madrugada terminamos de armar el velorio de vuelta. Quedó de la banana, pero tuvimos que encolar y encajarle un par de clavos al jonca de yomería, por las dudas. Repartimos pañuelitos descartables a granel pa’ que la concurrencia sensibilizada se despachara a gusto y le cosimos un siete a la mortaja. Después le pedimos disculpas a la finadita y terminamos en la cocina con la nami chupando mate con estragón hasta el amanecer, aprovechando unos capelettis caseros recalentados y un panaché de queso a la crema que se había preparado la vieja dos días antes de entregar el rosquete.

Ahí la mina me chimentó que la había criado la difunta. Que de pebeta quiso ser bailarina de flamenco. Que estudió con las monjas. Que se casorió toda ilusionada con un taita que después le resultó chupandín y fajador, y aparte se le había ido con otra. Pero que de eso prefería no acordarse. También se deschavó que ahora que podía seguía a la Azucena Maizani, a los Soda Stereo y al Quinteto Pirincho a todos los recitales, y que estaba terminando un curso de oratoria y otro de tarjetería española por correspondencia.

En una de esas se recuerda lo del quilombo por el sopi y me bate que se sentía arrepentida de haberse apoyado de culata en el jonca, pero que no lo había pensado y que pa’ ella eso había sido una desgracia. Yo, junándola musa y sin desperdiciar el momento pa’ cancherear prendiendo los fósforos en la suela del timbo -como se lo había visto hacer al Caye-, y mandándome la parte de misterioso le largué:

-Eso no fue una desgracia sino un acto fallido, vea Marisel. Como usted quería tanto a la finada no se bancó que se la tengan que llevar pa' la Quinta del Ñato, así que su inconciente armó ese quilombo como una piolada, pa’ salirse con la suya de cualquier manera. Pero no se haga problema que la finada desde el cielo la va a entender y perdonar. El inconciente es como un pibe encaprichado, no entiende razones.
-Si es así me deja un poco más tranquila, ¿pero cómo sabe usted todas esas cosas, Batista?

Antes de retrucarle tiré unos redondeles de humo pa'l techo, crucé las gambas como el Cayetano, me acomodé el lengue pa’ que se vieran mis iniciales, la semblantié en

tren de bien canchero y junándome triunfalista la cutícula de las uñas le largué así nomás:

-Es una larga historia, vea, yo de esto sé un poco porque me analizo.

-¡Ah! -dice la naifa-, de seguro que va de un analista por asuntos de amores contrariados.

-No -le chanto yo, pinchando un capeletti bien armadito y acercándoselo a sus carnosos y humedecidos labios carmesí-, voy pa' conocerme un cacho nomás. De amores ando pata y sin compromiso.

-Igualito a mí -dice la nami, antes de embuchar y atragantarse con el capeletti, toda colorada.

Meta chamuyo se nos pasó la noche, y después del entierro en el cementerio de Flores -a eso de las doce, doce y media- la acompañé hasta el pueblo de Haedo, adonde vivía con dos pendejos en una casita blanca rodeada de malvones, madreselvas, retamas, claveles del aire y naranjos en flor. Los pibes estaban en la vereda cortando una serpiente de cascabel en rodajas todas iguales. Apenas vieron a la vieja se le vinieron al humo a colgarse de las polleras.

-Estos son mis dulces querubines, Batista -me tira la paica.

Yo pispié a los jopendes y sobre el pucho les largué que de pibe como ellos en vez de descuajeringar ofidios me divertía bajando buenas palomas con la honda. Los críos se entusiasmaron y empezaron a bocinar que ahí a la vuelta había un montecito de eucaliptus lleno hasta las pelotas de torcazas, pero que ellos no sabían cómo mierda se armaba una honda, ni sabían tirar. Era lo que yo estaba esperando.

-Bueno, vea -le digo a la nami- me voy pa' las casas a torrar un cacho, pero el domingo que viene vengo a enseñarle a estos pipiolos como se hace pa' bajar una torcacita con la honda, poniéndole bien los puntos. La papusa no se hizo la osa y me retrucó que me esperaba con la pavita calentita, pa' unos mates. Le di la mano, saludé a los pibes y reculé derechito pa' mi arrabal.

En el camino venía haciendo laburar la pensadora, entre tanto menjunje me había olvidado La Vieja en el entierro, justo en ese rioba de gerontofóbicos pendencieros y cuchilleros; aparte cuántas cosas más tenía pa' contarle a mi analista. La mano se recordaba del lugar que se había metido. Y me parece que quería volver por ahí cuanto antes.

De mientras pensaba todo esto alrededor mío volaban en redondo unos pájaros perdidos, chiflando y dándosela de púas. De mientras yo inflaba los fueyes de aire fresco el de la zurda pedía urgente rienda y pista pa' correrse otra carrera. Lo tuve que sofrenar, a ver si todavía...

(a Julián Centeya)

11. PALITO

LA SOMBRA DEL FINADO

Cuando voy del Caye dopo del velorio me sentí raro, contento y confundido, todo junto. Jacinto Bertolotti venía rodando por el pasillo abrazado a una doñajuana y con una careta de Batman. Atrás lo seguían tres loras con el culo al aire y caretas de Liza Simpson cagándose de la risa. Todos con flor de tranca. Se ve que alguno había borrado el otro grafiti del pasillo, pero en el mismo lugar los pibes habían escrito con aerosol: “Seamos realistas, pidamos lo imposible: que nos dejen practicar voyeurismo en el quilombo”

El tordo me tiró que los velorios son todos iguales, y que no hay como una buena kermés o los corsos de la Avenida de Mayo pa’ levantarse regias minas; que lo que yo tenía era un julepe de la gran puta de que me pasara con esta papusa lo mismo que con la otra. “Igual que si te quemaste con leche, che, cada vez que ves una vaca te acordás de los cuernos”, me sentenció con cierto monto de ira y de crueldad. Dopo, de mientras se olfatiaba el sobaco y más serio que niño cantor bocinando el gordo de Navidad me chimentó: “pero vos no te hagás ningún problema Batista, total la mujer no existe”. Pero como no casé muy bien lo que me quiso decir me aclaró: “¡Cuánta razón tienen “Los Parranderos”, Batista, cuando dicen que la mujer es como el auto y hay que saberla manejar!”

Yo le chamuyé de los chiquilines y que iba a ir a armarles una honda; que me había olvidado a La Vieja en el entierro; le parlé de la tana y el griterío; del jonca por el sopi; de la casita blanca. Pero sobre todo de la mina, de sus trenzas, la pulserita y sus ojazos. Y del hijo de mil putas del ex.

-Date cuenta Batista, a ella la cagaba a palos el dorima, borrachín como tu viejo, vos te identificás con los pendejos porque proyectaste en esa naifa a tu propia vieja. Atrás del rencor que le agarraste al ex está la sombra de tu viejo, el finado Julián -me largó todo junto y sin vaselina.

De mientras el tordo me batía todo esto yo me acordaba de las largas ausencias del Julián -las bochas le daban la oportunidad de viajar y conocer otros lugares, desde Monte Grande hasta las costas de Malabar pasando por Samarkanda, Carapachay, Karakorum y Berisso-, pero cada vez que perdía un campeonato cuando volvía se la agarraba con la Teresita y conmigo, y compulsivamente nos cagaba a palos. Y después, con la excusa de que el mate estaba frío, le encajaba una zalipa a La Santa. Yo entonces me iba a esconder al excusado pa’ no escuchar llorar a La Vieja, y a veces me dormía acurrucado al lado del pozo. Debe ser por eso que ahora no me banco el olor a mierda y me gusta usar tiradores.

Recordé la vida de purrete en el conventillo de la calle Olavarría alumbrao a querosén -siempre galgueando-, a La Santa doblada en la batea lavando ropa pa' fuera, de mientras el choborra campeón de bochas con tracción a caña se la pasaba gastándose la guita, chupeteando entre el concierto de cuchillos del choboli, jugando a la perinola, al culo sucio, a la casita robada y haciendo apuestas a ver quién meaba más largo. También seguía todos los partidos de los Bulls de la NBA porque decía que tenían que ver con nosotros ya que eran de Chicago y tenían un toro en la camiseta, y acá tenemos a Nueva Chicago y a los mataderos. Eran tantas las necesidades que nos hacía padecer el Julián que de recién nacidos con la Tere no teníamos más remedio que compartir el chupete. Así que mientras uno se la pasaba posta chupando, y a ve-ces se hacía el dormido, el otro junaba al satisfecho lleno de ansiedad paranoica, voracidad y envidia. Por suerte La Vieja tomaba el tiempo y no permitía que ninguno se pasara de bovina.

Una vez, me recuerdo, después de haber ganado muchos torneos, campeonatos y minitorneos con presentaciones y giras por todos los clubes de jubilados y pensionados del Cono Sur, le ofrecieron la presidencia honoraria del Tribunal de Faltas del All Stars Boching Club, y ahí el Julián derrapó como piantado. Empezó a batir que las bochas le chamuyaban y le manda-ban unos rayos de energía. De mientras La Vieja lloraba y rezaba desconsolada en el fondo pa' que no lo vengan a buscar del hospicio, él meta darle charla, invitarlo con budín de pan y cebarle mate al bochín en la cocina. Pero se le pasó el brote cuando la comisión del club le retiró el ofrecimiento y le bajó puntaje por comportamiento bizarro, fabulación delirante e interpretación errónea del bochín.

Ese día salí pa' la mierda de sesión. Los recuerdos se me venían y me entraban como a caballo en las piezas de un sueño. El tordo me lo batió posta: "La vieja, Batista, es una cosa que se juna, que se embroca y que se manya, el viejo es un bolazo que te tragás, pero en algo tenés que creer". Me fui a patear por el Bajo, enfilé pa' Avellaneda, me chupé unos vinachos con una provoleta en la pizzería escayiata "Los Tres Registros", tiré pa' Morón, agarré pa' Chacarita, de ahí me fui derechito pa'l "Café de las Trifulcas" de Olivos y volví, ya de nochecita, a Mataderos pasando por Quilmes, adonde me morfé unas porciones de zapi de cancha con pulpo y calamares de dorapa en el "Café~Bar~Minutas The Rape of the Lock" y me bajé cuatro pingüinos escuchando a la Susy Leiva en "Sombras nada más" y un poético pero aburridísimo monólogo de Tom Lupo. Dopo patié pa'l sur que, como todo el mundo debe saberlo, empieza al otro lado de la Avenida Rivadavia.

La Vieja todavía estaba enculada porque la había abandonado en el velorio: se tuvo que volver en coche de alquiler a la romana con la Ida Bauer, la vecina que siempre anda con el catarro. Yo no sabía como joraca hacer pa' encararla y batirle que el domingo también la iba a dejar plantada con la raviolada, así que me encerré en la zapie a chupar unos mates con cebollita de verdeo y a escuchar a Carlos Molar en "El Porteñito", por Radio Municipal, que estaba pasando al Sexteto Mayor.

Me puse a pensar en la papusa, golpeada por la vida, cacheteada por la desgracia, pero entera de carrocería todavía. En los pibes, fruto de una pasión. O de dos pasiones mejor dicho, y ahí me vinieron unos celos de la gran puta del ex dorima, ese turro neu-

ra, borrachín y machista, golpeador, manijero, estafador, perversón, obsesivo, pichicatero, malandrín, psicótico, batistela, forro, psicopatón, y por ahí hasta medio trolebús si me apurás. Aparte me enteré que se había rajado con una tal Lulú, un yiro del Doque que un viejo verde estuvo poniendo en pedo con "Cuvée Mumm" extra-brut por más de siete años. Yo me preguntaba: si la Marisel era tan buena nami, ¿por qué mierda el tipo se piró con una yiranta? A mí la percanta me gustaba, No-Toda, pero me gustaba. El asunto era que si me engrampaba ¿qué iban a decir La Vieja, el tordo, la barra, los pebetes, la Peggy y todo el rioba? La Voz del troesma Julio Sosa batía desde la biofase de mi angustia y mi dolor: "Vos sabés que yo no quiero que mi chamuyo te ofenda, es que tengo mucho miedo que me falle el corazón". Y me hizo lagrimear. Pero me hice el recio y me lo aguanté bien a lo macho.

"No Batista -me batí- buscate otra papa, sacate este beguén, con la tapín que tenés el hembraje budinero se te viene al pie". Meta dar vuelta en la catrera no me podía apoliyar. El finado Julián, La Vieja enculada, la nami, los pibes, la difunta y el hijo de mil putas del ex me da-ban vuelta como calesita y no me dejaban pegar un ojo. Me recordaba que el Caye me había batido que el inconciente tiene forma de chamuyeta y que por más que te emperrés en quedarte musa siempre algún fato te va a joder en los adentros. Yo tenía, pa'l caso, un Boca-River en la baldosa, así que terminé de madrugada chupando mate con hojitas de albahaca solari en la cocina. Se me hacía que tenía la naifa en-frente que me decía con su adorable vocecita: "Yo también ando pata en amores, Bati". De mientras la mano se recordaba -otra vez- del lugar en que se había metido. Y me batía que quería volver ¡urgente! pa' ese güín. Y si le daban paso -cuesta abajo en la rodada- por otro lado también.

Como no hay cosa más fulera que andar alzado y sin hembra pa'l desahogo agarré y me fui a apoliyar. A la tardecita me llegué hasta "El Trébol", pero no había nadie de la barra. Uno de los yoyegas, de mientras descolgaba furioso un cuadro medio yiome de La Pasionaria, me tiró indignado: "¿Usted se da cuenta de la maldad de mi socio, Batista?, todos los días me saca el cuadro del generalísimo y me pone el de esta vieja", y ahí se ablandó y me empezó a mancusar de su tierra con lagrimones. Y ya se estaba por enganchar meta y ponga con historias de la guerra cuando por suerte cayó el dientudo Gargajo arrastrando al viejo ciego -con flor de pedo encima- que se lamentaba: "No tengo ni lazarillo pa' llegar de noche trayendo las quejas de un viejo violín y encima me verduguean batiéndome fantoche por mi rara silueta de flaco rocín." Yo le batí al Gargajo que precisaba gamba y que lo hiciera por La Vieja sino lo hacía por mí. Después pusimos al puntual parroquiano en una mesa con tres tubos de caña, pa' que mezclara las penas con un cacho de alcohol, y enfilamos pa'l "Canadian" de Montiel, a ver una de la Sarli, y sobre el pucho a pegarle al frito, primero a PlayWoman, en la Recoleta, pero como no lo encontramos al Cacho nos fuimos pa'l tradicional lupanar de Villa Madero "El Falo Vivaracho", que sabía tener buen bramaje verdadero, carnudas, sarpadas, querendonas, bañadas, entalcadas, con CUIT y aprobadas por Bromatología, el Pasteur, Agricultura y Pesca y la Asociación de Psicólogos de Mataderos como aptas pa'l goce masculino.

Más relajado me volví pa' las casas de mientras el Gargajo se mandaba la redoblona. La Vieja ya había empezado a aflojar el encule y me estaba esperando con unos mates

con barba de choclo y bolas de fraile con dulce de leche. Pa' no dar puntada sin hilo, y de mientras removía la tierra del potus limón y le encajaba hormonas pa’l crecimiento, me empezó a trabajar la moral con qué bien que me vendría a mí ir de la vidente ciega. Cuando me acordé del churre y la escupidera con forma de cuerno de la abundancia el dulce de leche me empezó a dar asco. Ahí La Santa cambió el paso y le empezó a echar la culpa de todo al psicoanálisis, de que yo le andaba comiendo poco y que no me acordaba de nada: “¡De todo te olvidás!, anoche dejaste acá sobre el piano, que ya jamás tocás, un poco de tu alma...”, me musitó La Santa con clase, pa’ echarme metafóricamente en cara que me la había olvidado en el entierro. Aparte empezó con que el diván le ocupaba mucho lugar en la cocina y que ella hubiera preferido ver un almanaque de gomería en mi pieza antes que la foto de un viejo barbudo y estirao. Ya me iba a salir -seguro- con la perra Laika, la pastora Deborah y la angelóloga, así que la dejé pagando con el jarabe de pico y me rajé pa’l feca. Pa’ evitar otro conflicto vincular. No hice más de dos cuadras cuando me acordé y me apercibí de los viajes y las largas au-sencias del finado. ¿Se rajaba por hijo de puta o porque no se aguantaba más a La Vieja? “Si todo fuera tan sencillito, Batista, pa’ qué carajo estaríamos los psicólogos” me decía el tordo siempre que yo salía con una cosa así. Algo me batía adentro que pa’ contestarme propiamente yo tenía que tirar primero un montón de preguntas y que, como decía Cayetano: “No importa si fallás más de un tiro, en este juego no es como en la kermés que te dan nada más que tres pelotas pa’ voltear los tachos, acá tenés todas las que querés, y aparte la cuestión no es voltear los tachos sino seguir tirando, Batista.”

Los ñeris, anoticiados de lo del velorio, empezaron a tirarme que las separadas son flor de vivas pa’ enganchar buenos muchachos como yo. Que los ex siempre andan pegando la vuelta por ahí arrimando el carro por el asunto de los pibes, y si pueden las convencen pa’ otra despedida más. Que se confidencian entre ellas en la peluquería: “Total con el ex una no jode a nadie”. Que el mayor sueño de sus vidas es levantarse a todos los machos juntos del Golden de Esmaralda al 1000. Que me dejara de carburar en esa atorranta separada, vaya uno a saber a cuántos muchachos de ingenuo y noble corazón como el mío habrá embalurdado pa’ sus pérfidos, malévolos y satánicos fines. Que es preferible conseguirse una buena piba de delantal almidonado y florecida como glicina en el arrabal, sin ningún problema y de su casa. Y que si la nami separada me gustaba, y me daba calce, que la aprovechara pa’ salir del paso, pero que tuviera ojo de no pescarme la chinche. Y que no sea gil y me dejara engatuzar por un pasajero juguete de ocasión.

El sábado a la noche todavía seguía pensando el asunto de la Marisel. Me la pasé tres horas junando la mecánica celeste y la luna menguante desde el fondo y haciendo laburar la pensadora. ¿Me convenía o no la paica? Conjeturé que sí, después que no, otra vez que sí y otra vez que no. A la final ¿qué mierda de compromiso tenía con la mujica ésa de cuarta? Vaya a saber uno por qué no le duró el dorima. A ver si el de la zurda me hacía trampa y dopo la taba me salía de culo. “Mañana no vayás un joraca, Batista”, me chamuyé pa’ mí. Y me fui a torrar al diván como a las tres de la mañana.

Pero esa noche tuve un sueño. En colores y de fondo la jaula rezongona del Pedro Maffia. Yo era un purrete y discutíamos con la barrita en la tapuer del inquilinato a ver

a quién de todos le daba más bola la Dolores Haze de la otra cuadra, y quién meaba más largo. En eso viene mi viejo de la fábrica, contento porque le había acertado al 14 a la zabeca y a los premios, y me bate: “¡Che Batista, preparate pa’l domingo, que te llevo a que conozcás un obelisco que pusieron en la calle Corrientes, y aparte te voy a comprar pochoclo, chinchibirria y maní con chocolate, y después te voy a llevar al Ital-park y el Parque Japonés!”. Yo, pipiolo que nunca había salido del rioba, no me lo podía creer y me mandaba la parte con la pendejada rea de brava fulería, sobre todo con un tal Juanito que le batíamos “Culo e’ fierro”, que se daba dique porque la tenía más grande que cualquiera, pero en contra le tenía un cagazo de la san puta a los yobacas. “¡Dequerusa la merluza!, ¡Isolina la corvina!, ¡El domingo me piro pa'l trocén con mi viejo y vos no”, le chanté en la jeta pa’ forrearlo y pa’ que se enchinchara. Y él, sin mosquearse, me tiró que ya conocía de punta a punta el obelisco: “Es la cosita que tiene la ciudad pa’ hacer pipí”. Siempre salía con esas cosas raras el Juanito. Pero cuando llega el domingo y voy a preguntarle al jovato a qué hora salimos pa'l trocén, el choborra me saca carpiendo, ya se había patinado todo el vento escolaseando en el boliche. Yo, de la bronca y pa’ llamar la atención, agarro una damajuana de kerosén, me la echo encima y me prendo fuego, voy corriendo pa’ la cocina y le bato: “Padre, ¿no ves que estoy ardiendo?”, y el insensible, que se estaba relamiendo con unos congrios a las hierbas, aprovecha y se prende un pucho en mi piojera. Me dieron ganas de achurarlo, vea.

Me desperté al alba con el lucero en alto. Empilché, me di la biaba en el lope con tragacanto, saqué la daga del ropero y me la calcé, le escribí con tinta roja en un pelpa a la javie: COMPROMISO IMPONDERABLE IMPIDE MI PRESENCIA FISICA EN LA RAVIOLADA. Me anoté en otro papelito pa’ acordarme de adornarlo urgente al setenta y seis[17] . Fui hasta “El Cañón”, la mejor del rioba, compré ocho docenas de facturas surtidas y enfilé derechito pa'l oeste. Pa’ no defraudar a los pendejos.

(a Juan C. Altavista, “Minguito”)



12. DOCENA

PA’ QUE SEPAN COMO SOY

Con la fresca, sin apuro y a tranco parejo por el camino real, en un cacho estaba en Haedo. Los jopendes ya hacía rato que me aguantaban sentaditos en la vereda. Apenas me junaron a lo lejos vinieron a alcanzarme con el grito acumulado de tanta soledad. Y de mientras me revolotiaban alrededor chamuyando a los gritos y revoliando el walkman, la Marisel se asomó -más linda que un sol- a la tapuer con las trenzas al viento, el mate en la mano y el gato entre las patas. Y me dio vuelta. El de la zurda me patió a lo redomón arisco. Trascartón les armé la honda a los pibes con una horqueta de encina bien pareja y la fuimos a probar al montecito. Voltiamos ventiseis palomas monteras, ochenta y cuatro torcazas y un pájaro semi campana recién arribado de Villarrica, Paraguay.

Después, en un santiamén, le arreglé la canaleta, ajusté la cerradura, le cambié el cuerito a la canilla, cementé unas baldosas flojas, bañé al gato persa, destapé el pozo ciego, limpié bien el gallinero, le configuré la PC, podé los árboles y corté todo el pasto y la ligustrina.

En un ratito de descanso y mientras tanto chupábamos unos mates con orégano y le dábamos a las ensaimadas, los sacramentos, las palmeritas, los polvorones y las bolas de fraile, yo pelé la daga pa' desarmar un despertador de yomería que no sonaba, y mientras tanto escuchaba en “La Primera Cadena Gigante de Emisoras de todo el país y de América” a la Ranko Fujisama cantando en japonés “Mama yo quiero un novio” con Miguel Caló y su típica, le tiré a la grela como quien no quiere la cosa:

-En esta casa hace falta un hombre, vea.
-¡Ay, sí Batista!, pero tiene que ser alguien que se dé maña con las manos, como usted -me retrucó al toque.

A mí se me patinaron los tornillitos por el sopi, se me desenroscó la cuerda y la tapa de atrás salió volando a los santos pedos por el aire. Los pibes entraron justo a mostrar un chingolo, todavía pataleando, que habían bajado con la honda. El gato se le fue al humo. La nami, mientras tanto preparaba el morfi, me empezó a chamuyar de su pasado, de las horas amargas que tuvo que aguantarle al hijo de mil putas del ex, de sus sueños partidos por el hachazo de la desgracia. Yo no daba pie con bola con el relojito de cuarta. Los pibes vinieron de vuelta haciendo gran quilombo pa’ mostrar una calandria despatarrada. La paica se enganchó con la historia de la finada abuela. Trajeron una urraca viuda. Me parló de su vieja. Una gallareta tartamuda. Recordó su primera comunión. Un carancho rengo. Chamuyó de su viejo. Un lechuzón copetudo. Del viaje de egresados. Un buitre almizclero. Del profesor de gimnasia de cuarto grado. Un águila bicéfala.

Yo seguía meta armar y desarmar el despertadorcito de mierda, pero las tripas empezaron a chillar cabreras, así que nos pusimos a lastrar una boullabaisse a la provenzal y un guisacho de mostacholes deshuesados. De mientras los jopendes se atoraban por contar sobre la honda, los pájaros, el montecito, las piedras y el águila impresionante, todo a la vez, la nami se veía que había puesto el rollo del profesor de gimnasia y que no iba a parar hasta que termine Yo me puse a pensar un cacho en La Vieja, lastrando solita los ravioles de jamón y verdura. Pero enseguida se me pasó y cuando terminamos el postre de vigilante y el aspic de fru-tillas me puse con el bobo de vuelta.

Ahí le chamuyé yo. Del Cayetano. De La Vieja. De la barra. De la Tere. De aquella que me hizo tanto mal. La nami me cebaba mate con perejil y yo dale que dale con ese tacho de décima. Sin preguntarme nada me dejaba que le chamuye de lo que me iba saliendo, pero ya iban como pa' seis horas y media que estaba con el tornillito que se me piantaba y la cuerda que se me salía; se me subió la mostaza y en un arrebato lo revolié pa' tirarlo al joraca por la ventana, pero la nami me chapó del brazo y toda colorada me largó:

-Tranquilo Batista y venga a arreglármelo otro día, que todo lleva su tiempo.

Un rayo misterioso había hecho nido en su pelo. Yo sentía pa' adentro que aparte de la comparsa batuquera tenía ahora un carnaval carioca desfilándome por el sambódromo interior, con escolas do samba, mulatas con los limones al aire, una carroza quemada -siempre se les quema una- y hasta Pelé y Kanu disfra-zados de Papá Noel.

La embroqué de lleno en los faroles. Parecían más verdolagas que en el velorio, le agarré la mano blanca, que tenía olorcito a agua florida, y le batí:

-Vengo el domingo que viene.

Armé a las apuradas el reloj pa' no perder las piezas, le di cuerda por si las moscas y me fui a saludar a los jopendes. Estaban en la zapie desplumando un cóndor pa' dárselo al toga -ya le habían pelado el cogote-, de mientras se cagaban de risa mirando a Ren & Stimpy en la tele. Ahí aprovecharon pa' manguearme que vuelva otra vez a enseñarles las señas del truco, romper nueces con el taco pera, levantarse minas como July y Mary, ladiar el funyi y explicarles qué joraca era eso del psicoanálisis. Le di la mano a la naifa y me las tomé.

Como a cuadra y media escucho el griterío de lo pibes desde la vereda:

-¡Batista, el bobo anda, el bobo anda!

Yo me batí pa' mis adentros: "Bueno Batista, te llegó la hora". La brisa me traía corazonadas de campo, dulzura de las quintas, memorias de los álamos, y las Tres Marías titilaban orondas desde el azul del cielo, adonde me parecía que el troesma Piazzola, de mientras le sacaba chispas al Doble A, me hacía así con la sabiola, canchereando.

(a Celedonio Flores)

13. LA YETA

MOTIVO SENTIMENTAL

A partir de ese día yo me iba pata y pata pa' Haedo todos los sábados, domingos, días de huelga y feriados. Los pendejos hacían estragos en la fauna voladora; la Marisel, al embrocarme, hacía salir el sol aunque estuviera garuando. Su risa era un cascabel pa' mi silencio, y a mí, nada más que adivinar sus moños, sus trenzas, su boca carmesí, sus mejillas, su ropita interior y su pubis angelical, se me baboseaba el alma. La Vieja se empezó a poner cada día más cabrera, cada vez que podía refunfuñaba: "Me engrupiste bien debute con el cuento e' la tristeza, decime si yo merezco lo que me pensás hacer..."[18] La barra no me veía más un pelo -me enteré por chusmeríos que campaneaban la silla vacía y se batían entre el fulero desencanto y el agrio resentimiento: "El amigo que es amigo siempre y cuando le convenga..."[19] Al Caye tampoco no le gustaba mucho la cosa. Empezó a tirarme que la mina era buena guiya pa' mi síntoma y que hasta capaz que me había engualichado; que los pibes me tenían hecho un paquete y atado con moñito; que cómo joraca podía hacer una cosa así, sin tener en cuenta la opinión y sensibilidad de La Santa y de la barra. Y hasta se recordó vengativamente de aquella vez que le hice un escándalo y le rompí la tapuer del consultorio. Pero yo, por primera vez en mi runflera vida, tenía dos pibes que esperaban sentaditos pa' aprender cosas de mí. Y alguien pa' regalarle tapados imitación armiño, frascos de perfume "Rosa de Francia", "Kenzo" y "Placer del fantasma", perlas negras de Borneo, higos secos de Alejandría, ají picante de las Molucas, aletas de tiburón capuchino, tapices baratielis del Once y el broli "Le problème de la perversion chez la femme et les idéaux féminins", de Granoff y Perrier. Y pa' quererla de verdad. Aparte -como me batió el Caye después que se resignó-, pa' reparar en los pendejitos todas las garcadas que se había mandado el finado Julián con el susodicho.

La Marisel y los pendejos dos por tres me tiraban de la gualén pa' ver si yo les batía algo de mi análisis: "¿A qué número habrá que jugarle si soñás que corrés en pelotas por la yeca, jovato?", tiraban los jopendes. "¿De dónde habrá sacado tantas ideas raras ese Freud?", tiraba la Marisel. "Los psicoanalistas esos, ¿no serán todos unos depravados y degenerados, Batista?", volvían a joder los pendejitos. "¿Cómo es estar tirado en un diván como chitrulo sin carpeta largando una atrás de otras las pavadas que te vienen a la boca, eh?", cizañaba jodiendo la Marisel. Así que una noche que me agarraron parleta senté a los pibes y al toga -que estaba hecho un verdadero cochinillo- en el banquito de la cocina, agarré una fuente de canapés de langostinos à la parisienne, puse a la grela a cebar mate con coriandro y les batí:

-De mi terapia lo que les puedo contar es cómo es el consultorio, ahora lo que se parla ahí adentro son cosas entre mi terapeuta y yo, ¿me interpretan? Pero si quieren saber como fue que el troesma carburó todo esto les voy a contar una historia:

El sopaina Sigmund Freud nació en el pueblucho rantifuso de Freiberg, en una familia de moiyes bastante pobretones. Pero el viejo de Freud no era ningún pelandrún: ape-

nas pudo ató los bagayos, casó la jermu y los críos y se tomó el piante pa' la capital de la Austria, que era como decir rajarse pa' las luces del trocén. Sigmund era un pendejo de lo más despierto, broli que casaba broli que se manyaba, ya a los cuatro pirulos y de mientras mojaba la galleta en el mate cocido le carburaba el bocho y se la pasaba jodiendo con preguntas: "¿Qué joraca voy a ser yo cuando me venga grande, vieja, tordo, boga, botellero o cafiyio?". "No lo sé Sigmundito, pero por ahora andá a sonarte los mocos y lavarte las manos pa' tomar la leche, que las tenés todas negras," le retrucaba la vieja desde el piletón.

A la final se le dio por la medicina y dopo que terminó la escuela se puso a estudiar pa' ser tordo de los nervios. De entrada nomás y después de recibido, el rana se puso a laburar con unos tordos reos que les batían Brücke y Maynert, y poco a poco le fue encontrando el gusto por destripar los bagayos que la gilada tiene encanutados en la azotea. La fosforera de aquellos tiempos en ese yeite era un tal Charcot de París, un acreditado hipnotizador y rejunado especialista en minas histéricas. Freud era pa' esa época un medicucho de rioba, pero se quería salvar, así que agarró, mangueó unos morlacos y se mandó a París a campanear cómo laburaba el franchute, pa' copiarse y hacer lo mismo. Ahí pispió y relojeó la cancha del Charcot pa' hipnotizar a las naifas espamentosas que le caían de a montones. Algunas, dopo de deschavarse parlando hipnotizadas de sus berrinches, se curaban. "Acá está la papa" carburó el cráneo, pero fallo al oro y sin un solo lacroze en el griyo tuvo que recular pa' su Viena querida. Embalado de ver tanto minaje con problemas de catrera, con las últimas chirolas que le quedaban le compró un frasco de agua florida y le propuso casorio a una piba de su casa que se venía afilando desde hacía cuatro pirulos. Pa' no seguir mezquinándole alegrías. A ver si todavía se le volvía histérica también.

El rana carburaba salvarse con las espamentosas, que en Viena también había a carradas, pero como tenía que parar urgente la olla se iba de noche por las rúas de Viena con una jirafa larga, el tarro del engrudo y la brocha, meta pegar carteles que decían: "Afamado profesor Sigmund Freud (recién llegado de París): Cura Total Garantizada de Todos los Yeites Psíquicos usando el Infalible y Moderno Método de la Hipnosis - También se hacen copias a máquina - Refacciones - Destapo Cañerías". Pero el púa no daba pie con bola con el curro: cuando la caía una histérica la hacía tirar en un diván repiché -que le había mangueado a una tía solterona- y le batía agrandado: "Ahora cuando yo le diga usted agarra y se me apoliya una regia siestita", mientras tanto canchereaba haciendo unos pases mágicos pa' mandarse la parte. Pero las sofaifas lo cachaban: "¡Ay profesor Freud!, no me diga que me hizo venir hasta acá pa' hacerme tirar en esta catrera y apoliyar nomás. ¡Y yo que estaba tan ilusionada!" Y se le cagaban de risa. "¿Cómo mierda hace el turro de Charcot?", renegaba todo el santo día mufado el troesma cada vez que hocicaba.

Igual no achicó y siguió emperrado laburando, pero las cosas no le andaban muy bien. La jermu, enculadísima y medio celosía dos por tres le tiraba: "Sig, ¿por qué en vez de hacerte tanta mala sangre con esas maniáticas sexuales descocadas no te largás a fabricar salchichas, que dice mi viejo que cuando se ponga de moda el pancho va a ser un negoción?". Ahí se sintió un seis totalmente incomprendido y se le dio por escabiar. En un copetín rasposo que sabía frecuentar conoció a otra luminaria de aquel tiempo, un tal Breuer, un día que se fue al sopi de lo más mamado cantando con desaliento: "Cuando la hipnosis que es grela, fallando y fallando..." El otro se puso a consolarlo -como hacen los choborras entre ellos- y al final se terminaron haciendo gomías

como chanchos. El Breuer, que era más grande, le tiraba buenos consejos: "Usted no sabe chupar, m'hijo, pisa un corchito y ya se me pone en dope como torpedo, lo que tiene que hacer es dejarse de joder y ponerse a escribir. Y hablando de eso ¿qué le parece Sigmund si en vez de venir a mamarnos a este bolichón de cuarta agarramos como buenos tordos que somos y nos escribimos un broli en yunta pa' ver si chapamos un cacho e' torbelo alguna vez por todas?" Así salió "Estudios sobre la Histeria", todo un batacazo. Pero después se distanciaron. Parece ser por un asunto de polleras.

Pero ahí no termina la cosa, el sorru siguió en la suya carburando en los balurdos de las minas espamentosas. A él le parecía que de entrada tenían que ver con viejos asuntos de catrera: o el punto no responde y la nami se las arregla solari a lo muñeca brava, o al vesre. A estos primeros casos el troesma los escrachó como "Neurosis Actuales", pero hay otras: las "Neurosis Históricas", que tienen que ver con balurdos arrastrados del potiem en que uno es un crío y tiene berretines con la vieja y con el viejo. A esto el genio lo escrachó como el "Complejo de Edipo". Lo mejor de todo fue que el cráneo descubrió que estos balurdos están en una zapie que se llama "Inconciente" y que por más que porfiés pa' abrir la tapuer, minga, el inconciente se emperra y no te da bola. Ahora cuando no lo jodés, por ejemplo cuando soñás o cuando te trabucás en el chamuyo -que son, dentro de los "Actos fallidos", los "Lapsus"-, se va al mazo y te abre mansito la tapuer.

Ahí le empezó a agarrar la mano al yeite de la parte de adentro de la pensadora, o sea el "Aparato psíquico", pero como seguía coleando como barrilete y refalando con la hipnosis -y no quería perderse la guiya ni hacer chantada- el rana empezó a probar poniendo al neura que venía al pie en la catrera y ahí que mancuse de lo que venga. A eso Freud lo llamó "Asociación Libre", una forma pulentería, realmente un yum-yum pa' que la gilada se deschave y pa' hacer pelota las resistencias inconcientes al laburo fino del análisis. Freud se dio cuenta que no hacía ninguna falta la hipnosis a lo Tu Sam ni engatuzar al gilerío, y que con el chamuyo libre te podés filetear de sotamanga al inconciente. Aparte porque pa' esa época había mucho chanterío que curraba con la hipnosis, el magnetismo, el gorro cónico, la telepatía, la varita de ébano, el azul de metileno y una sarta de brujerías cameleras, y el troesma no que-ría que lo confundan con el montón. Todo esto viene a ser un cacho de lo que empezó a tallar como "Psicoanálisis". Pero es mucho más lungo...

Como la Marisel se había cebado veinticuatro pavas de verdolagas y los pendejos ya cabeceaban, suspendí la historia. Aparte de chamuyarles de Freud yo quería enseñarles un montón de otras cosas, ya que tenía la chaucha la quería repartir con ellos. Me carburé en un ratito una red de seminarios cuatrimestrales y los anoté en la pared pa' que ellos elijan y se anoten en los que más les gusten. La Marisel me tiró:

-¡Pero Bati!, cómo vamos a elegir si de esto no sabemos nada?

-Hablen del azar si les da la gana, pero esto no es moco e' pavo, que cada uno haga su propio recorrido, pero eso sí, con menos del 75 % de asistencia no habrá certificado pa' nadie - le chanté.

Dopo que llevamos a apoliyar a los pendejos le tiré a la Marisel que era como bastante tardón pa' salir, y que me parecía que llovía a baldazos: "Afuera es noche y llueve

tanto", le mancusé cerquita de la oreja. Y que soplaban la Sudestada, el Zonda, el Monzón y el Pampero como la gran puta, que caían rayos, piedras y centellas y que se escuchaba un tifón como a las pocas cuadras. Y qué le parecía si me quedaba a apoliyar ahí por una noche. Pa' no mojarme los tarros, porque andaba sin galochas y era una lástima. Empezó que no, que sí, que no sé, que quién sabe. Pero enseguida me enfocó de lleno con sus tremendos farolazos verdolagas y me batió serena:

-Bati, qué van a decir los chicos mañana. ¡Y los vecinos!, sobre todo la Irma, la que pone inyecciones, la señora K. y la vieja doña Isabel de R., que son todas unas chusmas con una lengua como de siete cuadras. Aparte yo no soy mujer pa' una noche nomás -me apuró la mina.

-Escúcheme bien -le retruqué sobre el pucho de mientras la agarraba de las trenzas-, me quedo pa' siempre, trépese a esta ternura de locos que hay en mí, vea Marisel.

La mina miró pa'l piso, se agarró las manitos por atrás y se puso a raspar las baldosas con las patas. Y moviendo apenitas la sabiola y toda colorada me dijo que sí.

Y de mientras yo la abrazaba -como pa' protegerla- por la ventana entreabierta entró un cacho de aire fresco con olor a madreselvas y nomeolvides. Y hasta me pareció que se escuchaba a los Niños Cantores de Viena entonando el "Ave María" de Schubert y el "Aleluya" de Händel. Pero como grupo soporte, porque después vino de fondo la orquesta de D'Arienzo rompiendo todo con "La Catrera", "El Internado", "El Hipo" y "Bien Pulenta": "Estoy hecho en el ambiente de muchachos calaveras, entre guapos y malandras me hice taura pa' tallar..." [20]

(a Pascual Contursi)

14. El borracho

ADIÓS MUCHACHOS

Dos meses después un día volví -porque algún día tenía que volver- a buscar las pilchas, y me la encuentro a La Vieja en la cocina cebándole mate a la Tere, que estaba echa una piltrafa, sin pintar, pitando como loca y con un flor de bombo. Apenas cogotié por la tapuer y me vio, saltó de la silla, se tanteó la zapán y echando lagrimones me tiró con un alarido de mezzo-soprano con angina:

-Hermanito, ¡mirá lo que me hicieron!

Ahí nomás manotié pa'l lao de los riñones y saqué la daga con vaina y todo. La pelé y le tantié el filo. Sobé despacito la empuñadura con dibujitos de rosas entreveradas y tachas de bronce. La hoja era acanalada y de acero toledano (lo sé porque decía "Acero Toledano".) Y en un silencio como colgado de un hilo de coser, y como si fuera la primera vez, la metí de vuelta lo más despacito que pude en la vaina empavonada con filetes dorados. Se escuchaba el roce helado del fierro contra fierro. Lo claro, lo oscuro.

La hoja encajaba en la vaina como un crío muerto en su cunita negra. Ahí nomás asocié que nunca había asociado en mi terapia que las armas blancas tienen mucho que ver con lo que se hace con la nami en la catrera. Después me fui hasta la heladera, me serví un vasito de Rheinhessen Liebfraumilch, corté unas rodajitas finitas de chorizo colorado, me senté en la mesa, relojié sin bronca a mi hermanita y le largué:

-Vos que estás de vuelta de todo decime: si vas a buscar una peineta a la tienda, te gusta una, te la probás y te queda bien, pero no tenés un mango y te la querés llevar igual, ¿pensás que te la van a regalar? Todo tiene su precio en esta davi, Peggy, y como se dice lo baratieli sale careti.

-Mirá mamá las cosas redículas que me dice este salame -me retrucó con el copete en alto y de lo más histérica.

-Me extraña Batista, mirala a la Teresita, tenés que hacer algo -terció La Santa, de mientras lustraba con un trapito con leche las hojas del potus limón.

-Sí -le bato yo, mientras cortaba más chorizo y un cacho de queso de chancho-: salirle de padrino al crío. Y que se quede a parir acá, porque así como está no va a poder seguir laburando de lo que laburaba. Y que vaya pensando en cambiar de mena y filo miyio y largar la yeca, que en esta casa somos decentes pero pobres. ¡Y dejá de chupar y fumar como un escuerzo que vas a ser madre, Teresa!

Las dejé a las minas meta llorisquear y armar la rosca entre ellas, y dopo de abrirle la tapuer de la jaula y soltar al viejo canario cantor me rajé a la zapie pa' embagayar mis pilchas, los cuadritos de Carlitos y de Freud, el Winco, los discos de Max Glücksmann y el poster de la Gloriosa Academia. Cuando crucé la tapuer de la yeca con los bagayos al hombro tantié que en el mono que se me había entreverado el broli del Santiago Canal, pero como ya lo tenía relojeado agarré y lo revolié al jardín, pa’ que no me haga bulto, y justo voy y se lo encajo de sombrero al enano de cemento del jardín, que todavía tenía pegada la bola de fraile con dulce de leche y los pingüinos escondidos de la otra vez. De ahí me piré pa’ “El Trébol”, a verme con los gomías. Pero antes pasé por lo de la angelóloga de la vuelta. Pa’ ver si manyaba por qué carajo La Santa me había inflado tanto los quinotos.

Era un chalé todo pituco con un cartel fosforescente que decía: “DESTRABES - UNIONES IMPOSIBLES - BARATIJAS MILAGROSAS - PRIMERA SESIÓN SIN CARGO” y había una cola como de una cuadra entre agarofóbicos epileptoides, jorobados voyeuristas, maniqueos hipoabúlicos, hegelianos de centro, cornudos concientes, eternos masturbadores compulsivos, presocráticos sexoadictos, hiperbóreos coprofílicos, exhibicionistas mandapartes, el infaltable asténico de digestión lenta y dieciséis chantunes que laburaban de grupí. Un vendedor ambulante aprovechaba el gentío y remataba cuernitos colorados contra la envidia, el reajuste y la globalización, estampitas del Dragón con san jorge, objetos a, medallitas milagrosas pa’ los que andan carburando en baja, fetiches de mostacillas y macramé, botellas de Klein, objetos b, campanas de Gauss, el broli “Sepa la verdad: Moisés no era egipcio: ¡era chileno!”, discos y cassettes con mensajes de difuntos charlatanes grabados en vivo y una variedad de tótems y tabúes en oferta. Yo le compré garrapiñada calentita pa’ los pibes, una bufanda con los colores del pabellón nacional y seguí viaje. A verme con la barra.

Esta vez estaba de vuelta el cuadro de La Pasionaria y los muchachos escolaseaban como podían, porque se habían afanado el ancho de espadas. Faltaba el flaco Sarampión, que estaba haciendo unos trámites en Devoto por aquello de los perros -pero tenía un boga de prima-, y nos pusimos de acuerdo pa' decir que estaba haciendo refacciones en el bulín de la calle Balbastro, pa' no hacerlo quedar mal. De sota hicimos una vaquita y lo mandamos al Dientudo, en calidad de delegado, pa' que le acerque un bagayito con bastante pasto, brillo, un cartón de Camel, frazadas, una lata de paté de ganso y otra de los palmitos finlandeses que le gustaban con locura. Dejé mi atadito en el sopi y como el buyón estaba cabrero pedí una grande de fugaza, otra picante de chacán con jenjibre, seis porciones de fainá, una Canada Dry con cubitos y puse a los gomías al tanto del camote y que me había abotonado con la Marisel. Pa' siempre.

El petiso me tiró ahí nomás que me cuidara de los organilleros, que son rápidos pa' engatusar minas de su casa; el dientudo -con fervor de Buenos Aires- me batió que no hay como el aire de Mataderos; el Chueco Repisa que ni se me pase por la bóveda llevarla nunca a ver un circo. De repente se hizo un silencio en la noche, y el cabezón Moretones -que había estado musa- me salió al cruce:

-A ver si engulás de vuelta la banquina, che Batista, y te vas a la mierda.

Era lo que yo esperaba pa' largar mi espiche:

-¿Y qué? Si yo nunca me levanté una mina pa' quererla de verdad; si yo nunca me jugué el de la zurda de veras por otra jermu que no fuera La Vieja, ¿qué gamba voy a meter? Si he rodáu como bolita de purrete arrabalero y mi davi fue una milanesa; si nunca se me dio una; si en la mentira de salvarme siempre jugué todo y nunca tuve nada. Si nos camelearon con la guiye de que hacés lo que podés y no lo que querés. Nos filetearon los griyos y nos chorearon la verdad. Lo que hacés no tiene nada que ver con lo que podés, y lo que querés no siempre tiene que ver con lo que podés de verdad. A mí me cameleó el viejo, el campeón de bochas me emporró el globo que le vendieron a él, pero entre tanta bocha pifiada y tanto bochín chingado ya ni se acordaba pa' qué joraca servía ese globo, pero igual me lo pasó a mí. Me milanesió La Vieja, sin saber la pobre que me enchufaba una milanesa que ella ya se había morfado y no le había gustado. La Peggy, cameleada por todos, no conoció otra cosa que el camelo y no tuvo más remedio que bancarse el malanfio y dar dique de camelo ella también. Primero fue la amiguita de un vejete boticario y el hijo de un comisario todo el vento le sacó[21] , después entró en decadencia y tuvo que empeñar hasta el perfume del alma. Pero la verdad es que el choborra del viejo y La Santa jugaron las barajas que tuvieron, y por lo menos no se fueron al mazo. Pero si nos orejearon pa' ellos y ellos nos enseñaron a jugar, ¿qué partida íbamos a jugar nosotros? La partida del camelo. Lo único que podían la Peggy y el Batista eran ser los hijos de La Santa y el campeón de bochas, compartir un pasado ilusorio, jugar pa' otros carburando que jugábamos pa' nosotros. Todo un camelo. El domún es un camelo dando vueltas. Y hasta ustedes muchachos, y me importa un joraca que lo entiendan o no, hasta ustedes la trabajan de camelo. El rope de la tapuer no te camelea porque no le da el cuero, no porque le falten ganas. Y el canario se camelea que está bien adonde está porque si se sienta a carburarlo un cacho tendría que animarse y rajarse a compadrear con los gorriones. O

destriparte el dengue cuando le das de morfar. Pero como no se anima, o no sabe como hacerlo, lo único que le queda es dársela de gran cantor. ¿Saben una cosa? Yo me embalurdé cuarenta y dos pirulos con parada de mascarita creyendo que me ganaba minas. Y como carburaba que me las ganaba con una fulera y roñosa gloria, ¡gamín de sacarme el antifaz! Por el cagazo a pifiar el metejón y perder rango. Pero nadie está pa'l escolaso. Y si todos nos sacamos el antifaz de una vez, ¿qué hay pa' perder? Nada más que deschavarse que abajo se nota que tirás pa' otario y no te gusta. Pero igual no te hagás ilusiones: en el corso de la vida siempre andás con alguna careta que a la final te queda bien y aparte te acostumbrás tanto que ya ni te acordás de la trucha que tenés. Hasta el taranta de la zurda se patina y caretea. Pero si querés alzarte con el toco no hay más remedio que seguir peinando y palpitar la racha: jugarte entero aunque planchés después. Qué quieren que les diga, pa' mí vale la pena el repechaje y si te quedan ganas nunca es tarde pa' un desquite. Pero si se te da la suerte no te agrandés ni hagás alarde aunque tengás treinta y tres. Pa' mí la flor que se me dio se llama Marisel, mina de un paño, derechita y sin revés, y la verdad son esos pendejos que me aguantiñan sentaditos pa' aprender de mí. Y yo ya no me banco más ser el hijo de La Santa y del campeón de bochas, con lo triste de mi noche hice una hermosa mañana y ahora, casi en la media raya, quiero ser Batista pa' mí mismo, el Bati pa' mi hembra seguidora, y el jovato, pa' esos pibes con tanta miyiadura de viejo. Yo era un grito de rencor en el trágico final de mi desesperación, y ella fue la milagrosa muñequita de cristal que me enseño a reír y a perdonar. Y a ustedes muchachos, les dejo el bufoso, nunca me sirvió pa' otra cosa que pa' hacer tapín; les dejo mi darique daga, me sirvió bastante pa' trinchar zochoris. Nada cambió: les dejo como siempre el de la zurda abierto de par en par pa' los gomías. Y me voy temprano porque mañana empiezo a laburar.

Cuando terminé había aparecido la carta robada. Los muchachos guardaron como reliquia el fierro y el filo, me despidieron con respeto como sacándose -todos a la vez- una pelusita que se les había entrado en el ojo. Con un nudo borromeo en el gañote y ya casi medio entre pucheros. Yo, pa' no hacerlos quedar mal, tuve que disimular que ellos disimulaban, y con mucho disimulo casé mis cosas y me tomé el raje, pa' no irme de boca. Justo la Eladia Blásquez desgranaba, como pa' nosotros nomás, "Honrar la vida".

Agarré y enfilé pa' Haedo, pero antes, de a propósito, pasé por lo de la angelóloga de vuelta. A la más de cuadra y media que se había juntado se le agregaban unos cuantos gratas maníaco-depresivos, un par de monjas de clausura que querían tirar la chancleta lo más rápido posible, cuatro nominalistas de Ciudadela con jeta de estrunzos, dos macrós reconvertidos en sauneros, cinco mormones fetichistas, una pareja de swingers buscando levante y siete epistemólogos chantas que pedían descuento por grupo.

Yo me paré arriba de un jonca de manzanas que le manguié al de la verdulería, y con el cuadrito de Freud bien en lo alto a rompe y raja exhorté a las masas a rebelarse contra el os-curantismo, las fuerzas del mal, la pura chantada y la inapelable dictadura del horóscopo chino. Pero me empezaron a chiflar, a tirar huevos podridos, monedas de la época de Onganía, cenizas de saumerios, escapularios apócrifos, semillas de sésamo y brotes de soja un poco pasados. El vendedor ambulante me encajó en medio

de la trucha un novedoso crucifijo con alarma detectora de demonios incorporada, y de mientras lo zamarreaba como loco empezaron a prenderse unas lucecitas coloradas y a escucharse un “¡bip, bip!” intermitente; entonces me chantó a los gritos un breve exorcismo en latín clásico con leve tonada salteña. “Es la consabida resistencia al psicoanálisis -me batí- pa' que te vas a hacer problema Batista, es de balde”. Y me piré de esa horda primitivísima.

Cuando crucé el zanjón de Ramos Mejía me puse en bolas atrás de unas totoras y me pegué un flor de chapuzón pa’ sacarme la roña y la baranda a soja podrida de encima. Ahí cerquita había unos crotos preparando la ranchada, que al escucharme empezaron a armar gran batifondo agarrándose la zabeca y gritoneando: “¡Por qué mierda esta Humanidad desquiciada contaminará las claras aguas del único y frágil planeta que poseemos!” Pero después me invitaron a morfar unos zochoris empalados -porque no tenían ni una miserable parrillita- con una soupe à l’oignon gratinée y coquilles à la parisienne preparados en una chata cachada que se habían currado del hospital. De postre tenían gâteau flambée servido a punto en latas de dulce de membrillo, de las chicas. Todo regado con abundante pernod y borgoña en unos papagallos achacados del mismo nosocomio. Pero sin un cachito de corroma porque los linyeras -según batieron de sotamanga- se estaban cuidando.

Al final nos hicimos gomías, y dopo que me sirvieron un té de jazmín sin brillo en una lata de tomates y se armaron unos cigarros con yuyo picado y chala nos pusimos a chamuyar sobre el posmodernismo de las periferias, el brutal impacto de la World Wide Web, los viejos payadores Gabino Ezeiza, Betinotti, el oriental Pablo Vázquez y Nemesio Trejo, los audaces estilos de Osmar Maderna, Domingo Moles y Osvaldo Requena y el post piazzolanismo de vanguardia de Mosalini. También me confesaron que pa’ disimular la carencia de cubiertos dos por tres se preparaban un arrocito a la coreana, pa’ poder morfarlo con palitos, que son más baratos que los tenedores. Y solo de vez en cuando alguna que otra pechuguita de faisán con salsa suave al champán. Y que siempre tomaban borgoña -que se sirve natural- “Porque pa’l blanco no tenemos heladera, Batista”, pontificaron. Y todos compungidos los bichicomas me recitaron a coro, en canon y con ademanes: “Estoy ciego, mishio, forfait, águila, pato, / sin un duro, viviendo del pechazo, / estufao, fulería y rechivato, / mal empilchao, sin fasos, pobre gato, / la morfo precediendo del pechazo”[22] . Y pa’ testimoniar que estaban en el riel trajeron latitas vacías de paté, en lugar de ceniceros. Y de papel higiénico, después que la leían de tapún a tapún y la comentaban en grupo, batieron pudorosamente que recurrían a las páginas de la revista “Caras”.

Entre ellos había un vejarano profesor italiano de Filosofía del Derecho, que incapaz de asimilar las guampas que le metió la jermu con el ascensorista de la torre de Pisa se largó a ciruja con un bagayito por toda fortuna, y se vino a pata, ya gagá y bichoco, pa' estas benditas tierras de abundancia. Charla va, charla viene le cambié mi vieja y amada cachiporra, la eficaz manopla maturranga y la bufanda de Racing por “La cuádruple raíz del principio de razón suficiente” de Schopenhauer -segunda edición en alemán encuadernada en cuero-, un disco del joven Horacio Molina -cuando no cantaba tan bien- y un pecho de los buenos de la Melanie Klein, hecho con crealina y a tamaño natural. Pa’ usarlo como pisapapeles.

Cuando llegué a mi nueva casa la Marisel estaba haciendo tarjetas españolas de mientras relojeaba de ganchete “Introduction a l’etude de l’hystérie” de Rosalato, que se había comprado en el Parque Rivadavia, y me alcanzó un matirolo desde la ventana. La chusma de la señora K. estaba barriendo la vereda con un batón de franela pied de poule y me saludó con una sonrisita compradora; tenía facha de haber tallado de ligerona en su juventud, allá en su tierra, y debía haber sido la más papa milonguera y la reina del festín, pero hoy manyaba con sentimiento que así de vieja y sin vento mas naides la iba a querer. No se había guardado ni un cachito de amor y juventud y pa’ colmo la Dorita ya no le escribía más.

Yo hacía rato que no tomaba un mate de veras, sin nada de porquerías adentro. Los pendejos se peleaban por la garrapiñada y ya empezaban a manguearme cinco guitas pa’ papel de barrilete y que aparte les dictara el seminario 57 -el jorobado- del circuito M: “Problemas jodidos de las encrucijadas muy bravas”. Yo colgué los cuadritos de El Cantor y de Freud al lado de Ringo Bonavena y el Cuarteto Pirincho, pero con el poster de la Gloriosa Academia hubo problemas porque la Marisel era bostera de alma, así que lo encanuté en el ropero. Pa' no darle disgustos.

Esa noche morfamos un regio guiso de mondongo al cognac -receta del Gato Dumas- de mientras Radio Porteña pasaba el “Adiós muchachos” por Leopoldo Federico. A mí la verdad se me piantó un lagrimón. Pero después que los pendejos se rajaron a la zapie pa’ ver un cachito de Beavis & Butt-head por la tele antes que arrancara el seminario, la Marisel aprovechó la volada y me arrinconó en la cocina, me agarró del cogote y la invitó a mi mano a que se metiera nomás por ahí adonde a ella le gustaba meterse: abajo del saquito de cashmilón celeste cielo, abajo de la solera clara de voile con voladitos, y abajo todavía de la infartante seda negra natural con puntilla holandesa. “Pequeña, te llamo pequeña, mi mano te sueña...”, le chamuyé en la oreja a lo Néstor Fabián. Justo la Tita Merello, con Francisco Canaro y su orquesta, arrancaba con “El Choclo”.

Después vinieron unos tangazos pa’ bailar. Nos campaniamos con brasitas en los ojos, y al ritmo de Fresedo las gambas si nos fueron solas. Siempre que puede el gotán aprovecha pa’ prender en la pista la fogarata de un sentimiento que viborea en cada rincón de la pareja: esos dos tigres escabullidos que carburan con saña y picardía mientras relojean el morfi que anda desprevenido por ahí. Listos pa’l amasijo. Las gambas entreveradas se ponen de acuerdo pa’ hacer de la baldosa la catrera de un alma empomada en otra alma. Y pa’ tener tirante el alambre de escurrir las penas y bajar por el tobogán de media luna y lucha en la trabada, pasión en la corrida, ternura en el arrastre y guadaña en la quebrada.

Yo entraba y salía de mi arqueado biscuit con el zaguán abierto de par en par y mi muñequita -a fuego lento- subía y bajaba a su gusto entre mis gambas cambiando figuritas, cuatros y sentadas. Un voleo, un corte, un pique, un giro pa’ la izquierda, un gancho, un ida y vuelta, una raspada, un infierno prendido a todo lo que da, jamón, ronco, encordada y dientudo, un cielo fresquito de agua fresca y otro de agua blanda. No hay labia que alcance pa’ explicar que un tango me hace perder la calma, y pa’ batir suavecito: “Me muero por vos, mi baronesa de Wakefield”, encandilado por el resplandor de

sus faroles. Y encontraba su almita vibrando y tanteando a lo largo y a lo ancho del cuero de un bandoleón descangayado que inventa pa' nosotros la mágica ilusión del nunca más adiós. Juntando todos los adioses que nos regalaron Santa Cruz, el Pacho Greco, Bernstein, Arolas, Maffia, Pichuco y tantos otros que le enseñaron a la jaula a traducir la pena que nos une y el amor que nos desune. La Marisel, hecha un lapicito querendón, me hacía sentir troesma del pastel y del pincel, pa' dar el toque genial en el cuadro del suelo donde talla el querer. Y a la final el berretín del beso encantado, pa' espantar tanta puta y fiera soledad de mierda.

Y aunque los pibes y el gato patalearon bastante, suspendí de apuro el seminario y nos mandamos con la fulana urgente pa' la pulisa. Porque al otro día me tenía que levantar temprano, pa' empezar a laburar.

Como al año la Marisel me dio la sorpresa con un antojo de helado de kiwi con curcuma -no muy picante- y tejiendo escarpines escondida en el ropero, porque le daba vergüenza andar con el globo inflado. El Petiso Carloncho, al enterarse, le regaló un babero de plush con ositos cabezones envuelto en una poesía dedicada que nos hizo lagrimear a todos, y que empezaba diciendo: "Percanta: en un silencio que no me sabrá a tongo durante nueve meses crecerá tu bombo..." Que también se la había dedicado a la Peggy -que había tenido siameses agarrados por el pirulín, que por el mo-mento el único problema que tenían era ponerse de acuerdo pa' hacer pis-, y también le regaló dos baberos. Pero de pañolenci y con pollitos bataraces en fila india.

Con el Caye seguí mi terapia un tiempo más. Ahí casé lo que el tordo me había batido en un principio: "Pa' analizarse hay que laburar noche y día como un buey laburador, porque ojo que hay algunos bueyes que se tiran a chantas, Batista". Al final, de taquito, a mí se me dio por el estudio. Terminé salita celeste, jardín, preescolar, primaria y todo el secundario en un nuevo programa especial acelerado de seis meses pa' autodidactas en proceso de análisis como yo. Y dopo me anoté pa' estudiar de acompañante terapéutico.

Yo extrañaba el análisis y no estaba de acuerdo con el alta, pero fue el Caye el que tiró la toalla. El último día puso en el tocadiscos "Nieblas del Riachuelo" por el Polaco, acomodó el florero con conejitos artificiales y la carpetita tejida al crochet arriba de la PC -de paso se olfatió el sobaco de sotana- y me largó de sopetón:

-Bueno che, con el andar del carro se van acomodando los zapallos, así que como hombre derecho y responsable de la dirección y balanceo de la cura te voy a dar el alta antes que te me pirés solito. Aparte dentro de poco me tengo que rajar a Punta del Este pa' participar en un workshop y trascartón me las pico pa' la Polinesia, a hacer un curso de perfeccionamiento. Andá nomás Batista, con la frente bien alta.

Y de mientras redondeaba el chamuyo yo me daba cuenta que disimulaba un flor de lagrimón que le iba rodando por el cachete, se le escabullía por la chiva y seguía de largo por el cogote, arrimando el bochín justo al centro de ese yengue y debute corazón. Mirando al sur.

Ese día no salí con cursiadera ni rajé pa' las casas a contarle a La Vieja. Me fui pateando despacito y derecho pa' "La Auténtica Puñalada". Me senté y pedí un tostado de jamón y queso con una Mariposa doble. Había un viejito barbudo de chambergo, lengue blanco y pilcha toda negra recostado en el mostrador, con un toscano echando humo entre los garfios y con pinta de rocho jovie, que se lastraba un choripán con mucho chimichurri embrocando un vasito de Hesperidina casi sin tocar. Los muchos años lo habían reducido y pulido como las aguas a una piedra o las generaciones de los hombres a una sentencia. La banda del orejudo Yónatan estaba escolaseando y jaraneando en otra mesa, y apenas me vicharon me empezaron a mirar torcido. Como justo estaban pasando a Julio Sosa aprovecharon la letra haciendo coro, pa' agredirme gratuitamente: "...Me revienta tu presencia, pagaría por no verte..." Y dopo le pidieron al camarero que pusiera un disco de La Voz y canturrearon haciendo palmas: "Tan grande y tan sonso, haceme el favor, qué jeta de otario pa' pasar calor, tan grande y tan sonso, no te puedo ver, en vez de muchacho parecés mujer..." Sobre el pucho una miguita me pegó en el hombro. Me hice el giliberto. Otra tapita de Cindor rebotó en el vaso. Chiflé bajito. Un vaso me pegó en las paletas. Miré pa' afuera. Ahí vino el camarero y me batió: "No le haga caso señor Benengeli, son buenos muchachos pero están un poco en copas" -yo no sabía que el camarero me tenía manyado-. En eso un cenicero triángulo lleno de puchos me cae en la sabiola. Yo agarré y me les fui al humo pa' exigir explicaciones. El orejudo, con un pedo de no creer, se paró, me semblantió, peló una daga puntuda y señaló pa'l fondo. Yo hacía tiempo que andaba sin chumbo, sin daga, sin manopla ni cachiporra encima. El camarero se puso histérico y les empezó a gritar: "¿Cómo se atreven a desafiar a un hombre desarmado, manga de psicopatones engominaos y charlatanes de cuarta?" De repente se escuchó el ruido de algo que venía rodando por las baldosas y que me golpea en los timbos. Era un cuchillito medio mocho y oxidado con el mango de baquelita todo cachado que el viejo del mostrador había tirado al voleo. La patota me miraba, y yo levanté el fierro, a sabiendas que agarraba viaje en el convite. La verdad tenía un cagazo de la san puta, pero ya era muy tarde pa' recular y no es de hombre el aflojar. Seguí al choborra carburado: "Alguien chaira en los rincones el rigor de la guadaña". El Yónatan enfiló pa'l fondo adelante mío como pisando huevos, pero apenas dio dos pasos cayó redondo de la tranca que cargaba, y le fue a dar justo con la trucha de lleno en una escupidera repleta de gargajos. De mientras la banda se rajaba espantada haciendo abandono del jefe caído el Yónatan se revolcaba por el sopi lanzando los chivos y medio llorisqueando. Yo mancusé pa' mis adentros: "¡Y a este turro chupandín redículo le tenías tanto miedo, Batista!". El viejito se acomodó el chambergo, me esquivó la mirada, pegó la vuelta y siguió morfando el sánguche recostado en el estaño. Y yo recién ahí me apercibí: la barba toda blanca, los anteojos redonditos, la frente ancha, el toscano, las iniciales "S. F." en el lengue. Entre el griterío de la patota, el ruido de los ciclomotores y las patinetas en la vereda r-jando a todo trapo, apenas alcancé a escuchar al troesma de troesmas que después de embucharse la Hesperidina, ladear el chambergo y golpear el culo del vaso con todo en el mostrador, se chamuyó como pa' él mismo con una sonrisita picarona: "¡Wo Es war soll Ich werden[23] , carajo!"

(a Jorge L. Borges[24])

15. LA NIÑA BONITA

ANALISIS TERMINABLE E INTERMINABLE

Como a los siete meses de haber terminado mi análisis, la Marisel andaba otra vez con la cocina llena de humo -ya iban dos machitos y una chancleta- y exportaba tarjetas españolas a toda Asia y Africa, Europa y Oceanía, América y Antártida. Los pendejos habían sido declarados personas no gratas en todo el territorio provincial por atentar contra el equilibrio ornitológico, y al gato tuvimos que hacerle un tratamiento pa' achicarle un poco la zapán, porque no podía ni caminar. A la casita toda blanca le agregamos un par de zapies revocadas, dos biorcis, balcón terraza, cuarto de estudio y biblioteca, vestidor, quincho, pileta de natación con trampolín olímpico, salita pa' la timba, sauna, hidromasaje, galpón pa' las herramientas y un sistema electrónico antichacamento, pa' protegernos del choreo.

La vida me reía y me cantaba, vea. Pero un día leo en la parte de sociales de "La Voz del Barrio" de Mataderos, un pasquín de cuarta que me llegaba por suscripción y donde laburaban Last Reason, Roberto Arlt, el Yacaré, el Manucho Mugica Lainez y Bioy Casares:

~LA VOZ DEL BARRIO~

NOTAS SOCIALES : SUPER-FABULOSO VIAJE DE MUY DISTINGUIDO VECINO: El Licdo. SR. Excmo. Prof. Dr. BERTTOLOTTI, Cayetano, nuestro más pre-claro y más distin-guido vecino, que es, a parte, un gran SPICO-ANA-LISTA de grán fama, prestigio y conocido renombre en toda la Capital (CAP. FED.) y SIN UNA SOLA (ni siquiera UNA) entrada en la 42ª, se está por irse en un (1) VIAJE DE ENSUEÑO para la ISLA ASOMBROSA DE THAITHI. Ningun otro cono-cido antes que el DTr. a hido realmente tán lejos de acá el barrio. Así nos a informado a este, nuestro periódico "Diario La Voz del Barrio" su apresiado Hno. Sr. Dn. Aftmente. Jacinto, (de idem apellido que su hno.) cuando llegó a esta redacción para encargarnos que: LE PONGAMOS 1 (un) RECLAME aprovechando la FABULOSA PROMOCIÓN del diario periódico "LA VOZ DEL BARRIO" ///Prueben una (1) sola vez verán UDS. que el periódico "La Voz del Barrio-diario" es efec-tiva///, que aunque sea que el que se ponga sea de los más CHIQUITOS, ¡ALGO es ALGO! como dijo EL acreditado POETA para esta abnegada y lírica profesion ¡SAGRADA! de hacer el periodismo. El aviso del SR. Berttoloti, Jacinto, aparecerá en la proxima edisión, y es del honrado trabajo que hace él, y este REDACTOR del gran DIARIO: "PERIODICO LA VOZ DEL BARRIO" se los recomienda a todos Uds. y: Si Hay que Poner-las, Pone: ¡LAS MANOS EN EL FUEGO! por lo bueno y excelente que es el Sr.Bertolloti, Jacinto, ha-ciendo Todo lo que el realiza. Volviendo al licenciado Sr. Calletano Berttollotti: hermano del sr. Jacinto (hasta ahora Dn. Cayetano ¡NO A PUESTO AVISOS DE PROPAGAN-DA!), no el Sr. Jacinto Berto-lloti, sino el elocuente Dtr. BERTOLLOTTI, Cayetano. Sí (en cambio) ha puesto su hermano Sr. Jacinto. Ha puesto 1 (un) re-clame, pero no el Lcdo. Cayetano ¡con TANTOS CLIENTES que tiene!, El Sr. JACINTO

BERTTOLOTI no es ni Drt.. ni Ldo. (como nos ha informado él mismo) sinó que es ¡UN TRABAJADOR A-RGE-NTI-NO! Pero cuando el Licdo. CAYETANO retorne de su Super - extraordinaria gran gira, el dR. Cayetano Berttoloti Sí que seguro pone Un (1) inmenso reclame profesional. El DR. Berttolloti, que se va para la isla increíble de TAHITÍ: Esta susodicha Isla De Fantasía de Tahithy queda bastante lejos, más que la inmaculada ISLA MACIEL, más lejos que la isla impertérrita Martín Garsía, y más todavía que las añosas ¡ISLAS MALVINAS!, que fueron, són y serán SIEMPRE ¡AR-GEN-TIN-A-S! y ¡SIEMPRE SERAN reiterada-mente NUE-STR-AS!, aunque no las tenga-mos nosotros, ni las poda-mos usar; sí, en cambio, las tienen ¡ELLOS!, los terribles piratas de la malvada ALVION. Pero que no se crean que son de ellos, ¡Son De Nosotros! La isla de Tahyhty (en cambio) NO ES ARGENTINA, es Extranjera. ALLI parece que siempre hace mucho calor, en TAITI, (no en Las Malvinas Argentinas que siempre cae la helada y hay escarcha en las sanjas). Hay otras islas más, como la oval isla de PASCUA, la tétrica isla de CEILAN, las es-téticas islas Salomón, la exquisita isla FLOTANTE, etc. En THAYTHI decíamos, ¡SIEMPRE hacen muchos y Grandes Calores, así que las acalo-radas DAMAS de TAIHTI andan (tanto en invierno, que hace calor) (no como acá que hase frío) como asimismo para el verano -que hace más calor todabía) Andan, las damas, decíamos, muy airea-das y con los... ¡SENOS AL AIRE! Son Costumbres DE PUEBLOS MUY EXÓTICOS. Aca (en cambio) no tenemos esos Usos y Costumbres, no somos tán descaradamente exotéricos, somos bas-tante NORMALES (aunque un poco de exoterismo de vez en cuando no nos vendría del todo mal). El tal evento (la partida del DtR.) ocurrirá, en la parte supe-rior (obviamente) del longilíneo paquebote de bandera boliviana “SA GERBE N'ÉTAIT PAS AVARE NI HAINEUSE”[25], más conocido por el apodo de “Conte Rosso II”, y que es Todo Un Logro del Progreso Moderno más Actualizado. Dicen que hasta TIENEN DUCHA, CALEFON Y BAÑADERA arriba de la nave-manción de superlujo, vida regalada y contfor a lo Payá Asiático, de la Hacia Mayor y de la Hacia Menor (porque son dos (2) las Hacias). El rutilante trasatlántico, super-mo-derno y con todas las comodidades= ventilador, hela-dera, cocina, (estufa no porque en los trópicos hace calor y no la precisan), es un arrebolado barco muy velóz y IN-IMAGINABLE de lo rápido que es, no como el deno-minado VAPOR DE LA CARRERA, que es muy lento (a pesar de llamarse “De La Carrera”, así habrá sido, pero ANTES, no AHORA : rápido= antes (parecía) ahora= LENTO) El Drt. Cayetano se irá este miércoles que viene, en el siclópeo bergantín (no ayer sino el que viene, el de la otra semana=El miercoles de la Semana Próxcima) La sarpada del gigantesco crucero por su gran periplo será a eso de la nochecita, desde el dique 4 del Puerto de BS. AS. y Ustedes (UDS.) pueden llegarse hasta ahí para saludar DESDE ABAJO de la nave inmaculada, sin lamenta-blemente poder subirse arriba. Así lo a informado a este “DIARIO-PE-RIODICO LA VOZ DEL BARRIO” el Sr. Bertolloti, Jacinto, a éste diario que, ya les hemos expli-cado A TODOS UDS (y muchas redun-dantesmente veces), que los denominados ligeramente “diarios” son los que se ven-den ¡TODOS LOS DIAS!, como ser: el “CLARIN” y la ponde-rada “CRONICA”, etc., y que los periódicos salen períodicamente (cuándo se puede, no como ellos que pueden todos los dias), o sea que “periodico” no es iguál a “diário”, pero es bastante parecído. Por ello LAS FUERSAS DE LA COSTUMBRE hacen que UDS. nos re-conoz-can (uds) como un (1) diario, muy semejante (o similar) (o parecido) al “CLARIN” y la “CRONICA”, etc. etc. “LA RAZON” etc. GRAN PROMOSION DE AVISOS: PASAR POR LA REDACCION .Nave boliviana: Les recomienda éste (el periodíco) Diario “LA VOZ DEL

BARRIO" a todos UDS. para que es-tean lo más temprano que les sea posible a LOS FINES de hallar un buen sitio para poder observar la sarpada de la faraónica nave.
Fdo: Sr. Alcides Durañona, Periodista, redactor EN JEFE de: Sociales, Gastronómicas y Metereolójicas. Aparte: Corrector, Publicista, Promo-tor, Impresor, Armador, Repartidor y Cobrador del Períodico "La Voz del Barrio" (Diario) de Mataderos.

Dopo de leerme todo agarré y escabullí el periódico en el gallinero pa' que no lo vichara la Marisel, y más que nada pa' que no cayera en manos de los pendejos, por el tenor de la nota. Hasta pensé en suspender la suscripción por la crudeza pornográfica del artículo.

Pero lo que más me interesaba era el viaje del Cayetano. Yo quería sorprenderlo con una despedida posta pa' expresarle mis gracias por todo lo que había hecho él por mí, así que empecé a conjeturar como iba a hacer pa' organizarme. Empecé por caerme más seguido por el rioba a medida que se acercaba el día señalado.

El miércoles del evento me fui pa' Mataderos y junté en "El Trébol" -ahora con el cuadro de Franco- a todos los gomías de la barra, menos el flaco Sarampión que seguía encanastado; el Chueco me batió a la sordina: "El sabe que tiene pa' un largo rato, la sentencia en fija lo va a hacer sonar, así entre cabrero, sumiso y amargo la luz de la aurora lo va a saludar". También junté a la Marisel con la cría, La Vieja y la Peggy con los siameses. Garpé una vuelta de ginebra, pedí chocolatada pa' mis pibes y mis sobrinitos, y de arriba del estaño les batí que era un día muy especial pa' mí, y que me gustaría que me acompañaran hasta el puerto a despedir a un tipazo macanudo que había cambiado el norte, el sur, el este y el oeste de mi vida. La tején me junaba sin decirme nada, pero todo el mundo se apioló que me estaba refiriendo al terapeuta que me había dado el alta. El petiso rompió el silencio reci-tando: "Yo quiero hacer un verso que deschave bien debute mi modo de mamar...", y cayó redondo de la tranca que llevaba encima. De mientras La Santa lo abanicaba con el potus limón que traía en la cartera, el chueco Repisa se subió a una silla y pregonó a la concurrencia que ése mismo día había tenido la primer entrevista con el psicólogo, un ñato que tallaba por Villa Freud, psicoanalista de lo mejor, y aparte cuervo fanático como él. Todos lo aplaudimos, lo felicitamos y le deseamos suerte; el cabezón y el dientudo, pa' no ser menos, se mandaron que esta-ban buscando dequerusa analizarse ellos también, y que ya habían pedido presupuesto. También los aplaudimos. La Tere, de mientras les daba un choripán con dos zochoris a los siameses, quiso reflexionar machacando sobre el triste destino de esas pobres criaturas amuchadas por el pito: "¡Cómo joraca van a hacer pa' ponerse de acuerdo cuando empiecen a levantarse minas, Batista!". Un yoyega de "El Trébol" la consoló batiendo que podía ser lunes, miércoles y viernes pa' uno, y martes, jueves y sábado pa' que elija el otro. Y que el domingo tiren la monedita. La Vieja, cansada de abanicarlo de balde al Carloncho, guardó el potus limón y pidió la palabra pa' preguntar a qué hora había que estar en el puerto y proponer que también vayan la angelóloga tarotista, Doña Pamela, la pastora Deborah, la Ida Bauer, la Berta Pappenheim, las madres de todos los pre-sentes, de toda la cuadra, del todo el florido y lírico arrabal y de todos los hombres del globo terráqueo de buena voluntad. "Ya que no hay como las madres pa' las buenas despedidas, vea", ba-tió La Santa con clase. El petiso se despabiló justito pa' largar entre lagrimones: "¡Pobre mi madre querida, cuántos

disgustos me daba!", y siguió torrando la mona. Pero su gesto nos hizo reflexionar a todos los que eramos hijos, a los que lo son, a los que lo fueron antes, y a los que siempre tienen de hijos pa' toda la vida el corazón.

EL VIAJE

El Gargajo se fue de una corrida hasta lo del turco de la reventa, que tenía un Bedford todo destartalado y atado con alambre, pa' ver si nos hacía la gauchada de arrimarnos hasta el puerto. Al ratito se vinieron con el mionca, que tenía escrito en el paragolpes de atrás "No tengo apuro" y "Santa y Mártir Milonguita" en el de adelante. Los de la barra, apenas se acomodaron, pelaron cueros y repollos y se pusieron a escolasear pa' amasijar el potiem. Trascartón se nos agregaron el tano de la carnicería y don Victorio, que a toda costa querían probar de separar a los siameses, o bien con la navaja de afeitar o bien con la cuchilla de cortar milanesas, sorteando quién se quedaba con el pito. "Sono de queste paese e creoyo hasta lo caracuse, e má porteño que tuti lo buzone junto, vamo a afilare bene la ferramenta speciale e a cortare per lo sano nel pirulino pa' finiquitare questa complicazione", batía el tano chairando tranquilamente la filosa, de mientras don Victorio, que también estaba en la pomada, hacía alardes del filo de la navaja picando un ladrillo sapo como pa' hacer un pesto. Pero la Peggy se opuso rotundamente a los intentos. De prepo se colaron los galaicos, que por primera vez en cuarenta y dos pirulos se pusieron de acuerdo pa' cerrar "El Trébol" a las seis y media de la tarde. No sin antes cargar cuarenta y tres damajuanas de borgoña franchute, cuarenta y tres de rosé portugués, quince barriles de birra bien frescolari, cinco cajones de ginebra bien frapé y no sé cuántas botellas de caña Ombú y Grappa Chissotti, aparte licor de quinotos al huevo, chinchibirria y naranjada pa' las namis y la pendejada, cuatro barras de hielo y una picadita de mortadela y queso quartirolo en una taper.

Apenas arrancamos y pasamos por el mercadito se colgaron Doña Rosaura y la Nacha Regules pa' que las alcancemos al trocén, adonde se consiguen retazos de pana y cortes de morley a buen precio, queso Camembert y buena lingerie, aparte todo más barato. Sin que nos diéramos cuenta se nos trepó de un salto el Hombre de la Esquina Rosada, sorprendiendo a todos con su nuevo look de gay asumido: piojera brusheada, enterito de jean con apliques de sarga cuadrillé y ribetes colorados con un bordado de letras góticas adonde te jedi que decía "Stop Making Sense", borcegos charolados con taco pera, aros debute, pulsera de mostacillas y el manoseado osito de peluche color té con leche apretado en el sobaco. Ni lerdo ni perezozo se le arrimó al chueco -que justo había perdido cinco lucardas jugando al bacará- y revoliando las pestañas postizas recién estrenadas le zampó: "¡Isa, malheureux au jeu, heureux en amour![26] " Y como ya estábamos muy apretados el ciego del zaguán se subió al techo de la cabina y el Jeta Cortada a caballito del guardabarro, de lo más canchero y morfándose un sanguchito de tortilla con anchoas.

Pasamos por el bajo Flores a los santos pedos entonando las alegres melodías: "Tómese otra copa, otra copa de vino..." y "...Bien plantados sobre las patas un miércoles a lo varón nos acostamos con las ratas..."[27] Unos ranas gorutas de ése rioba de buscas, gancheros y yuyetas acaudillados por tres inescrupulosos que llamaban El Chino, el

Pampa Arnedo y Pipo Cipolatti, se prendieron del paragolpes pa' ver si ligaban algo, y a la final se vinieron de colados. El Hombre de la Esquina Rosada apenas los olfatió se les fue encima como abeja a la miel. Aparte, en el colmo del desparpajo y al compás de "Only you" que tocaba el ciego, se sacó el enterito y lo revolió pa' la yeca. Pero abajo no estaba en bolas, tenía una calza rosa superajustada y una remerita al estilo Samantha, con el ombliguito al aire. El Gargajo lo tuvo que frenar advirtiéndole que si seguía provocando así lo iba a bajar de un tortazo. El valerio, ya francamente del otro lado y de lo más zarpado, lo enfrentó y tiró la mano a la cintura como pa' sacar un filo, y el Gargajo, al toque, peló su tremenda daga violinera, pa' acanalarlo. Todos reculamos por las dudas. Pero en vez de cuchillo el trapo sacó de debajo de la calza -bien de abajo- una de esas cosas modernas que llaman de consuelo. Y mientras se la refregaba al Gargajo por la trucha le batió cagándose de risa: "¡Araca, hagamos el amor y no la guerra, compadre!" Las minas gritaban y les tapaban los ojos a los pendejos, el Gargajo ya estaba por surtirlo de un mamporro y el petiso pataleaba porque en el revuelo habían tirado una damajuana, y casi se rompe. A la final haciendo fuerza entre todos, y por más que no quería largar prenda, le pudimos encajar una caramayola en la trompa pa' que se calle, le sacamos esa cosa espantosa y la revoliamos pa' afuera. Justo le fue a dar de punta en el marote a una tarasca veterana -una vieja engrupida de pebeta con pollera bien cortona- que la levantó, la pispió de arriba y de abajo, junó pa' todos lados, se la escabulló disimuladamente en la cartera y salió rajando con una sonrisa de oreja a oreja, mientras unos jeropas desconsolados se nos colgaban del paragolpe pa' pispiar al de la esquina rosada que se paseba de vuelta entre la gilada con pasitos de pasarela. Ajeno al mundanal ruido el ciego desde el techo tocaba melancólicamente el "Danubio azul", el "Vals del emperador" y "El futuro nos pertenece".

En Puán y Directorio se nos cruzó una marcha de estudiantes de Filosofía y Letras que demandaban a gritos, con bombos, platillos y pancartas: "¡Fotocopias sí, libros no!" Unas promotoras -bastantes fuertonas- nos pegaron en el parabrisas unas obleas que decían: "LOS DORADOS SETENTA - ¡la increíble Librería & Drugstore de los más progres!". Dos de barbita y carterita al hombro, después de batir embelesados "Ah! comme c'est beau!, c'est la revolution!", se nos colgaron del mionca a lo mono, con los ojos desorbitados y boqueando como colifatos que querían ser actores partícipes y no meros observadores pasivos de la urgencia social que nosotros encarnábamos como agentes revolucionarios, y que por nada del mundo se pensaban quedar afuera de la patriada nacional y popular de ese día de gloria y loor, y honra sin par, en que íbamos a escribir una página debute de la historia. Aunque después llegaran un poco más tarde a la asamblea del centro de estudiantes de la facu. Pa' no darles disgustos los hicimos subir y los invitamos con un vinito fresco.

En el semáforo de Acoyte y Rivadavia se nos arrimaron dos gestores a ofrecer-nos sus servicios pa' engancharnos en una moratoria trucha. Como nadie entendía ni mú los boleteros de prendieron con la picadita y la ginebra frapé, y al final se acomodaron en un rinconcito.

Cerca de Plaza de Miserere un vendedor ambulante le pidió permiso al turco, que la iba de chauffeur reglamentario, pa' subir a vender equipos pa' practicar esquí acuático -tres por un sope- y de regalo un peine sacapiojo imprescindible en el bolsillo del caba-

llero, la cartera de la dama o la mochila del pibe. No pudo vender nada, pero se entusiasmó escuchando al ciego, que afinaba con "Luz de mi vida", y se quedó.

Por Congreso nos agarró la marcha de los jubilados con la Norma Plá a la zabeca, que empezó a exhortarnos a grito pelado que largáramos las doñajuanas que ella sabía muy bien adonde las teníamos escabullidas. Y que si no las largábamos por las buenas nos iban a hacer llorar como a Cavallo. Al final los viejos nos achacaron de prepo casi todo el novi, lo que dejaron los gestores de la picadita y toda la ginebra frapé. Menos mal que respetaron el licor de quinotos al huevo, porque el médico se lo tenía terminantemente prohibido, por la presión.

Al pasar por Plaza de Mayo había un vagón de otarios cagatintas de la City tirándole miguitas a las palomas. Como los del bajo Flores tenían un ragú de la san puta paramos pa' ver si podían ligar algo, y de paso pa' refrescarnos las patas en la histórica fuente. Los cagatintas miyés empezaron a gritarnos con los maletines y los celulares en alto: "¡Fauna social, sureños amancebados, turba vocinglera, forajidos, guarangos, subversivos, desaliñados, muchachones de barrio, fait maudit, vagos y mal entretenidos, mala junta, libertinos!", y por fin el remanido, consabido, remanyado y esperadísimo "¡Negros de mierda!" Los de barbita de la facultad saltaron como leche hervida retrucando de lo más exaltados: "¡Serán una turbamulta de mersas incultos y roñosos y estar al lado de ellos será un quemo total, pero en cambio son puros y honrados y tienen un corazón de oro!", de mientras los del bajo Flores les enchufaban con clase la tijera de atriqui, pero en vez de mosqueta sacaron machetes pa' los parciales, entradas pa' un recital de "Actitud María Marta" y unas chirolas pa'l bondi. Les metieron todo de vuelta y no los afanaron de pura lástima.

Cuando llegamos al puerto y empezamos a bajar el cabezón Moretones contó cincuenta y seis cabezas, descontando la gilada del paragolpes, los que iban de dorapa a los costados y los del techo. Nos pusimos a buscar el vapor "Conte Rosso II" y lo encontramos estacionado como a las dos cuadras, entre el portaaviones "USS Coral Sea" y el transatlántico "Ciudad de Chivilcoy". Medía como ochocientos metros y era más alto que el obelisco, cargaba la crema de todos los canbas y un toco de cartones, todo era lujo y figuración, y por la sirena que se escuchaba se veía que se estaba por rajar de un momento a otro. Desde debajo de junaba una bacanal completa donde corrían ríos torrentosos de serpentinas, sonaban pitos, matracas, cornetas y maracas a granel; una garúa de papel picado enchastraba a estribor una pista de roble de Eslavonia, paredes de brocato, vidrios viselados y azulejos ingleses, y en la proa había una fuente de mármol Fiore di Pesca repleta de barras de hielo adonde los canbusas estaban poniendo a refrescar la sidra, el champán Pommery, la Pomona y los barriles del clericó. Juan Carlos Copes y la María Nieves, Los Dinzel, Benito Bianquet -el Cacha- y la Carmencita Calderón, Carlos y la Maricarmen Rivarola y un montón de bailarines de primera, con las gambas de fiesta, viruteaban debute y sacaban chispas de lo lindo en un enchastre de lágrimas y ro-sas frente al mar. Los del "Nuevo Quinteto Real" volanteaban en el muelle pa' un recital a beneficio de unos reos injustamente encanados, y aparte repartían globos promocionales con la trucha de los troesmas Salgán, Marconi, Agri, De Lío y Giunta dibujados por el troesma Sabat. La pendejada saltaba de contenta, en tanto la Filiberto le daba que era un gusto a los gloriosos acordes de "9 de julio".

Yo me entré a deses-perar por-que no lo veía por ningún lado al Cayetano. La Santa, la angelóloga, la Berta, la Ida Bauer y Nacha Regules se concentraron pa' recitar un mantra a ver si aparecía el tordo. Los del bajo Flores se prendieron a las damajuanas que les dejaron de lástima los jubilados y el Pampa Arnedo le quería limpiar la chimenea, a toda costa, a la Berta, susurrándole todo baboso: "Ana, ¡Oh!", de mientras la naifa le contestaba: "¡Parecés un pichicho asqueroso tomando agua de un vaso, qué asqueroso!" El ciego, de puro sadismo y pa' divertirse, le arrimaba de cambulina el habano prendido a los globos de la pendejada, y cuando escuchaba el reventón se disculpaba con fingido pesar: "Perdón pequeño, pero es que estoy tan viejo y tan ciego, tan lleno de pena, tan lleno de esplín, y no sé ya si sabés que los ciegos no vemos un carajo y aparte la sociedad nos discrimina a lo loco". El carnicero y don Victorio seguían discutiendo qué tenía más filo, si la navaja de afeitar o la cuchilla de cortar milanesas. Con el cogote inflado y sumamente estrilado el tano le gritó fulo al peluquero: "¡Voglio dire: vafangulo con la tua navaca, se me ne frega, pelandrune!", sobre el pucho don Victorio le retrucó con un corte de manga: "¡Minga, piojo e' peluca, cocoliche e' morondanga!". De mientras los separamos pa' que la sangre no llegue al río -nunca mejor dicho- uno de los yoyegas, en la suya y con un brote de nostalgia porque había visto un carguero de bandera española, se puso a cantar: "¡Cara al sol con la camisa nueba..!"

LA MUERTE DEL ANGEL

De repente, casi sin darme cuenta, viché pa'l lado de popa y lo embroqué justito. Apoyado en una baranda llena de banderines de todos los clubes del mundo, con pantalones cortitos de algodón estampado, una samica de linón floreado desabotonada que le dejaba la buseca al aire, zapatillas Le Coq, panamá y lentes espejados panorámicos, el Cayetano chupaba con una pajita de un coco que tenía en una mano, mientras con la otra le sobaba el pan dulce a una chirusa de vestido largo de strapless en crêpe gris ceniciento sin breteles y con detalle de plumas, un aderezo de brillantes Harry Winston en la piojera, muchos accesorios y fina bijouterie, una copa de Moët-Chandon en la mano y un par de buenos balancines, que jugueteaba haciéndole rulitos en la chiva al tordo y se reía con una risa loca. Atrás una banda de bronces y percusión ejecutaba el chá-chá-chá "Rico Vacilón" y un montón de paicas, papusas y paquetones reventados, liderados por un tal Alfredo Casero, hacían el trencito y relinchaban de placer al grito de "¡El que no salta es un depresivo y un chabón, no es un bon vivant, carece de charme ni tiene, menos que menos, savoir faire!". Con tantos saltos de pirado que el vapor se bamboleaba como una barca ebria.

En una de ésas el Caye junó pa'l muelle -porque se le había piantado la pajita- y me reconoció. Justito cuando al ciego se le dio por interpretar "Desde el alma". Yo, que es-taba como a cincuenta metros abajo, me saqué el lengue de las iniciales, lo revolié pa' saludarlo nomás, y justo me lo lleva el záfiro. No sé si de puro pedo, pero fue derechito pa' lo del Caye, que largando de apuro el panaro lo chapó al vuelo. La dona del pan dulce, medio con bronca, junó pa' abajo, y de refilón nomás me apercibí que era la parapsicóloga Raquel Millerinsky. También me di cuenta que al Cayetano no me lo había mandado ningún Dios, y que yo había sido secreta y alevosamente derivado por la Raquel aquella vez en el Once. O sea que entre ellos había una matufia societaria y

la mina era guiya cantada del tordo. ¡Minga de viaje de estudios, se estaban rajando de joda pa' los países bacanes y coperos de las islas del Sur!

De mientras el capitán ordenaba en dulce aymará levar anclas y soltar amarras, la sinfónica de Mariano Mores tocaba “Adiós pampa mía”; los muchachos lloraban a moco tendido, los pendejos de la Tere, los de la Marisel y mis críos pataleaban por los globos que les había reventado el ciego, mangueando chupetines bolita con gusto a torrontés; los de barbita -totalmente desestructurados y envueltos en una bandera de Gimnasia y Esgrima- gritaban a los cuatro vientos: “Somo tripero, tripero del Mondongo, y si nos garcan vamo a hacé flor de quilombo!”; los del bajo Flores se apilaban a la Ida Bauer -alguno la llegó a manosear y a la nami le agarró un acceso de tos de los más bravos-; el Jeta lambeteaba la ta-per vacía de la picadita; el galaico nostalgioso no se aguantó más y se escabulló de polizón en el carguero español -que estaba bajando 30.000 toneladas de latitas de azafrán trucho- pa’ volverse a su tierra querida, en tanto que el que se quedaba bocinó: “Menos mal, ¡hace cuarenta años que me lo venía aguantando a este fascista de pacotilla!” y el trolo de la esquina rosada se les fue al humo a unos changarines grandotes y sudados chiflando “God Must Be Boggie Man”[28] , compitiendo con un par de travas. El Cayetano apartó un cacho a la Raquel, que no se le quería despegar ni cortar la jauja ni a palos, se secó unos lagrimones con el lengue de mis iniciales, se olió disimuladamente los sobacos y me tiró de recuerdo el coco, que era de plá-tico, olía a ginebra y tenía escrito “Made in Hong Kong” en la parte de abajo. Sacó pecho, metiendo de paso el mondongo un poco pa’ adentro, y esquivando la mirada fusiladora que le mandé se puso a vichar fil-sóficamente pa’l lado de las Azores. Sin pasarme ninguna bola. Yo tiré el coco a la mierda.

Al son de remotos acordeones que hacían rezongar joya los troesmas Mederos, Mosalini, Walter Ríos y Daniel Binelli, y engayolando todos los adioses, el vapor se fue pirando pa’ su soleado destino tropical, entre los “¡Merde!” de los maringotes med-terráneos, los “¡Isa!” de los nenes de la popular, y los “¡Hurra!” de la tilinguería nuevaolera. Unos ranas jodones le gritaban desde el muelle a los jailaifes del vapor, que se entretenían tirando margarina -que es más barata- al techo: “¡Apenas lleguen manden por encomienda una mulata con flor de limones como las que se pintó el taita Gauguin!” El tordo Bertolotti se fue haciendo cada vez más chiquito, arrastrando en la rodada la vergüenza de haber sido y el dolor de ya no ser. Ya muerto, ya de pié, ya inmortal, ya fantasma. La malanfia que pululaba alrededor mío seguía gritando en un desconche total, revoliando botellas, porrones, petacas, las damajuanas vacías que quedaban, los siameses todos enchastrados, la taper, el potus limón y el osito, y entonando a coro pa’ espirajusear la mufa: “¡Pero no ves gilito embanderado que la razón la tiene el de más guita, que no hay ninguna verdad que se resista frente a dos mangos, moneda nacional!”[29]

Yo me abracé a la Marisel, mina fiel de gran co-azón; besé a los purretes arrabaleros, que aprovecharon pa’ presionar grupalmente demandando figuritas, copos de nieve, bombones de licor, globos sin la jeta de Salgán, helados de sambayón y chocolate con almendras, discos de la Rosana Falasca, trompos aerodinámicos, baleros y yo-yoes, sánguches de mortadela y atún, entradas pa’ “Los Ramones”, bolitas lecheras, cinco centavos pa’ echar por la ranura y ver la vida color de rosa, timbos Bubblegumers, una

parrillada completa en “El Triangulito” y el broli “Mis Memorias” de Enrique Cadícamo. Aparte echándome en cara que por acompañarme se estaban perdiendo de ver “Aeon Flux” por la tele y que extrañaban mucho al Ladrillo. Abracé con todo a La Santa y a la Peggy, convertida en madre de siameses por obra de un funesto destino; me besé uno por uno a la barra darique; le di un apretón al ciego, que aprovechó pa’ manguearme la firma -necesitaban juntar dos millones- pa’ que los de la Playboy sacaran por fin la anhelada versión Braile; saludé a todos los colados, y hasta al marinero del “Nordsjärnan” que le hizo aquel favor a la Emma Zunz[30] y que ahora, dedicado a full al puro cafiolaje, venía a buscarla pa’ llevársela a patear las calles de Malmö. Les batí a todos que hacía rato se habían terminado pa' mí todas las farras, pero que igual quería festejar mi pase a la Primera. Y que la mejor manera era rajarme con la grela y la cría pa’ mi Haedo querido, a seguir laburando y haciendo críos pa’ que el barro se ennoblezca. Y d-jar pa’ cualquier otro momento la última curda y el último café.

Dopo me agaché pa’ saludar a los siameses -que se disputaban un superpancho con mayonesa, mostaza, ketchup y aceite verde en una mugre total- y embroqué justito a un pichicho todo roñoso, medio sarnoso y lleno de pulgas y garrapatas hasta las pelotas, que campaneando un cacho e’ sol en la vedera gimoteaba tratando de generar lástima. El pasado me volvía con todos sus desamores y rencores y con los acordes de “La Cumparsita”. Se me crisparon los garfios y aprovechando el careo involuntario lo refundí con la mirada y le batí a la sordina, pa’ no hacerlo pasar calor: “¡Nunca pensé que te vería en un Requiescat In Pace tan cruel como el de hoy!” Pero el salchicha abandónico se ajustó a su rol de víctima. Pa’ mí que me actuaba los lagrimones que le chorreaban hasta hacer un charquito en el sopi, y que carburaba “Y vos estoy seguro que habrás echado buena, ya no le andarás cuerp-ando al hambre y a la pena, ¡tu vida noche y día será un solo festín!”. Una voz furiosa de adentro me batió con saña: “¡Compañero las pelotas, Batista, surtilo con alma y vida, patialo de puntín, revolialo pa’ las grúas, reventalo contra el paredón, tiralo al río, vengate, dale pa’ que tenga!” Pero otra, más moderada y conciliadora, me ablandó: “Aprendé a perdonar, Batista, el soncito estaba confundido y no sabía lo que hacía cuando te largó en banda después que aquella ingrata -después de todo pa’ tu bien- se te piró alevosamente del bulo”. No pude con mi flanco mesiánico, lo agarré de las orejas, le susurré “Si tu vieja, la finada Pepona Wilson, levantara la cabeza desde el fondo del jonca...no te acordás que he estudiado pa’ que no te falte el Dogui, no te acordás que conmigo te pusiste un collar pulenta que a otro rope le amuré, y una correa papusa que era de seda crepé...”, lo agarré y lo puse adentro de una “Cajita Feliz” toda grasienta que encontré por ahí y se lo di a los pibes pa’ que lo llevan a casa, lo rebauticen “Las Vueltas de la Davi”, le den de morfar como corresponde, lo desparasiten, lo bañen, lo vacunen y lo pongan en una cucha digna en el fondo de casa. Con un cartel bien grandote que diga: “Soy como el viajero que huyó, tarde o temprano tuvo de detener su andar”. De escarmiento y pa’ que aprenda.

En eso vimos desembarcar a unos balseros de lo más desorientados, hechos una piltrafa y apenas vestidos con unas bermudas ranfañosas, que le preguntaron ingenuos y felices al Chueco: “¿Dónde carajo hemos llegamos papacito, hace seis meses que navagamos a la bartola y morfamos nada más que albaricoques, aguacates y melocotones, en qué chévere íspa hemos caído, pues?”, y al enterarse que los vientos del desti-

no los habían traído a esta bendita tierra de promisión y esperanza se les pararon los pelos de punta, como quien ve al diablo, y recularon enloquecidos a los santos pedos pa' la balsa. "¡Aunque sea volvamos pa' la isla, chico!" se gritaban desesperados de mientras remaban que daba calambre pa' alejarse cuanto antes de la orilla. Los de barbita de la facultad, apenas junaron y escucharon "isla" se enloquecieron y se tiraron de zabeca al agua, se agarraron del borde de la balsa y no hubo forma de convencerlos que no entraba ni un escarbadientes de dorapa. "¡Aunque sea arrimanos hasta Jamaica, macho, que de ahí nos tomamos cualquier cosa!", le imploraban entre lagrimones al pachanguero desertor que la iba de puntero y taita del Caribe. A la final se los llevaron de pura lástima a cambio de una tira de asado ancha y seis metros y medio de chinchulines trenzados que les revoliamos desde el muelle.

Yo dopo calé por largo rato el coco de plástico, borrándose despacito por el río marrón pa'l lado de la Banda Oriental. Una barcaza carbonera, atada al muelle como una perra, pispiaba de reojo al vapor boliviano -ya un puntito chiquitito buscando desesperadamente las esquinas del mundo-. De sus negros y tristones ojos de buey le chorreaban unos tremendos lagrimones cargados de envidia y rencor. Sabía que ella nunca se iba a poder pirar pa' ninguna tierra lejana.

Y busqué entre el gentío los faroles verdecitos de mi Marisel. Lo único sereno y tranquilo entre tanto chamuyo barullero y tanta mascarada. La embroqué como pa' una catarsis, vea, le saqué la vinchita argentina, le desaté las trenzas -en el pelo tenía olor a jazmines de barrio- y ella solita apoyó mansamente la zabeca en mi pecho. Y de mientras la gilada coreaba desaforada "¡Al Colón, al Colón!" le batí con todo el sentimiento:

"No me importa tu pasado ni soy quien para juzgarte, porque anduve a los sopapos con la vida yo también. Además hay un motivo para quererte y cuidarte: se adivina con mirarte que no te han querido bien" [31]

Sobre la grisada bóveda del Río de la Plata una fría y tristona garúa empezó a descolgarse de la tardecita, de mientras un cachito del penúltimo sol compadreaba tirando a las apuradas un puñado de rayitos de luz pa' adornar el paso del "Conte Rosso II" con un flor de arco iris. O pa' joder nomás. De repente me pareció e-brocar el inolvidable y lustroso Graham Paige[32] rajando cuesta arriba por la banquina del arco iris, como una cañita voladora y levantando a su paso una nube de polvo plateado por la luna. Al volante iba Antonio Sumage, que sonreía de ganchete pa' la última foto. Y atrás iba El, con su eterna pinta de bacán y de reo, levantando y haciendo flamear un panamá de jipijapa, de donde brotaban chispitas de añil entreveradas con burbujas de champán. Y entonces me regaló su remanyada y perfecta sonrisa peregrina y cantó, mejor que nunca y como pa' mí nomás, un cacho a capella de "Volver", de mientras el bote despampanante llegaba arriba de todo del arco iris y en vez de bajar siguió de largo -apuntando al horizonte de sucesos de un montón de estrellas celosas que desde hacía mucho lo esperaban en el profundo azul del arrabal del cielo- con la llamarada de un millón de fuegos artificiales que al caer se hacían pelusitas de garúa. Y se deshacían en sueños que todos soñaremos algún día. Como una porfiada manada de quimeras.

(A Enrique Cadícamo)

POST -SCRIPTUM

BATISTA BENENGELI: Tiene cinco hijos con la Marisel. Completó un curso de acompañamiento terapéutico y está pensando en seguir la carrera de psicología.

CAYETANO BERTOLOTTI: Actualmente está en Kermanshah (Irán), presentando el informe "Fonction de la parole rante et du langage orre en psychanalyse" en el IV Congreso Internacional de Lengua y Psicoanálisis, trabajo que será publicado en el próximo número de la prestigiosa revista "¡Fornicar!"

LA SANTA : Coordina el grupo de autoayuda y reflexión "Madres sobreprotectoras de tauras, malevos y afines" del programa de salud mental barrial de un conocido nosocomio.

PEGGY: Tiene una superpañalera y es colaboradora voluntaria de un hogar para madres solteras. Se trata con un psicodramatista de línea psicoanalítica bastante piola de Monte Chingolo.

EL PETISO CARLONCHO: Ha publicado sus poemas, canta en un coro y hace terapia grupal. Sigue de concerje y sortijero.

EL CHUECO REPISA: Está en análisis con un lacaniano de Villa Freud fanático de San Lorenzo.

EL DIENTUDO GARGAJO: Hace psicoterapia con una sistémica encantadora de Aries.

EL CABEZÒN MORETONES: Se analiza con un lacañoso paraguayo simpatizante de Cerro porteño.

EL FLACO SARAMPIÓN: Vive -aún- en el pabellón VIP de Bermúdez y Nogoyá. Cambió de abogado y se trata con un terapeuta cognitivo posrracionalista, también privado de su libertad.

DON VICTORIO: La tradicional peluquería "El Triunfo" fue reciclada y transformada en la "Bellecería Víctor - Coiffeur Unisex". Se analiza con un lacaniano inseguro de González Catán.

EL TANO DE LA CARNICERIA: Cambió de rubro y atiende la librería especializada en psicología y psicoanálisis "La Estrellita del Sur". Se trata con un transaccionalista de Huracán.

RAQUEL MILLERINSKY: Tiene una consultoría parapsicológica, un programa de cable y atiende personalmente varios ministerios. Es experta en predicciones electorales. Se está por largar para diputada provincial.

EL HOMBRE DE LA ESQUINA ROSADA: Se radicó en El Impenetrable, Chaco, donde abrió el instituto de jazz-dance, yoga y biodanza “El Oso Mimoso”. Para desestresar a los hacheros. Hace análisis bioenergé-tico con un terapeuta uruguayo fana de Peñarol.

JACINTO BERTOLOTTI: Regentea un sauna de Congreso, un local de decoración de interiores en un shopping de Palermo y una vinería en Villa Insuperable. Se analiza con un freudiano ortodoxo-ortodoxo de Villa Albertina.

JETA CORTADA: Es asesor Ad-Honorem de la Comisión Bicameral de Lucha contra el Crimen Organizado, el lanceo y el mangazo de fasos. Continúa su análisis con un lacanudo insoportable, fana de Defensores de Cambaceres.

EL CIEGO: Es propietario del videoclub y pornoshop -muy bien surtido- del microcentro “La cara de la luna”. Se trata con el maestro parapsicólogo Monje Gaspar.

LA BANDA DEL OREJUDO YÓNATAN: Como andaban un poco desestructurados de-mandaron análisis institucional. Están en eso.

EL TRÉBOL: Acepta todas las tarjetas.



MATABURRO DE PSICOANÁLISIS

POR BATISTA BENENGELI



APARATO PSIQUICO: Bolichón de la sabiola adonde paran el taita del Superyó, el piantado del Ello y el careta del Yo. Se la pasan escabiando, escolaseando y junando a una mina que pasa taconeando y que le baten Pulsión. El yoyega que atiende se llama Instinto.

BISEXUALIDAD: Atenti la barra, no chumben pero es como acá les bato: hay un cacho de uno que tira pa' ir a adornar con moños los frascos de la cocina, tejer mañanitas y pasarle a tu gomía, el reo Saravia, la receta de los alfajorcitos de dulce de leche (que te salen reposta). Y un cacho de las naifas les tira ir a compadrear al feca, rajarse pa' la cancha, jugar al billar, fumar, darle al escolaso y agarrarse flor de mamúas. Pero no chillés ni te h-gás mala sangre, que la mina que adorás no se te va a pirar con tu mejor amiga, ni vos te vas a volver morfeta así porque sí.

CENSURA: Tranca que le ponés a la tapuer pa' que las visitas no junen el quilombo que tenés en la zapie del fondo. Cuando soñás esta tranca se levanta solari.

COMPLEJO: Tenerlo chicuelo y conformarte pensando que el grandor es lo de menos. Tenerlo grande y que no te sirva pa' gran cosa.

COMPLEJO DE CASTRACION: El fato es así: cuando uno es un crío no le entra en la sabiola que a las minas les falte el zopeda entre las gambas. Uno, chichi-pío, se hace el bocho pensando que todavía no les salió, o lo que es todavía peor: se lo cortaron. Como a la guacha de la hermana, que como nunca quiere ir a buscar los sifones seguro que un día el viejo, medio en pedo, agarra la daga y se lo corta de un tajo. La chabona, en cambio, piensa que es una grandísima cagada no poder sacudir la matraca después de mear, ni jugar de dorapa con el chorrito, y termina agarrándole una bronca bárbara a la vieja, porque no le quiso poner un pirulín como el que tiene el boludo del hermano.

COMPLEJO DE EDIPO: El pendejito, de tres, cuatro o cinco pirulos, tiene un loco berretín con la vieja, aunque sea un bacalao y lo cague a palos todos los santos días. La pendejita en cambio se metejonea con el viejo, aunque cada vez que le da un beso se pinche con la barba. Pero la cosa es también un cacho al vesre: el chabón se desvive por

lustrarle los vidriosos al drepa pa’ quedar bien, y la chabona por barrerle bien barrida la co-cina a la vieja pa’ dejarla contenta. Hay que entrar por el aro: la pendejada tiene que rajarse de este balurdo sin cuiquis ni agrandes y haciendo lo que le más le convie-ne. Si te quedás pegado o en orsái perdiste como en la guerra. La vieja tiene que res-petar al viejo y recitarle el verso de Carlos de la Púa: “¡Ese es mi hombre, canallesco, inmundo, / es mi vida, mi morfi, mi pasión, / no lo cambio por todo lo del mundo, / sus biabas me las pide el corazón.” Entonces el pendejito, después de rodar como bolita y ponerse fulero y cachuzo, va a poder apilarse a una nami, calzar fierro y hacer facha en la parada. Con la minita es al vesre: si manya que viejo mira con ganas a la vieja y le bate a la sordina: “ ¡Decí por Dios que me has dao que estoy tan cambiao, no sé más quien soy!” la papusita va a salir derecha, buena nami y milonguera. Pero va a a tener que aguantar hasta que le salgan los limones pa’ tener amigos que le hagan gustos, darse dique en el cabaret y que los machos lleguen hasta la traición por su hermosura.

COMPULSION A LA REPETICION: Matufia rara que hace que el gilerío siempre se des-chave por el mismo güín. Te comés siempre el mismo garrón. Sentarse siempre en la silla desfondada.

CONTENIDO LATENTE: Menjunje fané de fatos entreverados en el cacúmen que podés ir manyando en análisis. Si soñate que te caíste de ojete cuando le llevabas a la vieja la ropa hasta el alambre, lo latente es adornarlo con un cocinero al 56. Si llega a salir y no lo jugaste sos un ganso manifiesto.

CONTRATRANSFERENCIA: Lo que les pasa a los analistas con uno. Si te em-pieza a so-bar el lomo y a batirte que sos el mejor paciente que tiene y que los timbos nuevos, que te salieron un fangote, te quedan reposta, guarda: capaz que ya te echó el ojo con eso de la contratransferencia.

CUMPLIMIENTO DE DESEO: Que la leona milonguera que te querés morfar desde hace rato te diga que sí. Que la vieja te prepare las milanesas con dos vueltas de pan rallado. Que si te entra a escasear el vento acertés la redoblona y te forrés de bataraces. ¡Que Racing salga campeón!

DESPLAZAMIENTO: Es cuando soñás que te volteás a tu hermana. No te ca-briés pero lo que vos querés de verdad es voltearte a tu cuñado. Con esto del desplazamiento uno nunca sabe.

ELECCION OBJETAL NARCISISTA: Es cuando antes de rajarte pa'l bai-longo te la pasás tres horas junándote al espejo, meta y ponga Glostora en el tegobi y maquinando las papusas garabas que te vas levantar con la labia, el jetra entallao, los guantes patito y la cancha que tenés. De mientras te recortás los pelitos de las hornallas y trascartón te entalcás los quinotos.

ELLO: Cusifái de adentro, si le das bola no te cargosea, pero si le das el olivo te esgunfia a más no poder y te deja mormoso. Pero no lo amurés que el colibriyo al final es un gomía.

ENVIDIA DEL PENE: El bramaje en general, menos La Vieja, nos envidean el -bulto. Pero vos no te agrandés que con tornillo no tenés nada pa’ envidiarte.

EROTISMO URETRAL: Es cuando me vengo aguantando desde el Corrientes y Callao hasta Morón pa’ echarme un meo. Cuando al final agarro un ñoba lo hago de goma, y al final sa-lgo feliz y de lo más campante chiflando “¡Soy una fiera!”
EXPERIENCIA DE SATISFACCION: Cuando al crío le dan la teta se hace a la idea que está en una flor de festichola con canilla libre. El vagoneta se prende como garrapata y no la larga ni pa’l provechito. Al final queda bizcocho y más dado vuelta que con un pedo de anís.

FALO: Atenti: no es la guasca, la tripa, la bombilla, el zochori, la manguera, el nabo, la lapicera, el boncha, el nene, la poronga, el choclo, la gallina, el guanaco, el mástil, el pendorcho, mister X, el rofie, el ñoqui, el pirulo, la matraca, el chupetín, la chaucha pelada, el pepino, el muñeco maldito, el japonés tuerto, el aparato, el sable, la pinchi-la, el enano, el látigo, el bulón, el mimoso, el cazo, el sonámbulo, la zanahoria, el fideo, la pistola, la flauta, al caño, la morcilla, el mango, la llave, el gorro frigio, la berenjena, la pija, la piola, el pingo, el machete, el pirulín, el palo, la batata, el pe-dazo, la verga, el chupete, la tercera gamba, la longaniza, la de un solo ojo, el choto o la de mear. Tam-poco son las bolas, las pelotas, los huevos, los quinotos, los textiles, los compañeros, las peladillas, los jardines colgantes, los cocos, los redondos, los gobelinos ni los siame-ses. Agarrás todo esto, le agregás un par de limones, gomas, balancines o globos, un cachito de pan dulce, medio nidito de amor, pavita o parpaiola, lo revolvés bien, lo pasás por la zaranda del inconciente y te queda un falo bien debute y pulenta, pa’ can-cherear por ahí.

FANTASIA: Es lo que yo me hago con la papusa de la esquina, cuando pasa taconeando y moviendo el pan dulce con mucha clase. Si es de día y el panarito me parece un sue-ño eso se llama sueño diurno.

FASE DEL ESPEJO: El pipiolo de seis a dieciocho meses anda escorchando en la pieza todo el santo día y revolviendo el traperío del ropero. De repente se juna por primera vez en el espejo, se campanea de arriba abajo y al final el caferate se agranda: “¡A la gran puta, qué flor de percha, mama mía, y ese varonazo de ahí soy yo, tiemblen las minas carajo!”

FASE FALICA: Sigue a la oral y a la anal, pero acá el rana empieza a pispiarse el pirulo y a toquetearse las peladillas. El boncha se agranda carburando en las papi-tas que se va a poder trinquetear con ese ñoqui. Pero va a tener que aguantar hasta que esté mejor armado y que le salgan los bigotes pa´que le den bola.

FASE ORAL: Es la de los críos que agarran y chupetean todo lo que encuentran por el sopi. Es un mundo bostero: todo pasa y termina en La Boca. Guarda que capaz que se atragantan con un alfiler.

FETICHE: Puede ser un tapado de armiño, las medibachas color cremita o el pa-ñuelito blanco que se dejó la última mina en tu bulín. Pero ojo, no se te dé por encapricharte

con las tumbadoras de la estudiante de musicoterapia de la otra vez, el teodolito de la agrimensora o los dientes postizos de la jovata, porque no queda bien.

FRUSTRACION: Que te toque el culo sucio. Garufa que se te corta. Que te den el dulce y apenas le tirás el tarascón te dejen paganini. Que se te acaben los fasos a las cuatro de la matina y como está todo cerrado tengás que ir hasta la avenida. Calentarte con una flor de potra por la yeca y después de seguirla veinte cuadras y encararla apiolarte de que es una traviesa que te bate: "Con globito te lo dejo a diez mangos, sin globito te lo hago por quince, por ser vos y pierdo plata, macho."

HUIDA EN LA ENFERMEDAD: Dopo de una noche de joda llamar al la-buro y tosiendo adrede batirle al chancho con voz de boludo total que te agarraste las anginas y estás en coma cuatro.

IDEALIZACION: Es cuando campaneo una leona que está recontrabuena, y da-ría lo que no tengo pa' poder trincármela, pero como el maquinón no me da bola, cada vez que la relojeo con ganas y me baboseo todo, se me hace que la mina está cada vez más fuerte. O sea la idealizo. ¡Si soy así, que voy a hacer, pa' mi la vida tiene forma de mu-jer!.

IDENTIFICACION: Empilchar, recortarte el tegobi, voltear el capelún y ha-certe un bati-do como el Pardo Virulana que para en "El Querandí", por las namis que se levanta. Pero lo que corre entre la tején de la peca es que el ñato anda medio fallo al basto úl-timamente. Te lo digo pa' que sepás y no te identifiqués al pedo.

INTELECTUALIZACION: Es cuando me mando una garcada, y como no sé como arreglar-la empiezo a guitarrear a lo marmota.

LIBIDO: Especie de corriente que te camina por adentro y que te sirve pa' que te en-tren bien los cambios en la catrera. Si andás flojo de aros no hay nada que hacerle: te quedaste sin libido, macho.

NARCISISMO: Metejón con uno mismo y aguantadero del yo, que se sube al tren de creerse más de lo que es. No soportar que nadie te fiche en la kermés ni bancarse que la gilada no se dé cuenta que estás echando fama de compadre gigoló.

NECESIDAD DE CASTIGO: Es lo que les pasa a los otarios que cualquier piojo resucitado engatuza facilongo. Pisan el palito y terminan en cana, parece que lo hacen adrede.

NEUROSIS OBSESIVA: Tener el bulo todo limpio y ordenadito, retar a la tarasca por-que apreta el dentífrico por el medio. Comprarte un funyi Maxera finan-ciado en lo del tur-co y quedarle debiendo la última cuota.

NOVELA FAMILIAR: Algunos berretines que tiene el purrete a la edad del pavo, cuando anda enculado con los viejos. Pa' darle el espiante a la yeta se en-grupe y se da máqui-na de que es un guacho abandonado de un orfanatorio ran-fañoso por unos cope-

tu-dos bienudos, sus viejos de posta, y dopo levantado por estos poligriyos ca-breros y amarretes.

OBJETO TRANSICIONAL: Boludeces que casan los pipiolos pa' torrar tran-qui-los. Vos por ejemplo si no te daban el porroncito de ginebra no dejabas apoliyar a las diez cuadras a la redonda. Preguntale a La Vieja que se acuerda.

PERVERSION: Degeneramiento que se da en algunos bulines fifí entre co-pas de "Concha & Toro" demi-sec, serpentinas, chizitos, maracas y cocó. Unos la empiezan mirando con ganas y al final se morfan la cola 'e laucha, a otros les tira la carne de chancho, y algunos son vuelta y vuelta como el bife. Vos seguí mi consejo y abrite a tiempo. No le des más disgustos a la vieja.

PRINCIPIO DE PLACER: Fiesta loca. Tirar la chancleta. Lo que te gusta ha-cer sin joder a nadie. Vidurria de garsonier. Total mañana es domingo y podés apoliyar.

PRINCIPIO DE REALIDAD: El lunes.

PROYECCION: Chiva espontánea que le agarraste al pastenaca chupitegui que afila con tu hermana. La Vieja te lo dijo: "No le agarrés idea ni le hagás la cruz al Rulo, que es un buen mu-chacho de su trabajo". "¡Qué va ser ese pollerudo arras-trado!"

PSICOANALISIS: Asunto que con el troesma Freud, que se las sabía todas, pasó al frente y se salvó pa' toda la cosecha. Son tres cosas a la vez:
Primo: Una manera de estudiar el bocho a fondo por la parte de adentro.
Duquesa: Una forma de curar deschavetados con pastiche fulería y malanfio en la croqueta. Con el yeite del chamuyo libre te solfean a lo dedo de oro lo que tenés emporrado y te revientan las resistencias con el sueco de la interpretación.
Tricota: Un cacho de ideas sobre cómo es que funca la pensadora bien adentro, o sea el inconciente.

REGLA FUNDAMENTAL: Se agarra a un fesa del tomate y con los cables pela-dos, o a un otario que anda penando sin motivo ni razón. Se lo tira a una pulisa petitera llamada diván y ahí que le empiece a dar sin asco a la sin hueso, sin afa-narse nada. El analista lo relojea de costelete y anota todo en un pelpa, más ligero que Lapicito, el quinelero. ¡Y te hace saltar pa' arriba cuando le entrás a fallar!

RESISTENCIA: Es no querer saber nada con lo que vas junando en tu terapia y no querés ir más porque decís que no es cosa de machos el analizarse. No te mandés la parte, que de guapo todavía no saliste de la gatera. ¿A quién le ganaste, resistidor?

RESTOS DIURNOS: Si te sobró asado del mediodía a la noche te podés hacer una regia picadita.

SEXUALIDAD: Nada que ver con la piculina, la mineta, el sesenta y nueve y todo lo que dice "Memorias de una princesa rusa", que te leías con una sola mano. Es todo lo que vos hacés: lastrar, pitar un pucho, darle al es-colaso, flore-arte en la kermés, chairar la

daga, escabiar el domingo, jugar al monte y hacer pati-tos en el lago de Palermo, a lo pancracio.

SUPERYO: Yuta de adentro. Las va de estrecho y cajetilla. Se pone fulo cuando metés la gamba, te relojea y mandonea a lo tirante. Si te agarra de punto, cagaste.

TRANSFERENCIA: Te lo bato sencillo y reo: El barba de tu analista con manito de morfeta se va pare-ciendo de a poco a la santa de La Vieja. Pero guarda, no vayás a mear fuera del tarro y le pidás que te lave la pilcha o te barra la zapie.

TRAUMA: Aquella vez que llegaste temprano al bulo y te encontraste a la tarasca que adorabas frata-chando con el choripanero de la plaza. Después de amasijarlos y poner en la maleta las trenzas de la mina y el corazón de él le agarraste una bronca bárbara al choripán.

YO: Las va de ñorse parlatuti y del que se las sabe todas, pone la caripela pero es cartón junao, lengua larga y chantapufi puesto. Entre el botón del Superyó, el piantado del Ello y la jodida de la Realidad lo tienen de hijo y lo toman pa'l churrete acá al amigo. Rejunte de came-los que te hacés pa’ conformarte con lo que sos: un lonyi pelandrún. ¡Qué le vasé!.



GUÍA PA' QUE TAMBIÉN MANYEN LOS QUE SE RAJARON DEL RIOBA Y NO SE RECUERDAN DE LA PARLA YENGUE



ABOBINADO A REJA : Avivado (avispado) en la cárcel.
ABOTONARSE : Casarse, juntarse, convivir.
ABRIRSE : Hacerse a un lado, desistir de una empresa ("abrite de la barra")
ACADEMIA (DE) : Excelencia, maestría, gran conocimiento.
ACAMALAR : Proteger, mantener, guardar, cuidar ("que el bacán que te acamala tenga pesos duraderos...")
ACANALAR : Hendir, clavar, tajear, apuñalar.
ACHACAR : Quitar, hurtar, robar.
AFILAR : Cortejar, galantear, noviar.
AGACHADA : Acción ruin, claudicación, cobardía.
AGUA FLORIDA : Agua de Colonia, perfume.
AGUANTADERO : Refugio de delincuentes buscados por la ley, en donde esperan o "aguantan" hasta un mejor momento.
AGUANTAR : Esperar.
AGUANTIÑAR: Aguantar, esperar.
AGUILA : Sin dinero, seco / Merecedor de respeto.
AL BARDO : Sin objetivo ni propósito.
ALTILLO : Cráneo, cabeza.
ALZADO : Sexualmente excitado.
AMOSFÉRICO : Vieja prostituta en decadencia (de "camión atmosférico")
AMURAR : Abandonar, dejar ("percanta que me amuraste...")
ANGELITO : Instrumento del escruchador / Persona ingenua.
ANGURRIA : Codicia.
APAÑAR : Encubrir, tapar, esconder, justificar.
APERCIBIR : percibir, darse cuenta.
APILADO: Encaramado, subido.
APILAR : Flirtear, acosar.
APLASTE : Abandono, aburrimiento, tristeza.
APRONTES : Preparativo, ensayo (de la jerga turfística).
¡ARACA! : Voz de alarma, equivalente a ¡atención!
ARCADAS : Náusea, vómito.
ARRUGAR : Recular, cobardía.
ATORRANTE : Vago, haragán / Canyengue, reo. Atorrante fue uno de los primeros términos lunfardos en emigrar hacia el diccionario académico, como derivado de torrar: dormir.

BABIECA : Tonto, ingenuo, bobo.

BACAN : persona adinerada, elegante, de buena pasar / Quien mantiene a una querida.
BACANAL : Gran fiesta.
BAGAYO : Mujer (en sentido despectivo) / Paquete, atado, bulto.
BALANCINES : Tetas.
BALDOSA : Cabeza.
BALURDO : Lío, embrollo.
BANANA : Hábil, pícaro / Cosa u objeto bien hecho.
BANCAR : Tiene múltiples acepciones : pagar, asistir, dar, ayudar, soportar.
BANDERA (s y v): Instrumento del escruchador / (HACER): Llamar la atención.
BANDOLEÓN : Bandoneón.
BARANDA : Olor.
BARDO : Poeta
BASUREAR : Humillar, descalificar, despreciar.
BATACAZO : Golpe de suerte o éxito.
BATARACES : Dinero, billetes.
BATATA : Trompo, también llamado pepino.
BATIR (v) : Decir, contar, hablar / Delatar, alcahuetear / Declarar.
BATISTELA / BATIDOR / BATISTÍN / BATILANA / BATITÚ / BATILIO (s) : Quien revela secretos, delator, soplón, alcahuete.
BATUQUERO : Llamativo, aspaventoso.
BEGUÉN : Capricho, metedura, enamoramiento (“llegando las noches recién te levantas y sales ufano a buscar un beguén...”)
BERRETÍN : Capricho, antojo, ilusión (“vení, volá, sentí, el loco berretín que tengo para vos...”)
BERRETINERO: Quien hace el cuento del tío ofreciendo objetos berretas con la excusa de que son de calidad.
BESO NEGRO: Succionar el orificio anal del partenaire sexual.
BIABISTA: Ladrón que golpea a la víctima con fines de asalto.
BIANDAZO / BIANDÚN: Golpe que el biabista aplica a la víctima que va a robar / Golpe en general.
BICHICOMA : Linyera, croto, ciruja.
BICHOCO : Achacoso, viejo, estropeado / Caballo que ha perdido la destreza para correr.
BIORCI : Letrina, retrete, excusado, baño.
BIRRA: Cerveza.
BIYUYA : Dinero.
BIZCOCHO : Bizco.
BOBINA : Vivo, astuto, hábil.
BOBO (s) : Corazón, en el sentido de órgano / Reloj.
BOCHA (UNA) : Un montón, gran cantidad.
BODRIO : Lío, desarreglo, situación desfavorable o inentendible.
BOLA (DAR) : Antiguamente, en los cafés con billares, dar las bolas (de billar) significaba que quien las recibía merecía confianza en su capacidad de pago. No dar bolas, por el contrario, significaba no permitirle jugar. No dar bola a algo o alguien equivale a ignorarlo. El término bola se traladó a pelota, pero el significado es el mismo.
BOLA DE FRAILE : Factura de panadería (berlinesa), simpáticamente también desplazada en “suspiro de monja”

BOLAZO : Mentira o engaño demasiado evidente.
BOLUDEAR : Perder el tiempo, hacer tonterías.
BOLUDO / BOLÚ / BOLUDAZO: Tonto o ingenuo, pero sin malas intenciones.
BOMBO (s y adj) : Culo / (ESTAR CON EL): Embarazo; (HACER): Promocionarse a sí mismo.
BONDI : Colectivo, ómnibus, transporte público de pasajeros.
BOSTERO : Simpatizante (hincha) de Boca Juniors.
BOTE : Automóvil llamativo, de grandes dimensiones.
BOTÓN / BOTONAZO : Agente de policía / Alcahuete, soplón.
BÓVEDA : Cabeza, mente.
BRAMAJE (s) : Mujeres, mujerería.
BRAME (s) : Mujer (en sentido despectivo).
BRANCATO : Marca de fijador para el cabello.
BRECA : Enojado, irascible.
BRÍGIDO (s y adj) : Intolerante / Afectado, presumido, pisaverde.
BRILLO O BRIYO (s) : Azúcar (lenguaje carcelario) / Anillo, joya, brillante ("¿dónde están aquellos briyos y de vento aquel pacoy...?")
BRODO : Lío / Fraude.
BUCHÓN (s): Alcahuete, soplón, batidor, ortiba, delator, botón.
BUDÍN : Mujer joven y bien proporcionada.
BUFARRÓN / BUFARRETA : Homosexual.
BUFOSO : Arma de fuego, revólver.
BULÍN : Vivienda, pieza, habitación, departamento de soltero.
BULO : Bulín.
BURACO : Agujero.
BURRA : Caja de seguridad.
BURRERO : Aficionado a las carreras de caballos.
BUSARDA : Panza, abdomen.
BUSECA : Busarda, panza / Comida de fonda.
BUYÓN : Comida, sopa / Estómago.
BUZÓN : Boca.

CABALETE : Yuca de arriba (bolsillo externo de la parte superior izquierda del saco masculino).
CABRERO (adj) : Enojado.
CABURÉ : Don Juan.
CACHADO : Golpeado, descascarado, saltado, que le faltan cachos.
CACHAR (v) : Tomar el pelo / Robar, sacar, tomar.
CACHAR LA CANASTA : En las carreras de caballos tomar la delantera.
CACHAS : Nalgas.
CACHI : Cachiporra.
CACHUZO (adj) : Roto (que le faltan cachos), arruinado, deteriorado,
CACÚMEN : Sesos, cerebro.
CAFAÑA : Sujeto de baja ralea.
CAFERATA : Parroquiano.
CAFERATE : Cafiolo.

CAFIOLO : Quien explota sexualmente a una mujer, proxeneta / Hombre esmeradamente elegante.
CAFIYIO (O CAFISHIO) : Rufián, proxeneta, cafiolo.
CAFÚA : Cárcel.
CAGATINTA : Empleado de oficina, escribiente (en sentido despectivo).
CAGAZO : Susto.
CAGUETA : Persona cobarde.
CAJETILLA : Persona "fina", atildada, presumido.
CALAR : Mirar, observar, entender, conocer.
CALAVERA : Que vive la noche, mujeriego, jugador ("¡cómo se pianta la vida del muchacho calavera!")
CALDO : Sangre / Lío.
CALOTEAR : Robar.
CALZADO : Armado / Que porta pene grande.
CALZOLARI : Calzado, armado.
CAMAMBUSES : Zapatos grandes.
CAMBIAR EL PASO : Enojarse, alterarse.
CAMBULINA (DE) (adj) : Con disimulo.
CAMBUSA : Bacán, persona importante, adinerada
CAMINANTES : Calzado en general, zapatos.
CAMISULÍN : Chaleco / Bolsillo del chaleco.
CAMOTE : Metejón, enamoramiento.
CAMPANEAR : Mirar, observar, atender / Hacer guardia mientra otro roba.
CANARIO : Antiguo billete de cien pesos, dinero.
CANASTA : Cárcel.
CANBA : Vesre de bacán.
CANCHA : Experiencia, habilidad, manejo.
CANERO : Con experiencia carcelaria (de "cana").
CANFINFLE / CANFINFLERO: Cafiolo.
CANTOS : Glúteos.
CANYENGUE : Arrabalero, acompasado, reo.
CAPELÚN : Sombrero.
CAPITOLIO : Capitalista de juego.
CARALISA : Cafiyio, proxeneta.
CARAMAYOLA (s) : Mordaza hecha con un pañuelo o trapo que se coloca en la boca de la víctima para evitar que grite.
CARBURAR : Pensar, reflexionar.
CARBURAR EN BAJA : Falta de erección, impotencia.
CARIMA : Vesre de marica.
CARNE DE CHANCHO (GUSTAR DE LA) : Alude al acto de penetrar analmente a otro varón.
CARONERO : Arma blanca, facón.
CARPETA : Cancha, viveza, maña.
CARPETEAR : Cancherear / Mirar, observar.
CARTA (LLORAR LA) : Apelar a la compasión ajena para conseguir beneficios.
CARTON : Baraja / Figurón / Persona inepta.
CASAR : Tomar, agarrar / Comprender, entender.

CASCARRIA : Trompo viejo y cachuzo.
CASIMBA : Billetera.
CATRERA : Cama (“es mi único deseo pasarla en la catrera...”)
CATRIELA : Mujer joven.
CATURAR : Capturar, agarrar, tomar
CLASE : Categoría y calidad no referida al status social, tener o carecer de clase indica capacidad de juicio, madurez, temple y pertinencia.
CLIFTON : Marca de cigarrillos.
COBANI : Policía.
COCINA : Estómago.
COCINERO : Cinco / Billete de cinco.
COCÓ : Cocaína (“no se conocía cocó ni morfina, los muchachos de antes no usaban gomina...)
COGOTEAR : Estirar el cuello para mirar.
COLA DE LAUCHA (GUSTAR O COMERSE LA) : Alude al acto de ser penetrado analmente por otro varón.
COLIFATO : Vesre de loco (colo) que por paragoge termina en colifato y colibriyo.
COMEDOR : Dentadura, boca.
CONFITE : Bala, tiro, disparo de arma de fuego.
CONSOLADOR : Adminículo con forma de pene
CONVOY : Conventillo (“que diqueabas, poligriyo, con las minas del convoy...”)
CORA : Prostituta.
CORNETA : Quien divulga secretos, batidor.
CORRALERO : Trompo que gira en un lugar cercado o corral.
CORROMA : Anagrama de marroco: pan.
CORTA : Cortafierro, cortahierro, cortafrío.
CORTARSE : Alejarse, apartarse, irse (“los muchachos se cortaron al verme tan afligido...”)
CORVINA : Borrachera, curda.
COSTALETI : Yuca (bolsillo).
COSTELETE : De costado.
COTORRO : Refugio para citas amorosas, garsonier, leonera, bulín (“campaneá como el cotorro va quedando despoblado...”)
CUCUZA : Cabeza, nuca.
CUERO : Billetera.
CUERVO : Simpatizante (hincha) de San Lorenzo
CUETAZO : Tiro de arma de fuego.
CUIQUI : Temor, miedo.
CULADERA : Rango, juego infantil.
CULATA : Bolsillo posterior del pantalón.
CURSIADERA : Diarrea.
CURTIR : Estar, pertenecer, participar en algo.

CHACAMENTO : Robo.
CHAFE / CHAFEROLO : Policía.
CHAIRAR : afilar un cuchillo con un instrumento llamado “chaira” y que generalmenete utilizan los carniceros.

CHAMUYAR (v) : hablar, decir, contar / Persuadir, convencer.
CHAMUYETA (v) : Chamuyo chanta.
CHANTA / CHANTAPUFI : El vocablo admite múltiples significados: Persona pícara que elude o esquiva sus obligaciones (“se tira a chanta”) / Mentiroso o malintencionado / Que presume de una condición que no posee / Irse, tomárselas.
CHAPAR : Manotear, agarrar.
CHEFÚN : Funyi.
CHINCHE (s) : Sífilis.
CHINCHIBIRRIA : Antigua bebida sin alcohol.
CHIPÉ : Bueno, excelente.
CHIQUÉ : Amanerado, afectado / Falsa apariencia (“¡si todo en la vida es puro chiqué...quemá esas cartas..!”)
CHIRUSA : Mujer joven en sentido despectivo (“te aconseja la chirusa que tenés en el bulín...”).
CHOCOLATA : Sangre.
CHONGO: Homosexual.
CHORIZO : Chorro, ladrón.
CHUCHI : Muchacha hermosa / Sujeto amanerado.
CHUCHOS : Caballos de carrera.
CHUMBO : Arma de fuego, revólver.
CHUPITEGUI : Borracho.
CHURRASCA : Mujer de buena figura.
CHURRE : Mierda.

DAGA : Cuchillo.
DAR VUELTA : Gustar, entusiasmar, alterar, excitar.
DARIQUE : Vesre de querida.
DE SOTANA : De sota, disimuladamente, por izquierda.
DE CULATA : De atrás.
DE LA BANANA : Optimo, excelente.
DEBUTE (O DE BUTE) (adj) : Excelente, óptimo, de lo mejor, al perecer deriva del sustantivo “debut” o estreno de una obra, momento en que se expone la mayor gala, voluntad y energía.
DENGUE : Dedo.
DEPRE : Depresión. / Depresivo.
DEQUERUSA : Voz de alarma, con cuidado, ojo.
DESCHAVAR : Poner al descubierto, descubrir, desbaratar las intenciones.
DESCUAJERINGADO : Desarreglado, roto, deshecho.
DESIDERIO : Decidido
DIAMANTES (s) : Brillo en la dentadura, asociado a un estado general de bienestar, satisfacción o éxito.
DIENTUDO : Piano.
DIQUE : Ostentación, mandarse la parte, simular importancia.
DISCIPLINA : Ejercicio sexual de índole sadomasoquista.
DISCOS : Pulmones.
DOCE (LA) : Hinchada de fútbol, barrabrava.
DOLOROSA (s) : Factura, adición, cuenta.

DONA : Mujer (en sentido despectivo)
DOÑAJUANA : Damajuana.
DOPO : Después.
DOQUE : Dock Sud.
DORIQUE : Vesre de querido.
EFE : Vesre de fe. ("mucha efe me tengo pa' tallador...")
EL DE LA ZURDA : Corazón, en el sentido de sede de las emociones.
EMBAGAYAR : Guardar, atar, hacer paquetes.
EMBROCANTES (s) : Binoculares, largavistas.
EMBROCAR (v) : Mirar fijamente, observar.
EMPOMAR : Meter, introducir.
EMPORRAR : Meter, introducir.
ENCANASTADO : En la cárcel.
ENCARAJINAR : Complicar una situación.
ENFAROLADO : Engalanado, bien vestido, elegante.
ENGAÑAPICHANGA : Engaño.
ENGULAR : Morder / Tragar.
ENSOBRAR : Guardar, esconder.
ENTREGAR EL ROSQUETE : Morir.
ESBORNIA : Borrachera.
ESCABIAR : Tomar, beber, emborracharse.
ESCARAPELA : Instrumento del punga.
ESCAYIATO O SCASHIATO: Roto, en mal estado.
ESCOLASEAR : Jugar, apostar.
ESCORCHAR : Molestar.
ESCRACHAR (v) : Pegar, romper / Conocer (de la jerga policial: fotografiar)
ESCRACHO : Feo, ruín.
ESCRUCHE : Hurto en una casa.
ESGUNFIADO : Fastidiado, hastiado.
ESPAMENTO : Deformación de aspaviento, alharaca.
ESPARO : Ayudante del punguista.
ESPIANTADOR : Ladrón arrebatador.
ESPIANTAR : Despedir, sacar.
ESPICHAR : Morir.
ESPICHE (s) : Argumento, discurso, parla.
ESPICHE : Discurso, guión, (de "speach")
ESPINEL (TIRAR EL) : Salir en búsqueda de probables amores (levantes) o negocios.
ESPIRACUSAR : Huir, escapar.
ESPIRAJUSAR : Espiracusar.
ESPIRAR : Morir.
ESQUIFUSO : Cachuzo, miserable, asqueroso.
ESQUIYO : Enojo, bronca, exaltación.
ESTARO : Período de reclusión en la cárcel.
ESTILO : Asociado al concepto "clase", estilo designa una forma de conducta apropiada y consecuente.
ESTRILADO : Enojado, rabioso.
ESTRUNSO : Bobo, tonto.

ESTUFO : Aburrimiento, cansancio.
EXCUSADO (s) : Letrina, retrete.

FAIFA : Aféresis de sofaifa, mujer.
FALLO AL BASTO (adj) : Impotente.
FALLO AL ORO (adj) : Sin dinero, seco.
FALTAR PIQUE (v) : Carecer de atractivo.
FANA : Fanático.
FANÉ : En la ruina, en estado lamentable (“sola, fané, descangayada...”)
FANEGA : Otario, tonto.
FANGOTE (s y adj) : Paquete, bulto / Precio alto.
FARABUTE : Fanfarrón, mandaparte / Pícaro, caradura.
FARDO : Paquete, bagayo, balurdo.
FARIÑERA : Cuchillo de grandes dimensiones.
FAROLEAR : Alardear de la presencia.
FASO : Cigarrillo.
FERRAMENTA : Armas de fuego, armas en general.
FESA : Tonto, ingenuo, bobo.
FIAMBRE : Muerto.
FIAMBRERA (s) : Recipiente rural para guardar o secar fiambres al aire libre / Morgue.
FIERRITO : Manía / Capricho.
FIERRO : Arma de fuego / Pene.
FIFÍ : Pituco, afectado, atildado, afeminado.
FILETEAR : Pungar.
FILO (s) : Arma blanca / Ayudante que retiene lo que sustrae el lanza.
FILO MIYIO : Engaño de poca monta.
FIOCA : Cafiolo.
FIOLO : Cafiolo.
FLOR (FLOR DE...) : Estado de excelencia o insuperabilidad (“flor de mina”, “flor de curda”, “flor de otario”).
FONTANARES: Marca de cigarrillos.
FORRADO : Con dinero.
FOSFORERA : Cabeza, inteligencia.
FRAGATA : Antiguo billete de mil pesos, por el grabado de una de sus caras, que reproducía la fragata Sarmiento.
FRANCESA (HACER LA, O A LA): Sexo oral practicado por la mujer, utilizado generalmente cuando lo realiza una prostituta.
FROILÄN : Tonto.
FRULA : Droga, cocaína.
FUEYES : Bandoneón / Pulmones.
FULERÍA : Traición.
FULERO : Malo, miserable, traicionero (“y una noche de invierno fulera hasta el cielo de un vuelo se fue...”)
FULO : Malhumorado, rabioso.
FUNCAR : Funcionar.
FUNYI : Sombrero.
FURCAR : Asaltar tomando a la víctima del cuello por atrás.

GAGÁ : Reblandecido.
GALLEGA : Botella de anís de forma cuadrada.
GALLINA (s y adj) : Simpatizante (hincha) de River Plate / Cobarde, miedoso.
GALOCHAS : Antigua funda de goma para proteger el calzado del agua.
GAMBA (HACER) : Acompañar, estar incondicionalmente.
GANCHETE (DE): De reojo.
GANCHOS : Dedos.
GARABA : Muchacha hermosa (“cuanta papusa garaba en tus solapas lloró...”)
GARCA (s) : Sujeto traicionero, estafador.
GARCADA : Equivocación, error / Deposición.
GARCAR (v) : Vesre de cagar: engañar, corromper, estafar
GARFIOS : Dedos.
GARGAJO : Esputo.
GARRÓN : Consecuencia funesta.
GARRONEAR : Pedir, demandar.
GARRONERO : Pedigüeño.
GARSONIER : Cotorro.
GARUFA : Salida, jarana, parranda, joda.
GATO : Prostituta “fina”.
GAVIÓN : Don Juan, galán, amante.
GAY : Homosexual.
GAYOLA : Cárcel, calabozo.
GIGOLÓ : Amante que es mantenido por la mujer (“solapas que con su brillo parece que encandilaban y que donde iban sentaban mi fama de gigoló...”)
GIL : Ingenuo, tonto, bobo (“¡y además corrés el riesgo de que te bauticen gil!”)
GILASTRO : Gil
GILASTRÚN : Gil.
GILIBERTO : Gil.
GLOBITO (O GLOBO) : Club Huracán, por el logotipo / Preservativo, forro.
GOMANES : Mangos, dinero.
GORUTA : Vesre de tarugo: ignorante, bruto, torpe.
GRAFIÑAR : Rapiñar, robar.
GRATA : Delincuente, chorro.
GRATAROLA : Gratis.
GRELA : Mujer agraciada / Mujer en general / Mugre, suciedad (“cuando la suerte que es grela...”)
GRINGO : Italiano, y en general todo extranjero.
GRISETA : Muchacha desaliñada o de baja condición (despectivo) (“han caído tus acciones en la rueda de grisetas...”)
GRIYERO : Punguista.
GRIYO (O GRILO) : Bolsillo.
GRUPí: Ayudante del estafador principal en cualquier rubro, cuyo papel es “hacer número” e instigar o entusiasmar a otros (por ejemplo, en las subastas, hacer ofertas para subir los precios).
GRUPO (DE): mentira, engaño, falsedad.
GRUYO : Apócope de mangruyo: dinero.

GUARDABARROS : Orejas.
GUARDADO : Encarcelado, encerrado.
GÜESUDA (LA) : La muerte.
GUIYA : Ocasión ventajosa. / Disfrute sexual gratuito.
GUIYE : Amante que se disfuta gratuitamente / Ventaja conseguida en el amor o los negocios.
GURDA (A LA) : Optimo, grande, súper, excelente ("hace rato que te juno que sos un gil a la gurda...")

HACHE : En código médico hospitalario, generalmente en la guardia, se señalaba "H" como diagnóstico presuntivo, a fin de evitar la crudeza del término "histeria", por si éste era percibido por la paciente o sus acompañantes / Hipódromo ("porque el vento los domingos me patino con los pingos en el Hache Nacional...")
HEMORRANAS : Hemorroides.
HIJO DE : Descalificativo (de la jerga turfística).
HOCICAR : Reconocer un fracaso, ser vencido.
HORNALLAS : Fosas nasales.

INFARTANTE : Deslumbrante, formidable, extraordinario.
IMPARCIALES : Marca de cigarrillos.
IR DE (O IRLAS DE) : Asumir una función o condición que no es propia.
ISA : ¡Cuidado!
ISOLINA : Isa.

JAILAIFE O JAILEFE : Dandy, bacán / Pisaverde, presumido (de "high life")
JARDINERA : Prostituta "fina".
JAULA : Bandoneón.
JERINGOZO : Deformacón de jerigonza, lengua infantil.
JEROPA : Pajero (paja: masturbación)
JETÓN : De cara y/o boca grande o carente de atractivos.
JETRA : Vesre de traje.
JIQUERO : Ladrón que hurta a la distancia con una caña de pescar o similar.
JIRAFA (s) : Linterna / Sujeto alto.
JIRAFEAR (adj) : Mirar por detrás estirando el cuello.
JODA (s) : Broma, jolgorio, diversión
JODER (v) : Molestar, importunar / Divertirse.
JONCA (DE) : Evidente, palmario.
JOPENDE : Vesre de pendejo: chico, niño
JUGADO (ESTAR) : Estar comprometido, identificado, se ha hecho una elección sin vueltas.
JUNAR : Mirar, observar, reconocer.
JUSTA (LA) : La verdad, precisión, sinceridad, justeza.

L.C. : Ladrón Conocido (en jerga policial)
LABERINTOS (s) : Impresión de las huellas digitales en la "pianola" policial.
LABIA : Discurso, facilidad de palabra ("vos que tenés labia contame una historia")
LABURANTE : Obrero, trabajador

LACROZE : Antiguo billete de diez pesos.
LADERO : Acompañante, secuaz, compinche, cómplice.
LAMBER : Lamer / Adular servilmente (lambeculos)
LAMBETEAR : Lamber, lamer.
LANCEAR : Punguear, robar.
LANCERO : Punguista, ladrón. / Quien intenta lances amorosos.
LANZA : Instrumento (pinza de depilar o similar) o directamente los dedos en V para punguear.
LANZAR LOS CHIVOS (v): Vomitar.
LATA : Ficha con la que se canjeaban los servicios de las prostitutas en el prostíbulo.
LEIBA : Baile.
LENGUE : Pañuelo de cuello.
LEONA : Mujer portentosa.
LEONERA : Cotorro, bulín, cuarto de soltero / Prisión, cárcel.
LEONES : Pantalones.
LEVANTADOR : Ladrón de automóviles.
LEVANTE (s y adj) : Mujer desconocida a quien se seduce, conquista amorosa
LIENZOS : Calzoncillos.
LIGADOR : Quien genera cierta atracción por parte del sexo femenino / Obtener beneficios (por ejemplo en juegos de azar).
LIGAR : Obtener un beneficio, determinado o inesperado.
LONYI :Vesre y aumentativo de gil.
LORA : Prostituta (despectivo).
LORO / LORENZO : Mujer sin atractivos o fea.
LUCA / LUCARDA : Antigua billete de mil pesos. Unidad monetaria de mil (una “luca verde”: mil dólares)

MACANA : Posee múltiples sentidos: mentira, equivocación, engaño, despropósito, mala suerte, etc.
MACETA : Maza, martillo.
MACHACAR : Insistir.
MACHIMBRE : Macho.
MACRÓ : Cafiyio.
MADRUGUISTA: Ladrón especializado en hurtos nocturnos.
MALANFIA : Malevaje.
MALANFIO : Problema.
MALARIA : Miseria, necesidad, carencia.
MALVACA : Arma de fuego, pistola.
MAMPORRO : Golpe de puño.
MANCAR (v): Apresar, agarrar / Fallar / Entender.
MANCUSAR : Hablar / Entender.
MANGRUYO : Dinero.
MANYAMIENTO : Acción de manyar: conocer plenamente / Observar, mirar.
MANYAR : Conocer a fondo, comprender profundamente. Según algunos estudiosos el habla popular ha puesto especial énfasis y atención en discriminar y clasificar detalladamente la acción del conocimiento mediante la observación, sea este de un hecho, una persona o una circunstancia determinada. “Pispiar”, por ejemplo, significa sola-

mente mirar de un modo superficial, para ver de qué se trata; “junar” equivale a una observación algo más minuciosa; “embrocar” es el hecho de observar con fijeza y “campanear” mantener la atención flotante; en cambio “relojear” es alcanzar una comprensión más acabada. Finalmente “manyar” designa la comprensión intelectual total y absoluta. En segundo lugar manyar también significa comer.
MARÍA : Caja de caudales, caja fuerte.
MARIMBA : Golpiza, paliza.
MARINGOTE : Marinero (en sentido despectivo).
MARIPOSA : Caña (tradicional marca comercial).
MARROCA : Cadena, pulsera.
MARROCO : Pan (lenguaje carcelario).
MASOCA : Apócope de masoquista.
MATABURRO : Diccionario.
MATE (s) : Cabeza.
MATIROLO (s) : Mate (infusión).
MATRACA : Pene / Arma de fuego.
MATRIMONIO : Chorizo y morcilla al plato.
MAULA : Malvado, malo (“y diga a esos maulas, sotretas sin nombre...”)
MAXERA : Antigua y famosa marca de sombreros presente en las letras y poesía del tango, deformada y simplificada como “MASERA”, ya que la letra equis es extraña y desentona en el habla popular del Río de la Plata.
MAYORAL : Antuguo conductor de los tranvía a caballos.
MAYORENGO : Jefe de policía / Líder, autoridad en general.
MAZO (IRSE AL, O IRSE A BARAJAS) : Retroceder, abandonar, renunciar, recular.
MECHERA (s) : Ladrona que hurta objetos disimulándolos entre su vestimenta (me-char).
MEDIA RAYA (LA) : Los cincuenta años de edad.
MENA : Marca, clase, tipo.
MENEGA / MENEGUINA : Dinero.
MERLO : Tonto.
MERLUZA : Embriaguez, tranca. borrachera.
METEJON : Capricho, enamoramiento (“berretines que tengo con los pingos, metejones de todos los domingos...”)
MIFUSO : Pobre, miserable.
MILANESA : Mentira, engaño, cuento del tío.
MILANESEAR : Mentir, angañar.
MIÑANGUES : Trizas, pedazos, fragmentos.
MINETA : Sexo oral practicado por el hombre.
MISTONGO : Reo, burdo, pobre (“en mi bulín mistongo no hay cintas ni moñitos...”)
MISTONGUELAJE : Grupo de personas mistongas.
MIYÉ, MICHË O MISHÉ : Quien obtiene los favores de una mujer pagando por ello (“¿no manyás que vos has sido un mishé de lo mejor?”)
MIYIADURA (O MISHIADURA) : Pobreza, indigencia.
MOCO (HACER) : Destruír, romper, destrozar.
MONO : Atado, paquete, bulto (en sentido despectivo).
MONSEÑOR : Instrumento del escruchador (cortahierro).
MORENA : Arma de fuego, pistola.

MORFETA : Homosexual pasivo.
MORLACOS : Billetes, dinero.
MORMOSO : Confundido, mareado, adormecido.
MORTERO : Posadero, culo.
MOSAICO : Jovencita, chica.
MOSCA / MOSQUETA : Dinero.
MOSQUETERO: Quien con mucha rapidez y utilizando tres vasos u otros objetos huecos engaña a otros invitándolo al juego de adivinar dónde se esconde una pieza determinada (modeda, botón, etc.). Generalmente trabaja en sociedad con otros que apuestan de grupo (grupí).
MUCHETA : Dintel.
MUFA : Enojo / Mala suerte.
MUJICA : Mujer (en sentido despectivo).
MUSA (QUEDARSE) : Quedarse callado.

NAESQUI : Vesre de esquina.
NAIFA : Mujer en general.
NAJUSAR (v) : Junar / Ver / Reconocer.
NIQUELADO (adj) : Engalanado, emperifollado.

ÑATO : Sujeto, individuo.
¡ÑÁCATE! O ZÁCATE: ¡Ahí está!, tomá!, ¡listo!
ÑERI : Compañero.
ÑORSE : Vesre de señor.

OFICIO : Oficial de policía.
OJETE : Posadero, culo.
OREJEAR (v) : Mirar las esquinas de los naipes / Observar.
ORRE : Vesre de reo ("Palermo, cuna del orre, por tu culpa ando sin un cobre...")
ORSÁI : Fuera de lugar (del lenguaje futbolístico: off side).
ORTIBA / ORTIBAJE (s) : Vesre deformado de batidor: soplón, alcahuete, botón, buchón.
ORTIBAR (v) : Delatar, alcahuetear.

PACHÄ : Persona de gran vivir ("te das una vida mejor que un pachá...)
PACO : Paquete, fajo de dinero, toco.
PACOY : Paco.
PAGANINI : Persona ingenua que paga (o le hacen pagar) las cuentas ajenas
PAICA : Muchacha, mujer joven ("por tu milagro de notas agoreras nacieron sin pensarlo las paicas y las grelas")
PALETAS : Omóplatos.
PÁLIDA : Pesimismo, negativismo.
PAN DULCE : Culo bien proporcionado de mujer.
PANARO : Culo de mujer en general.
PANCRACIO : Tonto, bobo.
PANTALLAS : Orejas.
PAPA / PAPITA : Mujer joven y hermosa / Optimo, bueno.

PAPAFRITA : Tonto, estúpido.
PAPIRUSA : Papa, mujer joven.
PAPUSA : Papa, mujer joven (“che, papusa, oí...”)
PAQUETE : Elegante / Inepto.
PAQUETÓN : Inepto, inhábil, torpe.
PARLA : Lenguaje, habla, discurso.
PARLAMENTO : Parla, discurso, lenguaje, habla.
PARLATUTI : Charlatán, palabrero.
PARPAIOLA : Genital femenino, vagina.
PARTICULARES : Marca de cigarrillos, se conocen como “albañiles” los de etiqueta roja.
PASTENACA : Tonto, ingenuo, bobo.
PASTO : Yerba mate (lenguaje carcelario)
PATEAR EL NIDO : Desbaratar las intenciones, dejar perplejo.
PATILANA : Sigiloso (pata de lana), aplicado generalmente a quien consigue favores de una mujer casada. Rol opuesto al cornudo.
PAVITA : Monte de Venus, genital femenino.
PAYASA : Sífilis.
PEBETA : Jovencita, chica (“te acordás Milonguita vos eras la pebeta más linda e’ Chiclana...”)
PECA : Trampa o engaño en los juegos de azar.
PECHADOR : Pedigüeño, manguero.
PEGARLE AL FRITO : Tener relaciones sexuales.
PELAR : Desenvainar, desenfundar, mostrar.
PELECHE : Categoría, distinción (“quien te viera tan escasa de vergüenza y de peleche...”)
PERCAL : Tela de baja calidad (“y hoy darías toda tu alma por vestirte de percal...”)
PERCANTA : Mujer joven agraciada.
PERCHA : Presencia, buen aspecto, elegancia,
PERDER RANGO : Caer en la escala económico-social.
PERRERA : Calabozo / Grada del hipódromo (“me arrastra más la perrera, más me tira una carrera que una hermosa mujer”)
PERTUSO : Ano.
PIANOLA : Ficha policial para la impresión de las huellas digitales.
PIANTADO / PIANTAO : Demente, loco (“ya sé que estoy piantao, piantao, piantao...”)
PIANTARSE : Irse, salir, rajarse / Enloquecer (“¡cómo se pianta la vida, cómo rezongan los años!”)
PIBA : Chica (en sentido respetuoso y afectivo).
PICAFLOR : Don Juan, mujeriego.
PICULINA : Relación sexual anal.
PICHICATA / PICHICATERO: Droga endovenosa. / Adicto a las drogas endovenosas.
PIÑA : Trompada, puñetazo.
PIOJERA : Cabellera, cabeza.
PIPIOLO : Chico, bebé / Ingenuo, inocente.
PIPIRIPÍ : Dispositivo que usan algunos taxistas para aumentar fraudulentamente el costo del viaje / Engaño, fraude.
PIRADO : Demente, loco.
PIRINGUNDÍN : Prostíbulo.

PISTÓN : Trompeta.
PLASTA : Aburrido, abandonado.
POGO : Amontonamiento o revoltijo de jovenes que gritan, se golpean y pisan por puro afán de diversión. Se practica en ambientes under y recitales de rock pesado.
POLENTA / POLENTERIA / PULENTA : Optimo, excelente, formidable.
PORONGA : Líder grupal (lenguaje carcelario).
POSTA : Optimo, bueno, verídico.
PREPO (DE) : Apócope de prepotencia.
PRIMO: Primero, en primer lugar.
PRIMUS : Antigua y famosa marca de calentadores a querosén ("y en el Primus no bulle la pava...")
PÚA : Vivo, hábil, competente, astuto.
PULISA : Catre, cama.
PUNGAR : Hurtar de los bolsillos ajenos, robar.
PUNTACHO : Punto (en sentido despectivo).
PUNTO : Sujeto identificado / Persona "marcada" para el lanceo.
PURRETE : Chico, pibe.

QUECO : Prostíbulo.
QUEMARSE LOS PAPELES : Sorprenderse, quedarse sin argumentos.
QUEMERO : Simpatizante (hincha) del club Huracán.
QUEMO : Desprestigio, ruina.
QUESERAS : Medias, zoquetes (de queso: pié)
QUÍA : Sujeto, persona determinada.
QUILOMBO (s y adj): Prostíbulo / Alboroto, escándalo, batifondo.
QUINELA : Síncopa de quiniela.
QUINOTOS : Testículos.
QUINTA DEL ÑATO : Cementerio.

RABETI (DE): De reojo.
RABIOSA : Arma de fuego, pistola.
RADIADORES : Bronquios.
RAFAÑOSO O RANFAÑOSO : Miserable, despreciable.
RAGÚ : Hambre.
RANA : Sagaz, astuto, vivo ("berretines locos de muchacho rana...")
RANCHADA : Comunidad de presos o cirujas compartiendo el espacio y los alimentos.
RANGO : Categoría, escalafón, clase.
RANTE : Aféresis de atorrante ("por eso me la pasaba fulero, rante y tristón...").
RANTIFUSO : Despreciable.
RATI : Personal policial, agente de policía.
REAJE : Gente rea.
RECATANGO : Torpe, tardo.
REDOMÓN : Caballo recién domado y aún chúcaro, salvaje.
REFILAR (v) : Sustraer, robar / Dar, entregar.
REFUCILO (s) : Relámpago.
RELAJAR : Descalificar, humillar.
RELAPADO : Agotado, reventado.

RELOJEAR : Observar, mirar con esmero (de la jerga turfística).
REMANYAR : Superlativo de manyar: conocer a fondo y en detalle.
REMANYE : Reciprocidad entre dos sujetos que “manyan” quien es el otro (“Se dió el juego de remanye...”)
REO : Término con múltiples significados: atorrante, inculto, perteneciente al arrabal, canyengue, etc.
REPICHÉ : Aumentativo de chipé: excelente.
REPOLLO : Antiguo billete de diez pesos, dinero.
REQUECHAR : Manguear, pedir.
RETACÓN : Corto, pequeño, petiso.
RETORCIJONES : Dolores de vientre.
REVIRADO : Demente.
ROCHO : Vesre de chorro.
ROFIE : Vesre de fierro: arma de fuego / Pene.
RONCO : Contrabajo.
RONGA : Vesre de garrón.
ROPAÉS : Ayudante del punguista (vesre de esparo).
ROPERO (HACER DE) : Ayudante que con un saco o sobretodo en la mano mo-lesta y entretiene al “punto” en el colectivo lleno para que éste pierda la atención del pun-guista, que mientras tanto labura de atriqui enchufándole la tijera. Ropero y punga trabajan en yunta.
RÚA : Calle.
RUNFLA : Cáfila, gentuza.

SABALAJE : Grupo de individuos de baja condición.
SABATELI : Delincuente menor.
SACADO : Fuera de sí, desorbitado.
SALUTRIA : ¡Salud!
SAMICA : Camisa.
SANATA : Mentira, engaño, rebusque oratorio confuso.
SANGRADOR : Pedigüeño, manguero.
SANTO : Cortahierro.
SAPO : Candado.
SARATOGA : Marca de cigarrillos.
SARDINA : Navaja de afeitar.
SARDO : Sargento de policía.
SARZO : Anillo.
SECOLARI : Seco, sin dinero.
SEIS : Tonto.
SESENTA Y NUEVE : Sexo oral recíproco y al unísono entre el hombre y la mujer.
SIN HUESO (LA): Lengua (órgano).
SOBAQUERA : Cartuchera para arma de fuego sostenida bajo la axila.
SOBRETODO DE MADERA : Ataúd.
SOCINCA : Calzoncillos.
SOFAIFA : Mujer.
SOGA : Ayuda / Discurso chanta.
SOLARI : Solo.

SOLFEAR : Hurtar sustraer.
SOPAINA : Paisano, judío.
SORDINA (A LA) : En voz baja.
SORRU : Vesre de ruso, por judío.
SOTA : Sotamanga, con disimulo.
SOTANA : Bolsillo interior del saco / Con disimulo (DE SOTANA).
SUECO : Instrumento para cortar y robar cajas de seguridad.
SULTANA : Mujer hermosa y llamativa.
SURTIR : Agredir con los puños / Suministrar.
SWINGERS : Pareja que presencia, comparte o intercambia sexo con otra pareja o persona.

TACHO : Taxi / Reloj de baja calidad / Recipiente.
TACO PERA : Taco alto, en forma de pera invertida, terminado en punta. Lo usaban jailaifes y compadritos.
TAGARNINA : Cigarro o cigarrillo de baja calidad.
TAITA : Prepotente, mandón / Persona valiente ("¡cuántos taitas envidiaron mi fama de gigoló!")
TALLAR : Imponerse, sobresalir, liderar.
TAMANGOS : Zapatos de grandes proporciones / zapatos en general.
TANGA : Punga que actúa haciendo número / Componenda / Prenda famenina.
TAQUERÍA : Comisaría.
TAQUERO : Comisario. Según cuenta la historia hubo un comisario que serruchaba los tacos de los compadritos detenidos, porque usarlos no era bien bien visto, como en otro tiempo tampoco lo fue el pelo largo en los muchachos o la minifalda en las chicas.
TARANTA : Tonto, loco.
TARASCA : Mujer desgarbada (en sentido despectivo).
TARRO : Zapato / Culo.
TARTA : Apócope de tartamudo.
TARTAMUDA : Arma de fuego, ametralladora
TAURA : Persona pródiga / Valentón ("al taura siempre premia la suerte, que es mujer...")
TECA : Dinero.
TEJÉN : Vesre de gente.
TEJENAITE : Grupo, gente (en sentido despectivo).
TERESO : Vesre de sorete (heces).
TERRÁN : Vesre de rante, atorrante.
TIBURCIO : Tonto.
TIJERA : Dedos índice y pulgar (o índice y medio) en V, para pungar.
TIMBA : Juegos de azar, y por extensión toda situación azarosa o especulativa ("en la timba de la vida me planté con siete y medio..." / "...el bulín que la barra buscaba pa' caer por las noches a timbear...")
TIMBOS : Zapatos.
TIRA : Policía vestido de civil / Policía en general
TIRADO O TIRAO (ESTAR) : Estar en la ruina y sin ningún recurso.
TOCO : Fajo de dinero / Atado, paquete.
TOCO MOCHO : Paquete o atado trucho.

TORABA : Vesre de barato.
TORBELO : Dinero
TORDO : Doctor.
TORNILLO : Frío.
TORPEDO : Otario, tonto, bobo.
TORRAR : Dormir, holgazanear.
TOYUFA : Vesre de fayuto.
TRABA : Travesti o travestido.
TRABUCARSE : Equivocarse o actuar con torpeza.
TRANCA : Borrachera.
TRANQUI : Tranquilo.
TRAPO : Homosexual (lenguaje carcelario).
TRAVIESA : Travesti o travestido.
TRIFULCA : Lío, embrollo, pelea.
TROLO / TROLEBÚS: Homosexual.
TROMPO BATATA : Trompo alargado.
TRONCO : Inepto, torpe, inhábil (del lenguaje futbolístico).
TROYERO : Trompo de combate, se lo arroja contra otros trompos para romperlos.
TUMBA : Comida carcelaria, carne guisada de baja calidad.
TUMBERO : Relativo a la cárcel.
TURRO : Malévolo, malintencionado.

UNDER : Dícese de lo alternativo, transgresor o marginal.
UPITE : Trasero, culo, ano.

VAGONETA : Vago, ocioso (aplicado a los niños significa simpático, despierto)
VAINA (CORRER CON LA) : Amenazar con la apariencia, amedrentar; sinónimo de "correr con la parada."
VALERIO : Homosexual.
VASELINA (SIN) : Sin precaución, sin cuidado, hacer o decir algo sin tener en cuenta al otro.
VEJARANO : Anciano, viejo (en sentido despectivo).
VEJIGA : Petiso, enano.
VENTO : Dinero ("no me arrepiento del vento ni los años que he tirado...")
VICHAR : Mirar, observar.
VICHENSO : Tonto (en sentido despectivo).
VIDALITA : Sin dinero, seco.
VIDRIOSOS : Zapatos negros, brillantes o de charol.
VIDURRIA : Deformación de la castiza vidorria: vida fácil y regalada.
VIGILANTEADA : Acusación, traición.
VINAGRERA : Nariz, generalmente se refiere a la desproporcionada o grande.
VIOLINERA (DAGA): Cuchillo de grandes dimensiones con la cual, en tiempos rosistas de la mazorca, se degollaba a los unitarios. El movimiento de la hoja sobre el cuello de la víctima se asociaba con el del arco del violín sobre el instrumento.
VIP : Sigla que, en inglés, significa "persona muy importante". Espacio reservado en ciertos lugares.
VISTEO : Duelo criollo con armas blancas.

VIUDA : Instrumento del escruchador, también llamado “angelito” o “bombilla”, utilizado para violar cerraduras con la llave puesta del otro lado.
VIVANCO : Astuto, sagaz.
VOGLIO DIRE : Te lo voy a decir.
VUELTA ABAJO : Antigua marca de cigarrillos.

YAPA : Obsequio que el vendedor al menudeo ofrece al comprador como extra por su compra
YEITE : Asunto, cuestión, recurso favorable (“vos no hagás correr el yeite, atenete a mis informes...”)
YENGUE : Aféresis de canyengue.
YIOME (O SHIOME): Berreta, ordinario, pobre.
YIORNO : Día.
YIRANTA / YIRO : Prostituta callejera.
YIRAR : “Patear” la calle, por parte de las prostitutas, buscando clientes (“y a su madre mira, yira que te yira...”)
YOBACA : Vesre de caballo.
YOME / YOMERIA (O SHOMERÍA) : De baja calidad, berreta.
YOMPA : Pabellón de penal.
YÚA (O SHÚA) : Ganzúa, llave.
YUCA : Bolsillo exterior lateral del saco.
YUCA DE ARRIBA : Bolsillo exterior del pecho del saco.
YUGA : Llave, yúa.
YUGAR : Trabajar, esforzarse.
YUGO : Actividad, trabajo en general.
YUGUERO: ladrón especializado en violar cerraduras (de “yúa”)
YUM-YUM : Instrumento del escruchante para violar cajas de seguridad.
YUTA (LA) : Institución policial.
YUYETA (O SHUSHETA) : Presumido, atildado, cajetilla.

ZÁFIRO : Viento.
ZALÁN : Vesre de lanza, instrumento para punguear.
ZARPADO : Excedido, desmedido.



NOTAS

[1] “Cartón junao” - Juan D’Arienzo / Héctor Varela / Carlos Wais, intérpretes: Los Solistas.
[2] La desgracia.
[3] Antigua denominación del Hospital Neuropsiquiátrico "José T. Borda".
[4] Martiniano Arce, artista plástico y fileteador de San Telmo.
[5] Celedonio Esteban Flores
[6] Alcides Gandolfi Herrero: "Nocáu lírico",edit. Americana, Bs. As., 1970
[7] "Coming down, coming down, coming..." David Byrne & Talking Heads
[8] "Pan comido" - "Compadrón"
[9] Julio Ravazzano Sanmartino: "Academia lunfarda", s.e., Bs.As., 1987
[10] El pozo
[11] El vino
[12] La cárcel
[13] Las putas
[14] El morfi
[15] "Quevachaché" : Enrique Santos Discépolo.
[16] Minas cazabobos utilizadas en la guerra de Vietnam.
[17] El fuego
[18] “Lloró como una mujer”
[19] "Las cuarenta": Francisco Froilán Gorrindo / Roberto Grela.
[20] "Bien Pulenta": Carlos Wais / Juan D'Arienzo-Héctor Varela.
[21] "Flor de fango": Pascual Contursi.
[22] “Himno al pato”, Felipe H. Fernández (Yacaré) de “Versos Rantifusos”, Buenos Aires, 1916.
[23] "Allí donde Ello era debe advenir el Yo", Sigmund Freud.
[24] La última parte del capítulo reproduce parcialmente la línea argumental del cuento "El Sur"', incluído en 'Artificios' (1944), Obras Completas, editorial Emecé, Bs. As., 1974, como rantifuso pero respetuosísimo homenaje a quien no simpatizaba mucho con el psicoanálisis ni con la parla rea, pero en cambio poseía un agudo sentido del humor, lo que nos permite tomarnos el atrevimiento de incluir innumerables líneas, citas literales y extensas referencias a la obra del maestro.
[25] "Su gavilla no era avara ni tenía odio", Víctor Hugo.
[26] "Desafortunado en el juego, afortunado en el amor"
[27] Juan Gelman.
[28] "Mingus", Joni Mitchell / Jaco Pastorius.
[29] "¿Qué vachaché?": Enrique Santos Discépolo.
[30] Personajes del cuento "Emma Zunz" de Jorge Luis Borges, de 'El Aleph' (1949), Obras Completas, edit. Emecé, Bs. As., 1974.
[31] "La última": Julio Camilloni / Antonio Blanco
[32] Automóvil de Carlos Gardel, cuyo chofer era Antonio Sumage, a quien apodaban “el aviador”.